

Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires

Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo [1810-1826] v 2

Autor:

Parada, Alejandro E

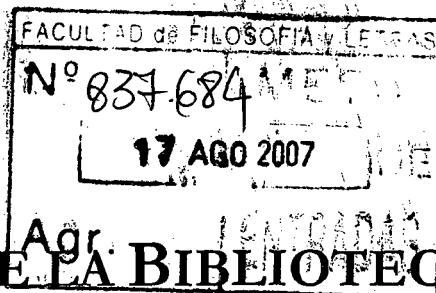
Tutor:

Romanos de Tiratel, Susana

2007

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Bibliotecología

Posgrado



LOS ORÍGENES DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES

ANTECEDENTES, PRÁCTICAS, GESTIÓN Y
PENSAMIENTO BIBLIOTECARIO DURANTE LA
REVOLUCIÓN DE MAYO (1810-1826)

Tesis de doctorado

Alejandro E. Parada

Directora de Tesis: Prof. Susana Romanos de Tiratel

Tomo 2

Buenos Aires
Carrera de Bibliotecología y Ciencia de la Información
Facultad de Filosofía y Letras -Universidad de Buenos Aires
2007

TABLA DE CONTENIDO

TOMO 1

INTRODUCCIÓN, 1

PRESENTACIÓN DEL CONTEXTO, 17

A. Modelo interpretativo: la Historia de la Civilización Impresa y de la Lectura, 17

Referencias bibliográficas, 31

B. El contexto político y social de la Revolución de Mayo, 35

Referencias bibliográficas, 55

I. PANORAMA DE LA HISTORIA DE LA BIBLIOTECOLOGÍA, DEL LIBRO Y DE LAS BIBLIOTECAS EN LA ARGENTINA, 59

I.1 Historia de la Bibliotecología en la Argentina, 61

I.2 Tipología de las bibliotecas argentinas desde el período hispánico hasta 1830, 71

I.3 La Nueva Historia del Libro y las Bibliotecas en la Argentina, 85

Referencias bibliográficas, 91

II. ANTECEDENTES DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES, 104

II.1 Contexto bibliotecario, 105

II.2 Sociedad, ciudadanía e Historia de la Lectura, 114

Referencias bibliográficas, 126

III. LOS UMBRALES DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA: LA BIBLIOTECA DE FACUNDO DE PRIETO Y PULIDO, 129

III.1 Semblanza biográfica de Facundo de Prieto y Pulido, 132

III.2 La "biblioteca particular circulante" de Facundo de Prieto y Pulido, 135

III.2.1 El ámbito cuantitativo, 137

III.2.2 Lectura y lectores, 144

III.3 La Biblioteca Pública del convento de La Merced (1794), 158

III.4 Los umbrales de la Biblioteca Pública, 166

Referencias bibliográficas, 170

IV. ORÍGENES DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES, 173

IV.1 Introducción, 173

IV.2 La gestión inicial: una lectura a través de "El reglamento provisional para el régimen económico de la biblioteca pública de la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata (1812), 187

Referencias bibliográficas, 209

Apéndices, 214

TOMO 2

V. PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES BIBLIOTECARIAS EN LOS ORÍGENES DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES (1810-1826), 222

- V.1 El libro de “Cargo y data” desde 1810 hasta 1818, 223
- V.2 Gestión y vida cotidiana en las “Razones de gastos” de 1824 y 1826, 244
 - V.2.1 Introducción, 244
 - V.2.2 Breve situación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante el período 1820-1826, 245
 - V.2.3 Aproximación al concepto de “razón de gastos”, 248
 - V.2.4 La mirada cuantitativa: asignaciones, gastos y administración general durante la gestión de Manuel Moreno, 250
 - V.2.5 La mirada cualitativa: una jornada en la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1812-1826), 263
- Referencias bibliográficas, 286

VI. LA CONSTRUCCIÓN TEÓRICA DEL PENSAMIENTO BIBLIOTECARIO: LA “IDEA LIBERAL ECONÓMICA SOBRE EL FOMENTO DE LA BIBLIOTECA DE ESTA CAPITAL”, DEL DR. JUAN LUIS DE AGUIRRE Y TEJEDA (1812), 290

- VI.1 Introducción, 290
- VI.2 Semblanza biográfica del Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda, 295
- VI.3 La “Idea liberal económica sobre el fomento de la Biblioteca de esta capital”, del Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda (1812), 298
 - VI.3.1 La Revolución de Mayo y la Biblioteca, 298
 - VI.3.2 La Biblioteca y sus “mejores auxilios”, 301
 - VI.3.3 La “abundancia de papel” y la “preservación de los libros”: el éxito del desarrollo de las bibliotecas, 305
 - VI.3.4 La moral y la religión en el ámbito de la Biblioteca, 308
 - VI.3.5 El papel político de la Biblioteca, 310
 - VI.3.6 Antecedentes de una Historia del Libro, 311
 - VI.3.7 El aporte bibliotecario: la “Idea liberal económica sobre el fomento de la Biblioteca de esta capital”, 313
 - VI.3.8 La importancia de la conservación del papel, 316
- VI.4 Filología y discurso, 317
 - VI.4.1 Las palabras del título y los diccionarios de la época, 317
 - VI.4.2 Análisis cuantitativo del discurso, 321
- VI.5 Libros y lecturas, 324
- VI.6 Otros antecedentes sobre la fabricación del papel y el problema de la conservación de los libros, 327
- Referencias bibliográficas, 338
- Apéndices, 342

VII. CONCLUSIONES, 352

VIII. BIBLIOGRAFÍA GENERAL, 362

IX. LÁMINAS, 392

V

PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES BIBLIOTECARIAS EN LOS ORÍGENES DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES (1810-1826)

Durante los capítulos anteriores se ha hecho hincapié, especialmente, en el conjunto de los precedentes que propiciaron el advenimiento de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Para ello, tal como se lo ha presentado, fue necesario esbozar el desarrollo historiográfico de la Historia de la Bibliotecología, del Libro y de las Bibliotecas en la Argentina (cfr., cap. I.1 y I.3).

También se llevó a cabo una tipología de las bibliotecas hasta 1830, para conocer “el medio bibliotecológico” en el cual se gestó y desarrolló la Biblioteca (parágrafo I.2). Posteriormente, se analizó la mayoría de los “antecedentes bibliotecarios” desde el periodo hispánico hasta la Revolución de Mayo (cfr., cap. II).

Luego, en una cuarta fase, se procedió a estudiar la importancia de las bibliotecas particulares (en este caso, la librería privada de Facundo de Prieto y Pulido) como impulsoras, en cierta medida, de la Biblioteca Pública (cfr., cap. III). Finalmente, una vez determinados estos antecedentes fundamentales, se esbozó la “génesis” de esta agencia social (Augst y Wiegand, 2001), gracias al hallazgo de un documento de

primera mano: “El reglamento provisional para el régimen económico de la biblioteca pública de la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata” (cfr., cap. IV.2).

En este contexto, al haber identificados los orígenes de la Biblioteca, es posible abordar uno de los puntos de mayor relieve: las prácticas y representaciones bibliotecarias en el momento de organizar y de administrar la institución. Para ello se estudiarán dos documentos prácticamente inéditos: el *Libro de cargo y data o de cuenta corriente de los encargados de los gastos de la Biblioteca Pública* (1810-1818) y las *Razones de gastos* (1824 y 1826).

V.1 EL LIBRO DE “CARGO Y DATA” DESDE 1810 A 1818

La administración de una biblioteca implica un universo de prácticas y usos inmersos en la cotidianidad. El caso de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, en este tópico, es paradigmático. En ella conviven, al menos, dos aspectos determinantes en una gestión bibliotecaria.

En primer término el contexto político, cultural y económico que reconocía la necesidad de la Biblioteca Pública como agencia social. En segunda instancia la incidencia de un grupo de individuos, tanto gobernantes como administradores, que pugnaban por la creación e inauguración de un establecimiento de estas características. Finalmente, un aspecto a veces amorfo e incontinente: la activa participación de la ciudadanía en su apertura y desarrollo, tal como aconteció con los habitantes de Buenos Aires (cfr., cap. II.2).

La pregunta que se presenta, casi en forma ineludible, es la siguiente: ¿cómo se administró, en su historia mínima, esta institución pionera en los actos culturales de

la Revolución de Mayo? En este caso no se tomará en cuenta su gestación a partir de una elite revolucionaria o de un grupo de intelectuales vinculados al clero, más o menos capacitados, tal como se señaló oportunamente en el capítulo IV. El trabajo tampoco se abocará a los grandes nombres de nuestros inicios bibliotecarios, tales como Mariano Moreno, Saturnino Segurola, ni en su alma mater: el canónigo Luis José de Chorroarín ¹. Además, por el momento, también dejará a un costado el contexto gregario que impulsó su definitiva apertura, respaldada, entre 1810 y 1815, por una gran cantidad de donaciones; tópicos, por otra parte, frecuentes en la literatura sobre nuestra primera Biblioteca Pública.

El propósito de la primera parte de este capítulo es, pues, centrarse en un documento burocrático, propio de la microhistoria e inmerso en la cotidianidad de la Biblioteca a principios del siglo XIX: el *Libro de cargo y data o de cuenta corriente de los encargados de los gastos de la Biblioteca Pública, formado por el Director de ella Dr. Dn. Luis José Chorroarín en el año de 1812*.

El manuscrito, en forma de cuaderno, se encuentra en el Archivo General de la Nación y fue organizado por Chorroarín, aunque redactado por varios bibliotecarios, como forma de control de los gastos de la Biblioteca, en donde se detallaban los ingresos y egresos durante los distintos ejercicios anuales ². El documento, inédito en la mayor parte de su contenido, ya había llamado la atención de varios investigadores, como Ricardo Levene (1938: 152-161) y José Luis Trenti Rocamora (1997, 1998a y 1998b).

El *Libro de cargo y data* elaborado por Luis José Chorroarín constituye un conjunto de asientos que tratan, en forma exclusiva, sobre los asuntos que motivaron los ingresos de dinero (cargo) y gastos (data) de la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante el período 1810-1818. Lo que reviste un interés particular son las rutinas diarias que

dieron sentido y forma al trabajo interno de la Biblioteca. Todo proceso de conducción participa de un doble juego de espejos imbricados: el discurso cuantitativo (la esfera de las cifras asentadas en un libro contable) y el discurso cualitativo (el ámbito de la vida diaria que se esconde bajo los guarismos circunstanciales)³.

Así pues, bajo las consignaciones estrictamente cuantitativas, es posible (y necesario) rescatar las miradas, las actitudes y las representaciones de los hombres que las llevaron a cabo. La pregunta entonces que se plantea es la siguiente: ¿cómo era el acontecer cotidiano de la Biblioteca Pública de Buenos Aires entre los años 1810 y 1818?

Estos aspectos de la vida diaria, en cuanto a sus características administrativas en la vivencia del día a día, se pueden analizar a partir de algunos tópicos que se desprenden del *Libro de cargo y data*. Ellos son, en líneas generales, los siguientes: mantenimiento edilicio, obtención de insumos, encuadernación, donaciones de dinero, carpintería y mobiliario, gastos menores, compra y venta de libros, ingresos generales, adorno del edificio, personal, entre otros muchos.

Gracias a esta tipología provisional de rubros es posible conocer, aunque sea someramente, la gestión que se llevó a cabo en la primera década de la Biblioteca; un gobierno bibliotecario pautado por las necesidades, las urgencias y el ingente trabajo que implicaba llevar una institución cultural en el momento de las Guerras de Independencia.

La instrumentación de la rutina dentro de una entidad contempla, entre otras, una serie de tareas materiales como, por ejemplo, el mantenimiento edilicio y la obtención de insumos para el funcionamiento diario de la Biblioteca. La arquitectura y la

corporeidad construida a partir de los elementos de trabajo siempre han pautado el desarrollo de las bibliotecas.

El *Libro de cargo y data* es una muestra aleccionadora de esta situación. El éxito de una administración, en este caso la de la Biblioteca Pública, en buena medida, dependía de la dinámica de esos elementos en apariencia menores. El estudio detallado de los esfuerzos que debieron dedicar los sucesivos directores a esas labores demuestra, sin duda, el grado de compromiso con el ejercicio de dicha dirección.

A ello debe agregarse otro aspecto: la erogación de fondos para el mantenimiento y la compra de insumos no bibliográficos implicaba, en definitiva, una menor adquisición de libros. La realidad de “sostener” a una institución en sus gastos diarios se impone, inequívocamente y en muchas instancias, a sus propios objetivos culturales. Por ello es indispensable esbozar una breve selección de estas “ocupaciones” para tener un panorama de la magnitud de esas tareas muchas veces ocultas o poco conocidas.

El edificio de la Biblioteca Pública, tal como se ha señalado, estaba ubicado en la llamada “Manzana de las Luces”, en la ochava formada por las actuales Moreno y Perú (Vilardi, 1939: 34; Torre Revello, 1943: 12), donde funcionaría hasta 1901. En dicha casa, luego de varias refacciones, se concretó su inauguración el 16 de marzo de 1812.

El estado del edificio, según la documentación existente, siempre fue precario y demandó toda clase de arreglos. Uno de los mayores problemas, además del estado de los techos, fue la falta de cerramientos adecuados. En esta instancia tanto Chorroarín como otros bibliotecarios tuvieron que solucionar la constante falta de vidrios. El primero, ya en víspera de la apertura, tuvo que erogar más de 106 pesos “en pintura, aceite de linaza, aguardiente para barniz, [y] postura de vidrios” y, dos

años después, también debió ocuparse de “poner dos vidrios en una puerta y ventana”.

Poco después, en el segundo semestre de 1813, el prelado oriental Dámaso Antonio Larrañaga, dio instrucciones para poner “un tablero para una ventana” que carecía del mismo. Finalmente, en este tópico de *bibliotecario vidriero*, le tocó el turno a Domingo Antonio Zapiola, quién en 1815 y 1816 contrató al “maestro hojalatero Prudencio Gil para la colocación “de tres vidrios que puso en una puerta” y cuatro cristales, “dos grandes, y dos chicos”. El problema de los vidrios, que se planteaba con cierta recurrencia, no era ocioso, pues el frío, la humedad y el viento hacían de la Biblioteca un lugar inhóspito y poco agradable, un sitio inapropiado para los lectores.

Otro de los temas recurrentes en las necesidades de la institución fue el problema de la reparación y la protección de las obras. Las pautas que definen la encuadernación se encuentran identificadas por dos aspectos aparentemente contradictorios: la necesidad de preservar los libros y su inevitable destrucción por el uso habitual.

Los escuetos datos que brinda un encuadernador, al asentar la obra en la cual ha trabajado, a menudo presentan esta duda sin resolución. Puesto que una encuadernación bien puede manifestar el gusto característico del bibliófilo pero, también, en muchas ocasiones, señala al libro que se encuentra deteriorado por su lectura frecuente. Este aspecto es muy importante, ya que dicha artesanía, a veces denigrada, puede indicar una práctica de la lectura. Las representaciones culturales de la encuadernación, entonces, no solo se limitan al cuidado tipográfico de carácter estético; en varias oportunidades, además, presentan al impreso como una corporeidad devastada por su constante manipulación.

En este contexto es difícil suponer en qué momento se protegieron las obras deterioradas de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. No obstante, los

requerimientos de una persona que “sepa forrar” fueron frecuentes. A lo largo del tiempo, desde 1810 hasta 1817, estas tareas de “cuidado y uso” estuvieron presentes en toda gestión bibliotecaria. Algunos ejemplos ilustran esta actividad. Por ejemplo, en 1810, don José Toribio Martínez, que acababa de donar “el Atlas de Bleau” (1648-1672), dio “tres onzas de oro” para su “compostura”.

También la urgencia por encuadernar varios libros llevó a Chorroarín a comprar una importante cantidad “de pieles para forros de libros” por un importe de casi 130 pesos; una suma, sin duda, considerable para la época. Poco después, el propio Chorroarín justifica esa inversión con las “composturas y encuadernaciones” de diversas obras en un monto de alrededor de 310 pesos. Empero, el arreglo de los libros tenía sus vicisitudes de costos y ganancias, pues en 1813 la dirección de la Biblioteca se vio obligada a vender “6 tafletes negros de los que se compraron para forros de libros”.

Evidentemente, la encuadernación, en algunos momentos, era una decisión onerosa. Todos los bibliotecarios encargados de la Biblioteca destinaron significativas sumas de dinero para preservar los impresos. Tanto Dámaso Antonio Larrañaga como Domingo Antonio Zapiola giraron fondos para este fin.

Detrás de estas reparaciones bibliográficas es necesario rescatar el nombre de algún encuadernador, tal el caso de uno varias veces citado: don Juan Nepomuceno Álvarez. Este artesano, entre las numerosas diligencias que realizó, tuvo el honor, casi catalográfico, de encuadernar en pergamino “varios catálogos” de la institución.

El “oficio o arte de forrar” nos permite conocer, entonces, la presencia y la realización de los procesos técnicos en la Biblioteca Pública de Buenos Aires; procesos que en este caso, en forma inequívoca, señalaban a la encuadernación en

pergamino como una garantía para el bienestar físico de un cuaderno cuyo destino final era la consulta constante.

Pero la encuadernación requería cierto instrumental básico para su correcta realización. Los usos tipográficos se encuentran pautados por ciertos elementos que definen la identidad material del libro. En este caso, la identificación topográfica en el estante estaba dada por la necesidad de la Biblioteca de comprar “dos instrumentos para dorar las pastas y rótulos de los libros” (1813).

Indudablemente, el espacio en el cual se posiciona la encuadernación posibilita nuevas y múltiples relecturas. Muchas preguntas, propias de este tópico, aún carecen de respuesta. Por ejemplo, ¿por qué se encuadernaban ciertas obras y no otras?, ¿en qué momento se decidía su protección?, y una interrogante todavía más relevante: ¿la encuadernación señalaba un libro deteriorado por su frecuente empleo o, por el contrario, indicaba un impreso valioso que debía ser conservado y restringido en su manipulación posterior? Varios verbos definen, pues, el contexto de la encuadernación como acto y como práctica: embellecer, preservar, usar e identificar. Un conjunto de representaciones y modalidades bibliotecarias que fueron usuales en la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Por otra parte, las donaciones destinadas a la Biblioteca, tal como lo reflejan los documentos de la época (*La Gaceta de Buenos Aires* y el *Libro de donaciones de la Biblioteca*) fueron de dos tipos: a) legados de libros y otros impresos, y b) donaciones de dinero (aportes pecuniarios).

El tema del apoyo ciudadano y popular no es un asunto menor, tal como se ha planteado en el capítulo II.2. Las bibliotecas, a lo largo de su historia, siempre constituyeron el reflejo de las sociedades que les dieron su impronta en esa

circunstancia histórica; además, todo proceso de desarrollo bibliotecario también reproduce el estado de la tecnología y de los medios de producción de una época.

Dentro de este contexto informativo, dejando de lado el estudio social y económico de las personas que brindaron distintas cantidades de dinero y que aparecen mencionadas en *La Gaceta de Buenos Aires*, el *Libro de cargo y data* nos brinda la posibilidad de conocer algunos de los legados pecuniarios, tanto en la identificación de sus donantes como en el monto de sus erogaciones.

Un breve detalle de estas contribuciones se esboza a continuación. En el año de 1811 se registraron las donaciones siguientes: Francisco de Molina (\$206), José Juan Larramendi (\$103), Julián de Gregorio Espinosa (\$19); durante el período 1812-1813: el obispo de Buenos Aires Benito Lué y Riega (\$1.030), Nicolás Anchorena (\$51), el presbítero Mateo Blanco (\$12), etc. Es importante destacar el compromiso de los distintos bibliotecarios de la institución, pues en numerosas ocasiones legaron parte o la totalidad de sus sueldos, tales los casos de Luis José Chorroarín, Saturnino Segurola y Dámaso Antonio Larrañaga.

El Colegio de San Carlos, siempre a instancias de Chorroarín, donó más de mil pesos para la adquisición de libros en Londres por intermedio de Manuel de Aguirre, resaltando la importancia decisiva de este organismo de enseñanza en el desarrollo de la Biblioteca. Finalmente, un ejemplo de compromiso ciudadano, síntesis del espíritu de participación gregaria que acompañó la decisión de la Primera Junta de fundar una Biblioteca: el conmovedor “donativo que hicieron los vecinos del Arroyo de la China” que remitieron, tal como lo asienta el bibliotecario Larrañaga en 1814, luego de una colecta en esa localidad, la nada desdeñable suma de 223 pesos con 7 ½ reales.

La participación del pueblo, pues, fue determinante para la apertura de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en marzo de 1812. Sin su activa participación, el proyecto hubiera tenido muchas posibilidades de fracasar o de languidecer. Es por ello que el Primer Triunvirato decidió su inmediata apertura, ya que se había transformado, de hecho, en un reclamo generalizado de la sociedad.

Pero las prácticas de la lectura no solo las construyen los lectores. El juego de los espacios, las variaciones arquitectónicas y la elección-disposición del mobiliario también definen las distintas representaciones del mundo impreso.

El ámbito de una lectura compartida con otros en voz alta, no es el mismo lugar que se elige para una lectura retirada, íntima y silenciosa. Leer un libro con finalidades de estudio o de investigación, no se parece a leer un texto con intencionalidades recreativas o de entretenimiento.

De igual modo sucede con la indumentaria personal, con los muebles destinados para la Biblioteca, y con las posiciones corporales que se adoptan frente a un impreso: son elementos íntimos o formales (muchas veces institucionales) que acompañan a las distintas formas de apropiarse de la cultura tipográfica.

La construcción o la elección de “una casa de lectura”, pues una biblioteca esencialmente no es otra cosa, constituye una decisión que forma parte del acto de leer. Asimismo, su moblaje y la disposición de las salas, tanto como su acceso y ubicación en un centro urbano, son elementos que se forjan “adheridos” a la lectura; una acción intelectual que no es pura abstracción en su totalidad, sino la confluencia dinámica de numerosas y complejas instancias: distribución espacial, presencia o ausencia de luminosidad, plasticidad ergonómica, sentido y peso arquitectónico, ceñimiento u holgura de la indumentaria, acomodamiento y “la impostura” del cuerpo en los muebles, etcétera.

Ante este conjunto de variables, ¿cómo se construyó, entonces, esta “morada de la lectura” denominada Biblioteca Pública de Buenos Aires? La elección del edificio fue, en un principio, azarosa. La urgencia de la Primera Junta, que veía a esta agencia como una realización cultural de la Revolución, la llevó a tomar el edificio que “ocupaba Da. Francisco Fermosel y Ballester”, tal como lo informó el administrador interino de Temporalidades. Empero, estos ambientes no fueron suficientes; poco después, la flamante institución se extendió a “la pieza que hace esquina en los altos de ese Temporal de Cuentas para darle indispensable extensión a la Biblioteca Pública que se ha situado contigua” (*Revista de la Biblioteca Pública*, 1879).

Las salas de estos edificios “capturados” para la lectura se fueron llenando, sucesivamente, de estanterías y de libros, todo ello pautado por el impulso de las numerosas donaciones populares. Si bien la necesidad de una Biblioteca Pública ya conocía numerosos antecedentes en Buenos Aires y su progresiva maduración venía de larga data (cfr., cap. II.1), su concreción e inauguración, en el bienio 1810-1812, fue vertiginosa y planificada según las circunstancias y los avatares del momento.

En cierto sentido fue una Biblioteca signada por ese exclusivo y frenético presente, destinada a morar y a hacerse en las urgencias de la falta de tiempo. Su arquitectura, los estantes, las salas, las mesas de lectura, sus muebles, los beneficios y las restricciones de su *Reglamento*, las sillas, el personal, los libros y sus lectores, respondieron a esta súbita demanda de construir un espacio de cultura ciudadana y democrática.

No obstante, su historia inaugural es apasionante y su conocimiento detallado un legado bibliotecario. Así pues, luego del edificio y del acervo bibliográfico se imponían, al menos, tres rubros fundamentales: las estanterías, las sillas, y los instrumentos propios de la escritura. La madera, en esta primera etapa de

configuración material, a través de la carpintería, fue la actividad que le dio forma “topográfica” al libro.

Gracias al *Libro de cargo y data* es posible seguir esta verdadera aventura de ebanistería en la Biblioteca. No se trataba de una tarea menor: La Junta de Mayo, en el famoso artículo titulado “Educación” (*Gazeta de Buenos Ayres*, 1810), atribuido a Mariano Moreno, había sostenido que era necesaria una suscripción “para los gastos de estantes y demás costos inevitables”. Por lo tanto, una de las prioridades más relevantes, posiblemente debido al valor de la madera, era el conjunto de las estanterías, es decir, el soporte y el contenedor material-visual del libro.

La carpintería se transformó en uno de los emprendimientos de mayor importancia durante los primeros años de la Biblioteca. Resulta imposible detallar la totalidad de esas actividades. Por ejemplo, el año 1810 se consagró, casi exclusivamente, a dotar de estanterías al establecimiento. En esa fecha Saturnino Seguro libró varios centenares de pesos a favor de Julián Gaistarro, quien suministró una gran cantidad de maderas.

Al mismo tiempo contrató a Juan Vicente García para la confección de la mayor parte de los anaqueles. Las “tablas”, en la mayoría de los casos, provenían de los denominados pinos “del Brasil” y, en algunas ocasiones, las maderas se utilizaban para la confección “de tiradores para cajones de estantes”.

El universo de la madera, un mundo cercano y propio del libro, también estaba presente en otros aspectos de la Biblioteca. La gran cantidad de volúmenes que ya cubrían literalmente las paredes de las distintas salas, al poco tiempo, necesitaron de escaleras para llegar a ellos. En una oportunidad, Zapiola debió apelar a los servicios de García para la confección de “una escalera de manos”, pues los impresos necesitaban ser ubicados en lugares de difícil acceso.

En otros momentos, como en 1815, cuando se inauguró una nueva pieza, fue necesario recurrir al mismo carpintero para realizar una “escalera nueva para la pieza [primera]”. En algunos casos los anaqueles no podían soportar el peso de los libros y, en 1813, el bibliotecario Larrañaga tuvo que solicitar “la compostura de [varios] estantes”.

La acumulación de tablas para la realización de muebles, en ciertos momentos, fue mayor a las necesidades de la Biblioteca y sirvió, en último caso, como forma de pago para hacer frente a otros gastos. Tal es el caso de lo que le sucedió a Chorroarín en 1811, cuando tomó la decisión de vender “doce varras [sic] de tablas de cedro entregadas al carpintero Chanteyro en pago de la mayor parte del valor de tres mesas de cedro”.

La presencia de un nutrido mobiliario debido tanto a las compras como a los legados fue, indudablemente, una fuente extra de ingresos, como “el importe de seis sillas inglesas sobrantes, vendidas a Rafael Saavedra”, a ochos pesos cada una. La importancia de la carpintería, tal como se ha observado, estaba a la par de la adquisición de materiales bibliográficos. Una prueba de ello fue la extraordinaria cifra de más de 2.000 pesos que tuvo que desembolsar Chorroarín solo en “pagos de carpintería”. En este punto la contratación de la mano de obra era fundamental, puesto que en 1811 Julián de Gregorio Espinosa donó “una onza de oro” (\$19, 2 reales) con el fin de concretar “la oferta que tenía hecha de costear el trabajo de un oficial carpintero por quince días”.

El ámbito de la carpintería y de los anaqueles constituye un universo relacionado con los libros y, a veces, poco o nada tenido en cuenta. Una obra sólo existe en tanto su facultad de ser usada. La capacidad de manipulación, la mano como un elemento entrañable de la lectura, forma parte del mundo tipográfico.

Las obras, en una biblioteca en construcción, dependen, en última instancia, de su ubicación física sobre la madera de un estante. La carpintería y el “topos” de los anaqueles, en sentido lato, construyen al lector y le dan sentido existencial. La Biblioteca Pública de Buenos Aires construyó su edificio en torno al libro y a su necesidad de estanterías. Le dio forma de madera a la manipulación práctica del acto de tomar una obra desde el soporte de una tabla o tirante. Circunscribir la sala que albergaba a los impresos por un coto rectangular de anaqueles era, inequívocamente, una forma de forjar el amparo que genera el acto de leer.

El *Libro de cargo y data*, en apariencia un mero registro contable, nos recuerda y patentiza el hecho de que toda Biblioteca conlleva un mundo de corporeidades, una danza de objetos que se presentan como estanterías, sillas, mesas y, al parecer, como edificios inspirados o conquistados para ejercer la lectura.

Otro ejemplo de real interés lo constituye el “adorno” del edificio. La Biblioteca como morada de la lectura no solo se instala a “modo de texto” para ser leído y apropiado por los lectores, sino que también debe seducir a sus usuarios y participar del protocolo oficial. En este tópico es necesario recordar que la creación de la Biblioteca fue uno de los primeros actos de la Revolución de Mayo; es decir, un hecho de política cultural revolucionaria y, como tal, en los años sucesivos (aunque luego la institución declinó) constituyó un lugar donde se ejercía y mostraba la dignidad de su existencia como casa de la cultura.

El bibliotecario Dámaso Antonio Larrañaga, conciente de esta situación, durante el año 1814 puso especial cuidado en adornar la casa “en los días de iluminación”, esto es, en aquellas jornadas tanto civiles y militares o acaso en otras instancias, en las cuales se conmemoraba una fiesta patria. Es así como no dudó en erogar las siguientes cantidades de dinero: alrededor de 28 pesos en “veinte y dos faroles para

los balcones, “un farol para la escalera principal” (\$4) y, finalmente, “un adorno para la puerta principal en los días de iluminación” (\$16).

La Biblioteca era un ámbito que merecía ser mostrado en toda su dignidad como un logro del pueblo y de las autoridades. En este punto, al parecer banal, se manifestaron aspectos ocultos de nuestro desarrollo bibliotecario: la Biblioteca no sólo debía ser un lugar para la lectura pública, sino además el centro donde el poder político plasmaba la concreción de una realización cultural.

Sin embargo, la infraestructura de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, concebida también como museo y gabinete, requería una serie de insumos para su correcta actividad. Aunque muchos de estos elementos son objetos “menores”, su existencia nos señala el funcionamiento del establecimiento en la cotidianidad. El universo de los libros, tal como se ha observado, constituye la razón de ser de toda Biblioteca. Los materiales impresos se conforman e identifican por su íntima relación con las cosas que los rodean y les dan su último sentido. La estructura bibliotecaria posee, según la época y las técnicas imperantes en un período determinado, su propia idiosincrasia “en relación con” una gran cantidad de componentes.

A modo de ejemplo ilustrativo mencionaremos algunos de esos elementos propios de la vida diaria, tales como las llaves de la institución, el reloj que determinaba el tiempo de la lectura, los polvos para salvar la tinta, las escobas, los estuches matemáticos, los redondeles, las resmas y, casi inesperadamente, una cuchilla para los pies. Los lectores, aunque parezca poco común, suelen estar inmersos en la materialidad de los objetos que cosifican y coadyuvan a la lectura. En primer término un conjunto de utensilios característicos de muchas bibliotecas públicas del siglo XIX, tal como lo puntualizaba un artículo del *Reglamento provisional para el régimen*

económico de la Biblioteca Pública (1812), que establecía las pautas inequívocas acerca del “concurrente” (usuario) y sus vínculos con objetos de la escritura.

Habran en la Biblioteca mesas y asientos á proporcion del numero y capacidad de las piezas, algunos atriles, tinteros y salvaderas, reglas [,] plumas y dos estuches mathematicos: se mantendra todo con aseo y limpieza, y los concurrentes seran atendidos con prontitud y agrado. La Biblioteca ministrara tinta y arenilla [,] plumas, y los art.^{os} expresados en el art.^o anterior á los q.^e quieran hacer algunos extractos ó apuntes; pero no papel, pues debera traerlo el q.^e tenga necesidad de el ⁴.

El párrafo anterior señala un aspecto filosófico de particular interés: la biblioteca, al unir la lectura con la escritura, pugnaba por una finalidad pragmática. La gestión bibliotecaria, las autoridades y los ciudadanos, sin bien no descartaban la lectura de esparcimiento, en toda ocasión y por los medios de comunicación existentes (bandos, periódicos, correspondencia, reglamentos internos), no dejaban de manifestar que el nuevo establecimiento estaba destinado a ser un centro educativo para la ilustración pública.

Vale decir que la Biblioteca tuvo un nuevo impulso con el Iluminismo y, como tal, su finalidad era, sin duda, práctica y utilitaria. De ahí que la lectura estuviera imbricada con la escritura y sus prácticas materiales. Los concurrentes, entonces, requerían de varios elementos para llevar a cabo lo que “se esperaba de ellos”: una lectura que demandaba e imponía atriles, tinteros, reglas, salvaderas, plumas, etc.

Dos ejemplos de esta temática, elegidos al azar, son los siguientes: la compra, por iniciativa de Dámaso Antonio Larrañaga, de una gran cantidad “de polvos para tinta” y, poco después, en 1815, la adquisición del bibliotecario Zapiola, por un importe de quince pesos, “de dos estuches matemáticos”. El papel, que siempre tuvo un alto costo, era un asunto del cual se desligaba la institución: debía ser aportado por los lectores.

La Biblioteca, además, necesitaba de mantenimiento y limpieza general. Son elocuentes las crónicas sobre el estado calamitoso, debido al barro y a las aguas servidas, de las calles porteñas de ese entonces. Los lectores, en muchas oportunidades, arribaban al edificio impregnados por varias capas de barro en sus zapatos, por lo tanto, el industrioso Zapiola, no vaciló en solicitarle al maestro carpintero Juan Vicente García, una serie de “composturas” y, entre ellas, la infaltable “cuchilla para los pies” empotrada, al parecer, en el suelo del zaguán que daba entrada a la Biblioteca, demostrando así las insólitas asociaciones inesperadas que se presentan en la gestión de una biblioteca.

A todo esto debe agregarse el polvo llevado por los vientos rioplatenses y por las constantes refacciones del edificio, por lo que las escobas se transformaban en elementos indispensables. También a Zapiola le tocó la tarea de obtener “cuatro escobas” a dos reales y medio cada una, y asignar el salario de la persona “que barría la escalera” de entrada a la institución.

Durante la administración de Zapiola debieron atenderse otros problemas inherentes al buen funcionamiento de la casa. En primera instancia su seguridad, pues debido a una noticia del *Libro de cargo y data* sabemos que el portero Juan Carreto (también tuvo el cargo de “dependiente”), hacia 1816, era el responsable del cuidado del establecimiento, ya que al parecer vivía en el edificio y estaba encargado de su apertura y cierre al finalizar la jornada, pues se le abonaron dos pesos “por dos llaves que mandó hacer para la casa, y las dejó al mudarse de ella”. Dentro de este pequeño muestreo de la Biblioteca en su cotidianidad, se presenta el instrumento que pautaba el curso horario: el reloj. En 1815, a poco de inaugurada la Biblioteca, dejó de funcionar y se debió apelar a los auxilios del relojero Carlos Saules para su urgente “compostura”, arreglo que demandó una erogación de 17 pesos.

El Libro de cargo y data es especialmente rico tanto en la compra como en la venta de libros. El contexto en el cual se gestó la Biblioteca, en el lapso que media entre 1810 y 1812, fue tumultuoso y heterogéneo desde el punto de vista bibliográfico. El 16 de marzo de 1812, fecha de su inauguración, la institución contaba con numerosos duplicados. La presencia de ejemplares repetidos señalaba, en un primer momento, la gran cantidad de títulos que se recibieron en forma indiscriminada; y en segunda instancia, el desorden de las adquisiciones. Este tema no es un tópico menor. Los sucesivos bibliotecarios debieron enfrentarse a dos problemas muy serios: a) la ausencia de títulos importantes, b) la abundancia de libros duplicados. La solución parcial fue incorporar el producto de la venta de los libros repetidos al exiguo presupuesto, como modo de paliar la falta de ciertos títulos.

Aunque el Gobierno libró significativos montos para adquirir obras en el extranjero, tanto en Londres como en Río de Janeiro, la venta de títulos repetidos constituyó uno de los avales más importantes para mantener los gastos generales de la casa y, eventualmente, como medio para obtener nuevos libros. De modo que una de las políticas principales de la Biblioteca para colmar ciertas lagunas de la colección fue, sin duda, la organización de la venta de sus recursos impresos.

En el marco del presente capítulo sólo se seleccionarán unos pocos aspectos de la compra de materiales bibliográficos. Algunos de los proveedores, intermediarios y particulares de los libros adquiridos por la Biblioteca, muchos de ellos libreros, fueron: Ventura Marcó, José de Aguirre, Antonio Cándido Ferreyra, Sebastián Lezica, Ramón Vieytes, Juan Fernández, Santiago Mauricio, Saturnino Seguro, Melchor Olivera, Manuel Mota, Antonio Barros, Miguel O'Gorman, Diego Barros, Antonio Paderne, Manuel Carranza, Felipe Arana, Pedro Capdevila, Fray José Mariano del Castillo, Pablo Ortiz, Agustín Real de Azúa, R. Staples, etcétera. Lo cual

demuestra, no obstante la poca disponibilidad de recursos, la inversión, en varios miles de pesos, que tuvieron a su disposición, sobre todo entre 1810 y 1812, los distintos directores y bibliotecarios de la Biblioteca Pública para la adquisición de libros.

Pero las preocupaciones de los administradores en pos de las adquisiciones bibliográficas se extendieron también a otros sectores sociales, aparentemente, poco conocidos en cuanto a sus vínculos con la cultura impresa. Dentro de la abrumadora participación masculina que ofrecía sus libros en venta a la incipiente Biblioteca, los estudios relacionados con el género poseen un caso de real interés en cuanto a la posesión de libros en el ámbito femenino. Un ejemplo de ello ocurrió en 1816 cuando doña María del Carmen Carreño vendió a la Biblioteca la “Enciclopedia Británica”, nada menos que en cien pesos. Esta transacción comercial señala, al menos, dos aspectos: la existencia de una mujer propietaria (y lectora) de una notable obra de referencia, y b) su habilidad para lucrar, y obtener una suculenta suma, con la venta de la misma.

Es oportuno observar que los negocios bibliotecarios no sólo eran iniciativas externas. También dentro de la Biblioteca era posible lucrar en un marco de honestidad. En este tópico el portero Juan Carreto fue muy activo, pues en varias ocasiones se las ingenió para vender varios ejemplares a la propia Biblioteca. En 1815, como un caso ilustrativo de estas operaciones, el bibliotecario Zapiola asentó en su libro de gastos: “pagados al portero... Carreto por un tomo, cuyo título es *New Mercantile Spanish Grammar*” (Feraud, 1809), la suma de un peso con dos reales.

Por otra parte, la venta de obras duplicadas significó para la Biblioteca una importante e invaluable fuente de ingresos. El monto del dinero obtenido es elocuente; así en 1812 totalizaron 1.058 pesos y en 1813 alrededor de 1.400; cifras

que se repitieron o se superaron en otros ejercicios. Una idea de la magnitud de estos montos nos la brinda el hecho de que el Gobierno había entregado a Saturnino Segurola, para los gastos generales del establecimiento en 1810, la suma de \$ 2.315, 4 reales: “treinta y cuatro onzas de oro recibidos de Juan Manuel Luca”; y que las partidas que recibiera en 1811 Luis José Chorroarín sumaban aproximadamente 3.240 pesos. En definitiva, la venta de los ejemplares repetidos implicaba alrededor del 50% de la partida oficial destinada a la Biblioteca.

Pero las páginas del *Libro de cargo y data* incluyen otros datos interesantes relacionados con las obras duplicadas. A través de ellas es posible identificar aquellos títulos que, al parecer, se encontraban difundidos, tal es el caso de la *Teología moral* de Alfonso María de Ligorio (en \$5,4 reales) y “de una obra de Fr. Luis de Granada” (\$9), ambas vendidas en 1810 y presentes en varias bibliotecas particulares durante el período hispánico.

Un ejemplo de la riqueza temática que ofrece este aspecto lo constituye el destino final de algunas obras. En ciertas ocasiones el deterioro de los libros hacía imposible su venta. Entonces la Biblioteca, antes de perderlos definitivamente sin ganancia alguna, se convertía en una especie de biblioclasta forzada.

En 1810, sin duda ante la imposibilidad de su colocación en el mercado, la Biblioteca obtuvo 17 pesos por “unos libros viejos vendidos [como] cartuchos” para envolver paquetes en el comercio porteño. Luego, al año siguiente, gracias a un escueto asiento consignado por Chorroarín, sabemos que algunos de los libros que había donado el Colegio de San Carlos para el acervo bibliográfico del establecimiento, estaban en un estado ruinoso, ya que fueron vendidos por “inútiles” a 95 pesos.

La magnitud de esta empresa de obras repetidas, requirió una pequeña infraestructura administrativa. Durante el período de 1815 a 1817, un dependiente de la Biblioteca,

Santiago Miró, ocasionalmente ayudado por su hermano, fue el encargado de ofrecer las obras y de recaudar las ganancias, que eran liquidadas a principios de cada mes. En cierto sentido la venta de impresos duplicados operaba como un negocio librero dentro del ámbito de la Biblioteca, señalando la íntima relación entre el libro como bien cultural y como objeto de ganancia económica.

Con respecto al universo de las prácticas impresas el *Libro de cargo y data* es ilustrativo de la variedad de recursos y situaciones que se presentaban a menudo en la institución. Tal es el caso, por ejemplo, de una noticia que se vinculaba con el canje de obras, ya que en 1815 Salvador Cornet dio 61 pesos “en el cambio de libros”; lo que significa que también existía una instancia para el trueque de impresos.

Hay otro aspecto de la Biblioteca que define su importancia para el poder político: su presupuesto. El dinero librado refleja las posibilidades y, en consecuencia, el alcance económico disponible para que los bibliotecarios llevaran a cabo su tarea. Su interpretación, además de la gestión contable, muestra el grado de compromiso de las autoridades y de los ciudadanos.

En líneas generales el clímax de participación popular se dio en el bienio 1810 -1812; a partir de esa fecha, las iniciativas, tanto gubernamentales como particulares, decayeron inexorablemente, en un letargo que se extendería por un largo período, y cuyas causas deben ser analizadas, en otro estudio, para intentar comprender el destino de esta agencia social durante el siglo XIX. Una prioridad del *Libro de cargo y data* era, sin duda, asentar el detalle oficial y el origen de los ingresos. El presente cuadro establece los distintos montos recibidos por Biblioteca entre 1810 y 1818:

1810 --	\$ 2.424, 1 $\frac{3}{4}$ reales
1811 --	\$ 4.829, 1
1812 --	\$ 6.377, 1 $\frac{1}{2}$
1813 --	\$ 3.057, 4
1814 --	\$ 2.793, 2 $\frac{1}{2}$
1815 --	\$ 3.849, 5 $\frac{1}{2}$
1816 --	\$ 2.326, 1 $\frac{1}{2}$
1817 --	\$ 2.831
1818 --	\$ 859 (hasta abril)

Es decir, una cantidad total de aproximadamente 29.350 pesos. El origen de los mismos, descontando otras fuentes de ingresos, se consignaba del modo siguiente: “por ciento treinta y cuatro onzas de oro recibidas de D. Juan Manuel de Luca” (1810), “por mil setecientos pesos recibidos del Sr. Vocal Protector D. Miguel Azcuénaga” (1811), “por mil quinientos pesos que de orden del Gobierno me entregó el depositario D. José Riera para entregar a D. Manuel de Aguirre para compra de libros en Londres” (1812), “por seiscientos pesos que de orden del Gobierno me entregó el depositario D. José Riera para comprar libros en el Janeiro por medio de D. Antonio Cándido Ferreyra” (1813), etcétera.

De modo tal que la Primera Junta y las autoridades que le siguieron trataron, dentro de sus posibilidades y múltiples urgencias, de solventar los gastos de la Biblioteca. Es oportuno destacar que los sueldos de los bibliotecarios eran abonados por el Cabildo de Buenos Aires. Por otro lado, buena parte de las demandas cotidianas, como ya se ha señalado, fueron saldadas por las ventas de libros duplicados, uno de los ingresos más importantes luego de las partidas oficiales.

Dentro de este contexto general, finalmente, resulta complejo interpretar en la perspectiva actual el *Libro de cargo y data*, reconstruir el esfuerzo que se oculta bajo sus escuetos asientos contables y no experimentar un particular entusiasmo por la labor

realizada por los primeros bibliotecarios que llevaron adelante los pasos iniciales de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

V.2 GESTIÓN Y VIDA COTIDIANA EN LAS “RAZONES DE GASTOS” DE 1824 Y 1826

V.2.1 Introducción

Al iniciar la redacción de este punto, estrechamente vinculado al tema anterior en su proceso de continuidad de gestión bibliotecaria, en cierto sentido, se plantea una primera pregunta de “ontología bibliotecológica”, similar y a la vez también válida para el cuaderno de *Cargo y data* que implementara Chorroarín: ¿para qué estudiar las “rendiciones de gastos” de una pequeña biblioteca pública perdida en los confines del “mundo civilizado” en la segunda década del siglo XIX? Y a esta interrogante, de compleja resolución, se agregan otras de igual trascendencia: ¿qué valor tienen hoy para nosotros un conjunto de datos administrativos en relación con el estudio de las prácticas de lectura en un momento histórico determinado?; ¿es posible deducir, a través de la fría enumeración de elementos cuantitativos, una aproximación interpretativa y vívida de la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante los años 1824 y 1826?; y, finalmente, ¿cuál es la utilidad del discurso administrativo (pobre y monótono) para abordar el balance de una gestión bibliotecaria?

La respuesta a estas u otras preguntas similares resulta inequívoca: gracias a las “razones de gastos” de una institución, en este caso la famosa Biblioteca creada por la Junta de Mayo en 1810, se presenta una oportunidad única e inmejorable, tal como

sucedió con el libro de “cargo y data” (otra denominación de dichas “razones”) para reconstruir la gestión y la vida cotidiana de dicho establecimiento.

En el Archivo General de la Nación existen dos “razones de gastos” de la Biblioteca relacionadas con los años 1824 y 1826, redactados por quien fuera su Director en ese entonces, el Dr. Manuel Moreno ⁵. Este documento, tal como se llevó a cabo con el cuaderno de “carg^o y data”, nos permite reconstruir el tema de nuestro interés: / 6 estudiar la administración y las políticas de gestión de la Biblioteca desde el discurso de la vida diaria (Ariès y Duby, 1990-92; Devoto y Madero, 1999; Certeau, 2000), para así identificar las prácticas y representaciones bibliotecarias en las dos primeras décadas de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Luego de un primer acercamiento cuantitativo se intentará ir más allá de esta mirada, aunque toda aproximación interpretativa necesita basarse en datos y guarismos de diversa índole, con el objetivo de abordar la variedad y complejidad de tareas, tanto importantes como menores, que implicaba una gestión bibliotecaria en esa época de grandes turbulencias políticas en la Argentina. El ámbito de dirigir y organizar una Biblioteca Pública a comienzos del siglo XIX requería, sin duda, de una administración que contemplara, al menos, un servicio digno y adaptable a las necesidades de los usuarios y, sobre todo, a sus usos y prácticas de lectura.

V.2.2 Breve situación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante el período 1820-1826

Luego de la brillante gestión de Chorroarín, y tras el breve interregno de Saturnino Seguro (1821-1822), el Dr. Manuel Moreno, hermano menor de Mariano Moreno, fue nombrado director del establecimiento el 5 de febrero de 1822, cargo que desempeñó hasta el 25 de noviembre de 1828. La trayectoria biográfica del Dr.

Manuel Moreno ya ha sido estudiada, en detalle, por varios autores (Quiroga, 1972; Cutolo, 1975). No obstante, es importante señalar que el Dr. Moreno (1782-1857) además de médico, químico, político y diplomático, desempeñó una importante actividad como funcionario bajo distintos gobiernos. De carácter adusto y grave, con más enemigos que amigos, fue un polemista agrio y de temer.

Gracias a los almanaques de la época y a los testimonios de algunos viajeros se puede reconstruir, parcialmente, la situación de la Biblioteca durante la gestión de Manuel Moreno. Prueba de ello son los almanaques de J. M. M. Blondel (1825: 81-82 y 1829: 126) y de Bernabé Guerreros Torres (1826: 64-65). Una noticia de la guía de Blondel para el año 1829 afirmaba, entre otros conceptos, que la Biblioteca

Habiendo empezado con pocos libros que en su origen pudieron reunirse, y sin tener estos entonces toda la variedad y riqueza que reclamaba la instrucción de una población numerosa, hoy día forma una colección respetable que comprende todas las ciencias, y los diversos ramos de la literatura y artes. El número de libros destinados al uso general, asciende a más de 18.000 volúmenes... (Blondel, 1829: 126).

Y el famoso viajero francés Arsène Isabelle, que estuvo en Buenos Aires a principios de la década del treinta sostenía, con sincero entusiasmo, lo siguiente:

La biblioteca es una de las mil instituciones debida a las luces de Rivadavia; primitivamente... sólo contenía algunos millares de libracos in-folio, con un número bastante grande de manuscritos en latín y español, que trataban oscuros puntos de teología, medicina, controversias y graves futesas. Desde 1820 hasta 1828, se ha enriquecido sucesivamente con libros de historia, jurisprudencia, moral, ciencias exactas y naturales, de literatura propiamente dicha y una gran cantidad de álbumes de viajes y grabados de toda clase; hoy día ocupa cinco salas y el número de volúmenes alcanza a veinte mil. Más de la mitad son libros franceses. Está abierta todos los días no feriados y la facilidad de leer los periódicos de Buenos Aires la ha convertido en un gabinete de lectura (Isabelle, 1943 [1835]: 145).

Si bien este juicio es muy laudatorio en cuanto a la situación de la Biblioteca durante el período 1820-1826, las “razones de gastos” elevadas por Manuel Moreno presentan un panorama no tan positivo y alentador. De este modo, son varias las menciones contemporáneas a la Biblioteca de esa época. Sin embargo, se ha optado por seleccionar algunas de las más representativas, con la finalidad de tener una visión panorámica de su estado general bajo la mirada tanto de los residentes en Buenos Aires como de los extranjeros ⁶.

Una de las primeras tareas de Manuel Moreno, en marzo de 1822, fue encarar la refacción de la casa primitiva, pues la misma estaba prácticamente derruida. Durante los arreglos se le otorgó una tercera locación: “la parte contigua de la casa alta, la primera de las del Estado, viniendo de la Imprenta de Expósitos”, y se distinguía por su “escalera doble”. Es así como, “refaccionadas las salas primitivas, allí quedó instalada... [con] sus estantes abiertos y su mesa maciza (*El Argos*, 1822; Groussac, 1893: XXVII-XXVIII; Torre Revello, 1943: 13-14; Sabor Riera, 1974, vol. 1: 45).

Con motivo del decreto oficial del 13 de noviembre de 1821 (de Angelis, 1836: I, 230-231), en el cual se demandaba realizar el inventario de la Biblioteca al asumir un nuevo Director, el Dr. Moreno informó, en el *Registro estadístico* de 1823, que el establecimiento poseía “17.229 volúmenes de impresos, fuera de 1.500 duplicados y destinados a la venta”. El registro de la institución, también para 1823, sumó 3.284 lectores, aunque el número de estos debía de ser superior, pues sólo se consignaban los usuarios que solicitaban libros para leer en sala y no las consultas de información o referencia.

La mayoría de los concurrentes eran oriundos de la ciudad de Buenos Aires (2.174); los restantes, tanto de las provincias del interior (677) como extranjeros (426) (Groussac, 1893: XXIX). El personal de la Biblioteca estaba formado por el Director,

un Subdirector (cargo que fue suprimido en septiembre de 1821), dos dependientes, y el portero, es decir, un plantel de cuatro personas. En líneas generales, la Biblioteca comprendía físicamente la sala de lectura y los ambientes en que se distribuían las obras procesadas: las Salas de Ciencias, Historia, Letras Sagradas, Moral, Bellas Artes y Política (Acevedo, 1992: 8).

V.2.3 Aproximación al concepto de “razón de gastos”

La “razón de gastos”, lo mismo que el “libro de cargo y data”, era una especie de memoria anual de las tareas realizadas por la Biblioteca de Buenos Aires; sin embargo, más que una memoria tal como hoy la conocemos se trataba de un detalle de los desembolsos realizados por dicho establecimiento. El hincapié estaba puesto, pues, en los ingresos y en las salidas de dinero a lo largo de un año. La rendición se realizaba en diciembre de cada período y el contenido de la misma consistía en detallar las “consignaciones” (dinero dado por el gobierno para el mantenimiento general de la institución; incluyendo los sueldos del personal) y las “erogaciones” realizadas. El escrito se elevaba a la Contaduría General y debía ser aprobado por dicha repartición.

La memoria o “razón de gastos” de una institución es, por definición, un relato escrito que da cuenta de las actividades realizadas, de los ingresos y los dispendios que se han llevado a cabo durante un ejercicio anual. Esta relación se caracteriza por su exposición netamente administrativa y cuantitativa. Se trata de un discurso técnico y enumerativo, con la presencia de figuras expresivas recurrentes. La falta de fluidez discursiva se suplanta por la contundencia de giros aparentemente inequívocos,

propios de los lugares comunes que presentan los informes internos de la burocracia gubernativa. Es necesario señalar dos elementos a tener en cuenta en esta clase de escritos: su condición de textos internos e inéditos (pensados para transmitir una información meramente funcional) y, además, su perfil de relativa objetividad (pues se debe demostrar, con recibos y documentos, las expensas realizadas).

Empero, el concepto “razón de gastos” debe verse como un discurso dinámico de gran importancia para el estudio moderno de la Historia de las Bibliotecas y de la Lectura. Dicho concepto se caracteriza por su condición de relato expositivo que recupera el horizonte y la memoria de una institución. Pensados para una información funcional de entradas y salidas de bienes, tanto materiales como culturales (libros), en la actualidad rescatan la organización y el desarrollo de la Biblioteca en un momento histórico determinado. A través de ellos es posible reconstruir las necesidades de ese establecimiento y, fundamentalmente, la vocación omnipresente de los usos de la cultura escrita e impresa. Por otra parte, su estudio sistemático permite trazar la importancia de esta agencia en la estructura gubernamental. El saldo del relevamiento de las consignaciones y de los gastos posibilita reconstruir, entonces, la capacidad de compra de dichos bienes y la autonomía de la institución.

La “razón de gastos” posee un elemento suplementario de gran valor histórico: es la matriz con la cual se diseña la historia de la vida diaria de la Biblioteca. Constituye, pues, el discurso interno donde se tejió, día a día, su funcionamiento. Pero existen otras pautas que subyacen en los balances de las bibliotecas y que han pasado desapercibidas hasta ahora: las memorias son documentos de primera mano para elaborar, en un futuro, la Historia de las Ideas de la Bibliotecología en la Argentina;

es decir, uno de los elementos fundamentales para reconstruir la historiografía de esta disciplina.

Finalmente, se presenta otro aspecto de real interés en torno a las memorias. Gracias a ellas es posible obtener ciertos datos sobre los usos y las prácticas de la lectura y de la escritura que no existen, dado su difícil registro y preservación, en otros tipos de documentos que han perdurado hasta nuestros días. Estos aparentemente inofensivos y lacónicos informes constituyen una estrecha –pero vital– puerta de entrada al polifacético universo de las modalidades “aprehensivas” de la historia de la cultura.

V.2.4 La mirada cuantitativa: asignaciones, gastos y administración general durante la gestión de Manuel Moreno

Ingresos y gastos

El Gobierno, como a toda dependencia pública, asignaba una partida para los gastos anuales de la Biblioteca. La responsabilidad del director consistía en llevar el detalle de las erogaciones realizadas. Tal como se ha observado, “la razón de gastos” era una especie de memoria pecuniaria, donde muchos hechos de la institución no eran relatados, justamente, porque no implicaban una salida. Además de administrar y dirigir técnicamente al establecimiento, también era responsabilidad del Director elevar a la Contaduría General el resumen de las erogaciones efectuadas. Dos facultativos de esta Contaduría –Victorino Fuentes (1824) y José del Rebollar (1826)– fueron los que aprobaron, prácticamente sin objeción alguna, las “razones de gastos” de Manuel Moreno para esos años.

Durante los años 1824 y 1826 el presupuesto varió considerablemente. En 1824 el monto asignado (denominado “cargo” por Moreno) fue de \$1.488 (más 10 pesos a favor de la gestión de 1823), es decir, una razón de \$ 124 por mes; y los gastos (“data”) para ese mismo período fueron de \$ 1.365, 1 real, restando \$ 132, 7 rs. (los que permanecieron pendientes para abonar varios encargos de libros que se hicieron a Europa). En 1826 la partida sufre un incremento de \$ 858, ya que totaliza \$ 2.346, 3 ½ rs., a razón, en líneas generales, de \$ 195 por mes; y los gastos de dicho año totalizaron \$ 2.186 con 4 ½ rs., restando en esta oportunidad, \$ 159 con 7 ½ rs. (“destinado a compra pendiente de libros”).

A primera vista parece un presupuesto adecuado; sin embargo, al estudiar las liquidaciones que elevara Manuel Moreno, se manifiesta la crítica insuficiencia de estos fondos, pues el Director debía afrontar con esta cantidad la totalidad de las necesidades de la institución, donde la compra de libros era, lamentablemente, una erogación menor ⁷.

Personal

El análisis de los sueldos del personal demuestra esta dramática situación. No obstante, antes de abordar este tópico, es necesario detenerse en los empleados con que contaba la institución en ese entonces. El número de personas contratadas era sumamente exiguo, ya que en dicha época la Biblioteca contaba con solo cuatro personas (incluido el Director) para administrar más de 18.000 volúmenes distribuidos en varias salas y en un edificio de altos. Las tareas por ellos realizadas se detallan más adelante; empero, es justo y pertinente rescatar sus nombres, funciones y honorarios. En 1824 los “dependientes” eran Mariano Moreno (hijo del Secretario de la Primera Junta y sobrino del Director) y Vicente Robles (posteriormente, en

marzo, debido a su retiro, fue reemplazado por Juan Miguel Costa). A ellos debe sumarse el portero de la casa: José Santos. Para el ejercicio de 1826 los dependientes eran, a principios de año, el ya mencionado Costa y Francisco Castelli (se había retirado Mariano Moreno, hijo); poco después, hacia mediados del ejercicio, Castelli es sustituido por Ángel Padilla, quien, en un primer momento, estuvo asignado a mantener los catálogos; en cuanto a Santos, este continuó en sus labores de portero. Pero los sueldos; en cierto sentido, se transformaron, de hecho, en la sangría inevitable de la Biblioteca. Para evitar un detalle fatigoso de guarismos se tomará la media de los mismos y se confrontará con el total de las asignaciones anuales. El Director ganaba, tomando por ejemplo el año 1826, aproximadamente \$ 67 por mes (lo que implicaba un monto anual de alrededor de 800 pesos); los dependientes sumaban entre 30 y 31 pesos (alrededor de \$ 372 cada uno por ejercicio); y el portero recibía 14 pesos mensuales (\$ 168 al año). Vale decir, que al sumar la totalidad de los sueldos anuales el resultado arroja una erogación salarial de \$ 1.377. Si el presupuesto para el período 1826 era de \$ 2.346, el gasto en sueldos implicaba casi el 60% (exactamente el 58,6%).

De este modo, Manuel Moreno sólo contaba con el 40% (\$ 969) del presupuesto asignado para hacer frente y solventar sus gastos, tales como el mantenimiento del edificio, los materiales de escritura de los lectores, la calefacción de las salas, las erogaciones eventuales e inesperadas, los gastos menores que surgían en el momento menos pensado y, por último, la adquisición de libros. Realmente, un presupuesto que exigía imaginación y malabarismos administrativos.

Una práctica común: la venta de libros duplicados y deteriorados.

La venta de obras duplicadas y de ejemplares deteriorados como papel fue una práctica muy rentable desde los comienzos de la Biblioteca. Un ejemplo notable fueron las ganancias que consiguió Chorroarín cuando desarrolló esta empresa durante su dirección. Las cifras no eran, bajo ningún concepto, desdeñables, pues en 1812 y 1813 incrementó las arcas del establecimiento, respectivamente, en 1.058 y 913 pesos (Levene, 1938: 155 y 157). Esta política de incremento presupuestario también la continuó el Dr. Manuel Moreno, tal como lo confirma la lista de libros en venta que se publicó en el *Argos de Buenos Aires* el 23 de marzo de 1822⁸.

Sin lugar a dudas el punto más vulnerable de la gestión bibliotecaria de Moreno fue la obtención de nuevas obras y la suscripción a los periódicos. Aún no se ha hallado la documentación que confirme si el Administrador de la Imprenta del Gobierno cumplía con el requisito, tal como lo sostenía el *Reglamento* de 1812, de hacer llegar a la Biblioteca un ejemplar de cada libro editado. De ser así, dicha dependencia también pudo obrar como medio para incorporar nuevos libros, aunque el trabajo de ese taller distaba, en mucho, de producir una gran variedad de títulos.

¿Cuál fue, entonces, la estrategia seguida para las modestas adquisiciones bibliográficas de ese período? Se apeló a lo que ya se había hecho en varias ocasiones desde la inauguración de la Biblioteca, esto es, a la venta de duplicados y ejemplares deteriorados. El dinero que obtuvo Moreno fue prácticamente insignificante. Empero, en varias instancias ayudó a redondear un presupuesto mezquino y, lo que es más importante, a alentar la compra de algunos títulos, aunque siempre en una escala muy reducida.

El año 1826 es rico en esta clase de iniciativas. Veamos algunos ejemplos de ello. En mayo se liquidó en 4 pesos una obra de Benedicto XIV; en junio el cónsul inglés Mr.

Parish adquirió en 12 pesos “tres tomos de gazetas, a saber, el Censor 2 vol., la Prensa Argentina 1 vol. en perg”; en agosto se consiguieron \$ 5,4 rs. “por libros viejos vendidos al Dr. Agrelo, a saber, Faria aditiones Ad Covarrubias 2 vol. perg. fo... y Faria Covarrubias ementeatus [sic] 1 vol. perg. fo.”; en septiembre ingresaron 3 pesos “por 4 tomos de Febrero truncos, vendidos a Castro”; y en noviembre se vendió en 12 pesos “la obra de Domínguez (Dn. José Migl.) Ilustración y continuación de Curia Filipica 3 vol. f”. Existía además un conjunto de obras que no se podían vender por falta de interesados, debido a su avanzado estado de deterioro físico; prueba de ello son los seis pesos que ingresaron por la venta de “seis libros viejos –lamentablemente se ignoran sus títulos– vendidos como papel viejo a Martínez”.

Esas ventas plantean, inequívocamente, una duda de difícil resolución. ¿Cuáles eran los criterios de selección para “liquidar” ciertos ejemplares? Todo descarte, sin duda, representa una opción entre muchas. Una elección que se encuentra pautada, tal como acontece en este caso, por la necesidad económica. No cabe duda que individuos con una sólida formación, el Dr. Pedro José Agrelo y el cónsul Woodbine Parish, vieron una inmejorable oportunidad para obtener obras de su interés a un precio muy accesible. Pero esto se enmarca en otra historia en el acontecer de toda biblioteca: la dialéctica entre la necesidad de recursos y la decisión de obtenerlos a través de la venta de sus duplicados o ejemplares truncos. No obstante, queda claro que no existía una “política explícita de descarte”, pues todo estaba pautado por las necesidades y las urgencias económicas del momento.

En este tópico también es necesario puntualizar sobre un aspecto, al parecer oculto, pero siempre presente en los modos de relacionarse las profesiones (en este caso los bibliotecarios) con los objetos, sean culturales o materiales. La venta de libros y su

descarte era una práctica bibliotecaria relacionada con los múltiples e infinitos usos del universo de la cultura escrita e impresa. Es imposible separar, pues, las prácticas de lectura de los modos de representación cultural que ellas implican y conllevan; conductas que pautan y enmarcan, inequívocamente, el modo coral y orquestal de relacionarse con el libro.

Adquisición de libros

A pesar de las limitaciones presupuestarias con las cuales debió enfrentarse durante su gestión, Manuel Moreno logró comprar algunos libros para acrecentar el acervo bibliográfico de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

El año 1824 fue, holgadamente, mucho más fructífero en este aspecto, pues pudo destinar casi 250 pesos a la compra de libros; es decir, el 16,7 % de la partida destinada a los gastos totales de la institución. Por el contrario, el ejercicio 1826 se caracterizó por la ausencia de fondos destinados a la adquisición de obras, ya que sólo se invirtieron 10 pesos⁹.

La Dirección de la Biblioteca durante sus primeras décadas de vida estuvo signada por esta pobreza de medios para obtener libros y suscribirse a publicaciones periódicas. Si bien en muchos períodos de su historia las donaciones fueron escasas, siempre constituyeron una de las principales fuentes de ingresos. Pero es necesario señalar que las donaciones no siempre favorecieron el desarrollo de la colección pues, en varias oportunidades, se trataba de ejemplares duplicados o de obras que no correspondían a las necesidades bibliográficas de la época.

Gracias a las “razones de gastos” de los años 1824 y 1826, es posible determinar las compras de libros realizadas por la Biblioteca y, por ende, identificar aquellos títulos que se consideraban indispensables para enriquecer el patrimonio de la institución.

Mariano Lozano fue el principal librero al cual recurrió la Biblioteca en 1824. El monto total que desembolsó Moreno en su librería ascendió a 159 pesos y 4 reales; sin duda, una cifra importante, dentro de la modestia de los recursos con que se contaba. La librería de Mariano Lozano, ubicada en la Calle Paz No. 2, de una ingente y aun no reconocida labor durante muchos años en el comercio librero de Buenos Aires, no era realmente una librería: se trataba de una tienda que vendía todo tipo mercaderías (Blondel, 1825: 124).

Esta situación no es extraña. Además de los conocidos libreros de la época (Jaime Marcet, Juan Manuel Ezeiza, Rafael Minvielle, Michel Riesco, los hermanos Duportail, Luis Laty, y la Librería de la Independencia de la familia Larrea) también hubo una gran cantidad de “lugares de venta” informales de libros, donde se mercaban todo tipo de enseres junto con una gran cantidad de impresos. Incluso la mayoría de las librerías citadas eran, al mismo tiempo, mercerías o tiendas. Es por ello que no llama la atención que Manuel Moreno haya recurrido a la tienda de Lozano para adquirir muchos de los libros que ingresaron a la Biblioteca, pues su comercio fue el cuarto en importancia durante el período 1823-1828 (Parada, 1998: 23).

Un listado sumario –sin incluir dos títulos no identificados– de las obras adquiridas en la tienda de Mariano Lozano es el siguiente: *Nosographie et thérapeutique chirurgicales* (Paris, 1821, 4 v.), de Balthasar-Anthelme Richerand; *Séméiotique, ou traité des signes des maladies* (Paris, 1818), de Agustin-Jacob Landré-Beauvais; *Tratado de los medios de desinfeccionar el aire, precaver el contagio y detener sus progresos* (Madrid, 1803), de Louis-Bernard Guyton de Marveau; *Nosographie philosophique, ou la méthode de l'analyse appliquée à la médecine* (Paris, 1807, 3 v.; ibidem, 1818), *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale ou la manie* (Paris, 1800 y 1809), *La médecine clinique rendue plus précise et*

plus exacte par l'application de l'analyse, ou Recueil et résultat d'observations sur les maladies aiguës, faites à la Salpêtrière (Paris, 1804 y 1815), de Philippe Pinel; *Traité de chimie élémentaire, théorique et pratique* (Paris, 1821, 4 v.), de Louis-Jacques Thénard; *Cours théorique et pratique d'accouchements* (Paris, 1823), de Joseph Capuron; *Medicina legal y forense* (Madrid, 1825, 5 v.), y *Lecciones de curso*, de Mathieu-Joseph-Bonaventure Orfila; *Histoire de la médecine depuis son origine jusqu'au dix-neuvième siècle* (Paris, 1815-1820, 9 v.), de Kurt Sprengel; *Traité de l'art de fabriquer la poudre à canon. Précédé d'un exposé historique sur l'établissement du service des poudres et salpêtres en France. Accompagné d'un recueil de 40 planches [Atlas] au trait* (Paris, 1811, 2 v.), de Jean-Joseph-Auguste Bottée de Toulmon y Jean-Réné-Denis Riffault des Hêtres; *Historia crítica de la inquisición en España* (Madrid, 1822, 10 v.) de Juan Antonio Llorente; *Dictionnaire de chimie* (Paris, 1810-1811, 4v.), Martin Henry Klaproth y F. Wolff; y el *Código de comercio de Francia*.

Pero además de Mariano Lozano el librero francés Mr. G. Lacour, poco conocido hasta la fecha, proveyó una importante cantidad de libros (por un monto de 129 pesos) a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, tales como: *Astronomie théorique et pratique* (Paris, 1814, 3 v.), de Jean-Baptiste-Joseph Delambre; *Traité de géodésie ou exposition des méthodes astronomiques et trigonométriques, appliquées soit à la mesure de la terre, soit à la confection du canevas des cartes et des plans* (Paris, 1805, 2 v.), de Louis Puissant; *Nouvelle architecture hydraulique; contenant l'art d'élever l'eau au moyen de différentes machines, de construire dans ce fluide, de le diriger, et généralement de l'appliquer de diverses manières aux besoins de la société* (Paris, 1790-1796, 2 v.), de Gaspard-Clair-François-Marie Riche de Prony; *De la défense des places fortes* (Paris, 1812), de Lazare-Nicolas-Marguerite Carnot; *Nouveau traité de navigation* (Paris, 1781), de Pierre Bouguer; *Traité élémentaire d'astronomie physique* (Paris, 1811, 4 v.), de Jean-Baptiste Biot; *Leçons de géologie données au Collège de France* (Paris, 1816, 3 v.), *Leçons de minéralogie donnés au Collège de France* (Paris, 1812, 2

v.), de Jean-Claude de La Métherie; *Théories des vents et des ondes*, de François-Célestin de Loynes-Barraud, Cher de La Coudraye; y el *Atlas coelestis* (London, 1753), de John Flamsteed. Por otra parte, entre los pedidos de Manuel Moreno a Mr. Lancour figuran dos obras que, al parecer, fueron demandadas pero no ingresaron al establecimiento: *Méthodes analytiques pour la détermination d'un arc du méridien*, de Jean-Baptiste-Joseph Delambre; y *Théorie de l'imprimerie* ¹⁰.

En cuanto a los materiales de escritura, tanto para los usuarios como para las necesidades administrativas de la casa, probablemente Moreno los adquiriera en la conocida librería de Juan Manuel Ezeiza, tal como lo documenta el recibo que este librero le firmó al Director de la Biblioteca por una “resma de papel florete”, cuyo monto ascendió a 4 pesos y seis reales.

Otro tópico de vital importancia, aunque también en proporciones modestas, fue la adquisición de algunos periódicos de la época. En el período 1824 y 1826 la Biblioteca se suscribió a los diarios siguientes: *El Argos*, *El Republicano*, *El Defensor de la Patria*, *El Argentino*, *El Correo Nacional*, y *La Gaceta Mercantil*, invirtiendo alrededor de 50 pesos. Como se observará más adelante esta inversión era muy importante para la dirección del establecimiento, pues estaba destinada a satisfacer, parcialmente, los usos y las prácticas de los lectores.

Por otra parte; los libros adquiridos –aproximadamente 28 títulos– permiten suponer una intencionalidad definida en la política de compras, ya que el tema predominante estaba representado por las Ciencias, en especial la Medicina (con 11 títulos), seguida por la Astronomía, Geodesia y Geología (7) y, por último, por la Química (2). El interés de Manuel Moreno se centraba en incrementar y actualizar un sector crítico de la Biblioteca e indispensable para el desarrollo: la temática científica. Empero, no debe olvidarse que estos ingresos también representaban las inclinaciones

profesionales de Moreno (médico y profesor de química) y que, sin lugar a dudas, también influyeron en sus adquisiciones bibliográficas institucionales.

Durante los primeros años de la Biblioteca, tal como hemos visto, especialmente en 1810 y 1811, las donaciones fueron la principal forma para adquirir ejemplares. Sin embargo, y esta situación llama la atención, las memorias de 1824 y 1826 no registran ningún tipo de donativos impresos realizados por particulares ¹¹. El único “regalo” que se dio a la Biblioteca”, en junio de 1824, consistió en varios “cajones con unos bustos”, cuya identidad y ubicación última en el edificio se ignora, aunque la Dirección tuvo que pagar los gastos de traslado, los que incluyeron una “caretilla y peones”.

La falta de donaciones por parte de los ciudadanos es un hecho significativo en la historia de la Biblioteca. Evidentemente, el interés por esta agencia había menguado desde su inauguración en 1812. Pero este hecho es lógico. El pueblo de Buenos Aires había hecho un enorme esfuerzo para dotar de materiales bibliográficos al primer fondo de la institución. Ahora era necesario que el gobierno asignara los recursos suficientes para el desarrollo del proyecto. Esta situación ideal, lamentablemente, fracasó, debido, entre otras razones, a la delicada coyuntura político-social. En otros momentos de la historia de las bibliotecas argentinas se iba a repetir este caso. Las bibliotecas crecieron cuando se presentó una unión de intereses entre los ciudadanos y el Estado, y se detuvieron (o involucionaron) cuando los particulares abandonaron la empresa, exclusivamente, en manos del gobierno (Parada, 2002).

Otros medios de adquisición de libros. Encuadernación de obras deterioradas. Procesos técnicos. Gastos menores.

La situación económica de la Biblioteca era de una precariedad alarmante, aún en una época de extensión cultural como la presidencia de Rivadavia. El mayor porcentaje

de las partidas presupuestarias debía invertirse en sueldos y en mantenimiento del edificio. A esto debe agregarse una circunstancia cuyo conocimiento es ineludible: Manuel Moreno era un hombre de múltiples actividades, tanto científicas como de participación política dentro y fuera del Gobierno, lo que significaba, necesariamente, una falta de dedicación completa a sus actividades como Director de la Biblioteca, tal como la había ejercido en su momento, con cuerpo y alma, Luis José Chorroarín ¹².

Dentro de este marco existió, además, una forma de obtención de impresos menos científica y, de hecho, librada a situaciones fortuitas. El año de 1826 es ilustrativo en este punto, pues Moreno, sin duda alentando una estrategia para conseguir obras por medios más heterodoxos, suscribió a la Biblioteca en la compra de “una cédula” para participar en la rifa de los libros del Dr. Antonio Sáenz (1780-1825), y en agosto de ese mismo año hizo lo propio “por una cédula de libros en la lotería del Dr. Velez”. La imaginación (o acaso la desesperación) ocasionó que el Director del establecimiento participara en “rifas o loterías” como medios idóneos, aunque de difícil concreción, para conseguir aquello que no podía obtener por los libramientos de un gobierno con las arcas exhaustas, ni por la participación generosa de los particulares, ni por su falta de participación “full-time” en la administración de la casa.

Si bien pueden tildarse estas acciones como actos osados y onerosos (ambas participaciones costaron en total 38 pesos), con los cuales pudieron haberse adquirido algunos libros, el intento de Moreno no hace más que trasuntar la situación delicada en que se hallaba la institución; pobreza que, en los lustros venideros, se volvería aún más aguda y dramática.

Otra de las tareas relacionadas con las prácticas bibliotecarias de uso diario, ya identificada durante la primera década de la Biblioteca, es la encuadernación de los

materiales deteriorados. En el período estudiado sólo se mandaron dos obras a encuadernar: la *Nouvelle architecture hydraulique* de Gaspard-Clair-François-Marie Riche de Prony y el *Catálogo de la Sala de ciencias en la Imprenta del Estado*. Se ignoran los ^{SIN} ~~CON~~ ^{SIVA} móviles de la encuadernación del libro de Prony (había sido comprado pocos meses antes por la Biblioteca y fue dado al encuadernador Francisco Rue [sic]). Es posible que haya sido protegida ante la posibilidad de un trato frecuente por parte de los lectores.

Sin embargo, el dato de mayor interés lo aporta la encuadernación mencionada en segunda instancia, pues esta información confirma, nuevamente, la existencia de más de un catálogo o “índice” en el establecimiento, iniciado en principio por Chorroarín (al parecer manuscrito y en forma de cuaderno o libro), en este caso en la Sala de Ciencias y, por ende, de la posibilidad de que cada sala contara con su catálogo (cfr. cap. IV.1).

El hecho brinda, además, otros aspectos de interés. En primer término, la confirmación de la marcada “orientación científica” que tuvo la Biblioteca durante la gestión de Manuel Moreno; en segundo término, y el caso es aún mucho más factible que con el libro de Prony, dicha encuadernación subraya el uso y la manipulación que se esperaba por parte de los lectores (lo que no implica, necesariamente, que haya sucedido) ¹³.

Este hecho marca otra característica a resaltar de la administración de Moreno y, en cierto sentido, una continuidad de las preocupaciones bibliotecarias de Luis José Chorroarín: el interés por los procesos técnicos. Sabemos, gracias a las razones de gastos, que Moreno contrató a Ángel Padilla (luego dependiente de la casa) en el período marzo-julio de 1826, para “copiar el inventario” y para trabajar “en el

catálogo". De este modo, la institución trataba de tener "un orden y una memoria bibliotecaria" acorde, aunque insuficientemente, con las necesidades de los lectores¹⁴. El mantenimiento cotidiano del establecimiento requería, además, de un sinfín de "gastos menores" (caja chica) que eran indispensables para satisfacer todo tipo de necesidades. Lamentablemente, las "razones de gastos" elevadas por el Director de la Biblioteca no detallan los insumos comprados. Por el contrario, se sabe que en 1824 se gastaron 66 pesos en "gastos menores" (un promedio de 5 pesos por mes) y que en 1826 la cifra fue de alrededor de \$80 (6 pesos mensuales). Una cifra realmente muy exigua para las demandas diarias y muchas veces inesperadas de una Biblioteca que pasaba los 18.000 volúmenes¹⁵.

Epílogo bibliotecario a modo de conclusión

Esta primera aproximación cuantitativa de las "razones de gastos" de la Biblioteca para los años 1824 y 1826 señala, provisionalmente, que el impulso inicial del establecimiento (1811-1821), al cual se podría denominar como Edad de Oro o período clásico de gestión bibliotecaria en la primera mitad del siglo XIX, ya presentaba signos alarmantes de deterioro e, incluso, de cierto retroceso que se acentuaría hasta la dirección del Dr. Carlos Tejedor (1853-1854)¹⁶.

Hay dos hechos inequívocos en la labor llevada a cabo por Moreno. En primera instancia, mantuvo el funcionamiento del establecimiento en un momento de crisis presupuestaria; crisis, por otra parte, que siempre había sido un mal endémico en la institución, con mayores o menores vaivenes burocráticos. En un segundo momento, su dirección fue, indudablemente, una administración de "mantenimiento" ante la ingente tarea creadora y de notable desarrollo que realizó su ilustre antecesor: Luis

José Chorroarín. La comparación, frente a una brillante administración anterior, siempre se torna inevitable y, en ocasiones, justificada.

Muchos, no obstante, fueron los factores que hicieron de su gestión una dirección de “mantenimiento”. El Dr. Manuel Moreno no era un bibliotecario de vocación, sino un intelectual con activa participación ciudadana y política que, en esos momentos, correspondía al ideal del hombre instruido y profesional a cargo de una institución cultural gubernamental. A esta característica personal deben agregarse los cargos simultáneos que desempeñó: una pluralidad de intereses difíciles de llevar en forma pareja, continua y sostenida. Sus múltiples anhelos e inclinaciones no lo impulsaron a sentir la Biblioteca como su propia y única morada, ni a donar, desinteresadamente, gran parte de sus honorarios para solventar las carencias bibliográficas, tal como lo hicieron, en su momento, Segurola y Chorroarín. No tuvo, como este último, una vocación de fe o una inclinación casi “misionera” hacia el establecimiento. Eran, pues, otros tiempos y otros hombres. Hay personalidades que hacen y elevan a una institución, y otras que tratan de mantener, aún retrocediendo, lo alcanzado: a estas últimas corresponde la dirección del Dr. Manuel Moreno.

Pero lo esbozado hasta el momento sólo es una parte muy minúscula del universo fáctico de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: falta el desarrollo de su vida cotidiana, es decir, la aproximación, vívida y palpitante, al quehacer cualitativo.

V.2.5 La mirada cualitativa: una jornada en la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1812-1826)

Luego de recopilar la información existente en las “razones de gastos” de 1824 y 1826, y de agregar a estas los datos que nos suministran tanto el *Reglamento* de su

funcionamiento interno (redactado, tal como hemos visto en el capítulo IV.2, en 1812 y aún vigente en 1850) como otras noticias circunstanciales aparecidas en la prensa periódica porteña de la época, es posible esbozar, dentro de un marco histórico preliminar, una jornada de trabajo en la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante sus primeros lustros de funcionamiento. Para enriquecer dicha reconstrucción se ha agrupado en un solo discursivo muchos acontecimientos que sucedían a lo largo de un año, con el objeto de tener un panorama más detallado de la dinámica de la vida cotidiana de esa institución entre 1812 y 1826.

Una pregunta se presenta de modo insoslayable: ¿cómo se desarrollaba, en líneas generales, la cotidianidad en esa agencia social? Aunque los datos para abordar dicho tema son todavía escasos (el hallazgo de nuevos documentos, indudablemente, podrá aportar elementos enriquecedores), la jornada bibliotecaria de ese establecimiento fue, verdaderamente, de gran interés.

La Biblioteca abría sus puertas “todos los días del año por la mañana”, a excepción de los días “festivos y semifestivos”. La determinación del horario de apertura había ocasionado un debate ya legendario entre Bernardino Rivadavia y Luis José Chorroarín. El tema osciló entre discusiones y cambios epistolares, y hasta adquirió una tonalidad dramática cuando Chorroarín prácticamente amenazó, en marzo de 1812, con declinar su cargo de Director si el horario se extendía hasta las horas de la tarde. Finalmente, la turbulencia arribó a su punto más sosegado al aceptar Rivadavia las sugerencias y excusas que le propuso el presbítero bibliotecario. El horario matutino, tal como se analizó en el párrafo IV.2, se impuso durante muchos años, aunque existieron intenciones gubernamentales por extenderlo. El asunto, además, tuvo sus coletazos, pues varias veces se planteó el problema de ajustar la apertura a las necesidades de los lectores (Levene, 1938: 110-111).

El cuadro de funcionamiento de la casa fue estipulado según el siguiente cronograma: en el período estival (noviembre, diciembre, enero y febrero) el horario era desde la siete de la mañana hasta las doce; en la estación más benigna (marzo, abril, septiembre y octubre), a partir de ocho hasta las doce y media; y en la estación invernal (mayo, junio, julio y agosto) desde las ocho hasta la una del mediodía. Esto significa que las prácticas y los usos de lectura estaban pautados por el rigor de un horario fuertemente cronometrado. No se trata de un problema menor tal como hoy se puede presentar a nuestra realidad. La Biblioteca carecía prácticamente de personal, tanto para controlar los servicios como para procesar los libros.

La correspondencia de Chorroarín, como se puntualizó oportunamente, es muy elocuente en este punto. Él mismo, durante el período 1811-1813, se transformó en un “empleado múltiple”, ya que sus tareas no sólo abarcaban las de un Director sino que desarrolló diligencias propias de los dependientes. Por lo tanto, la férrea limitación del tiempo constituía una cruda realidad, pues la Biblioteca corría el riesgo de no poder abrir si se hubiera extendido la jornada a otras horas distintas de las matutinas. No obstante, es necesario volver sobre esta temática: el horario de la mañana moldeó y limitó los modos y el acceso a la lectura de los usuarios de esta agencia social. Finalmente, en el período de la administración de Manuel Moreno, la atención al público, siempre dentro de la línea establecida por Chorroarín, fue durante “todos los días de trabajo por la mañana desde las nueve hasta las dos de la tarde” (Blondel, 1825: 82).

Fueron muy interesantes las razones que, en su oportunidad, esgrimió Chorroarín para imponer la apertura matutina. Además de los motivos de su menguada salud y de la carencia de personal adecuado, las actitudes y modalidades de la lectura estaban pautadas por los usos sociales de la época en materia de alimentación. Para

Chorroarín la mañana era el momento adecuado para ejercer las prácticas de la cultura impresa, y las primeras horas de la tarde, luego de la ingesta del mediodía, se reservaban “para el descanso, y para conservar la salud por medio de un ejercicio moderado que facilita la digestión de los alimentos” (Levene, 1938: 108-109). Los usos de la lectura estaban, también, modelados por el discurso (real o imaginario) de las necesidades fisiológicas; la “puesta en escena” del acto de leer no era sólo una abstracción intelectual que excluía el repertorio, huidizo y complejo, del cuerpo y sus quehaceres físicos.

Gracias al *Reglamento Provisional para el régimen económico de la Biblioteca Pública de la Capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, podemos saber que las autoridades de la institución velaban (o incidían) en los múltiples hábitos de escritura de los concurrentes. Desde hace unos años se ha señalado la importancia de detenerse en las prácticas de lectura de las distintas comunidades de lectores, tanto en su vida íntima como en su faz privada, ya sea en el hogar como en las bibliotecas particulares y públicas (Bouza Álvarez, 1997; Burke, 1998, 2001; Cavallo y Chartier, 1998; Chartier, 1991, 1993, 1995, 1996a, 1996b, 1999, 2006; Cucuzza, 2002; Darnton, 1993, 1998, 2003a, 2003b, 2006; Frenk, 2005; Geertz, 1990; Ginzburg, 1999; Mckenzie, 2005; Manguel, 1999; Martínez Martín, 1991; Moll, 1994; Piglia, 2005).

Sin embargo, no se ha hecho el suficiente hincapié en el rico horizonte de los efectos sociales de la escritura (Petrucci, 1999). La Biblioteca Pública de Buenos Aires suministraba a sus usuarios, tal como se ha señalado en el principio de este capítulo, tinta, plumas, arenilla, atriles, tinteros, reglas y estuches matemáticos para que estos elementos obraran como aspectos vitales y complementarios de todo ejercicio lector. Así, la escritura se transformaba en la “otra voz” solidaria de los usos de la lectura.

Este punto es fundamental: no se puede hablar, por lo menos en una Biblioteca pública, de modos de lectura sin apelar a los usos y maneras de la escritura. Los hombres que llevaron a cabo la realización de la Biblioteca Pública de Buenos Aires eran conscientes (¿acaso en forma inconsciente?) de esa relación íntima y dialéctica: no hay lectura sin escritura, y no hay escritura sin lectura (Cucuzza, 2002: 18).

El “concurrente” solicitaba el libro a un “dependiente” (el término bibliotecario se reservaba para el Director y el Subdirector, cuando este último estaba designado) que se lo entregaba en la sala de lectura. Es necesario, en cuanto al servicio de préstamo, destacar un aspecto de importancia: si bien nos encontramos en una Biblioteca Pública los libros solo se prestaban en sala y bajo ninguna circunstancia podían salir fuera del establecimiento. En este rubro el *Reglamento* era elocuente:

No saldrá fuera de la Biblioteca libro alguno por ningún pretexto ni motivo. Igual orden se guardará respecto a cualquier impreso o manuscrito que se hallase colocado en ella, aun cuando lo solicite una persona de la mayor representación y elevado carácter, imponiéndose el Gobierno mismo la obligación de ser el primero y más puntual observador de esta orden... (cfr. cap. IV.2, Apéndice No. 1).

Había, pues, “una orden” que prohibía, perentoriamente, la salida de los libros fuera de la institución; es decir, el libro se identificaba como un objeto sacralizado por las autoridades. Un patrimonio de todos que no era de persona particular alguna. Pero aún sin reconocer, desde la esfera gubernamental, su inevitable necesidad de circulación fuera de la Biblioteca, de manipulación gregaria —alentada por el propio Gobierno— en la esfera íntima y privada.

Todavía no había llegado el tiempo del préstamo a domicilio en forma gratuita. Esta fue una batalla que llevó a cabo la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares en la década de 1870, a instancias de Domingo Faustino Sarmiento, luego de su estadía en Estados Unidos y de conocer las experiencias educativas de Horace Mann,

cuando impulsó la fundación de las Bibliotecas Populares; es decir, las “bibliotecas del pueblo”: aquellas cuyo principal servicio era el préstamo domiciliario y la autoformación del ciudadano (*Boletín*, 1872).

En esta época nos encontramos ante una circulación restringida. No obstante, debe hacerse una aclaración. La Biblioteca Pública poseía una práctica heredada del Iluminismo: el libro estaba imbuido por una pátina utilitaria inmanente: era un objeto para ser usado por un individuo (y por los otros) en un horizonte común a todos, propio de la secularización de las salas de lectura. Compartía, por un lado, el imaginario de la instrucción pública y la pragmática del siglo XVIII y, por otra parte, mantenía sus lazos, ya más débiles pero aún presentes, de objeto impreso destinado al intercambio social (una evocación de los ecos y las voces del espacio urbano).

Las funciones de los dependientes estaban claramente delimitadas. Cuidaban por el aseo de los libros y de los estantes, tenían que atender al público con “toda urbanidad, comedimiento y agrado”, velaban para que cada libro fuera colocado en su lugar luego de la consulta y, por sobre todo, debían esmerarse en el buen trato físico de las obras. Su ocupación principal se limitó a tareas de índole administrativa; empero, durante la gestión de Manuel Moreno, el dependiente Ángel Padilla, tal como se ha señalado, realizó tareas bibliotecarias especializadas. Por lo que es de suponer que los dependientes incursionaban, en algunas ocasiones y bajo la tutela del Director, en trabajos que demandaban un grado mínimo de técnica bibliotecaria. Este aspecto implica una novedad, pues en tiempos de Chorroarín él era quien, al parecer, procesaba los libros que ingresaban en el establecimiento. De este modo, gracias a las “razones de gastos” de 1826 podemos saber que Ángel Padilla fue uno de los primeros catalogadores de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Pero el trabajo de los dependientes era mucho más variado y atareado de lo que deja traslucir el *Règlement* de 1812. En invierno debían acarrear la leña para mantener encendidas las chimeneas, de forma tal que los usuarios pudieran leer en un ambiente más o menos tolerable; y en el verano tenían a su cargo la ventilación del edificio, en un abrir y cerrar constante de ventanas y persianas.

También era de su responsabilidad el suministro de los materiales de escritura cuando lo demandaban los lectores. Esta tarea se llevó a cabo en un comienzo, aunque no se sabe a ciencia cierta hasta que época se brindaron plumas de escribir, tinta y arenilla para “salvar” la escritura. El papel, un elemento oneroso y que escapaba al presupuesto de la institución, debía ser traído por los usuarios. No obstante, entre sus trabajos más delicados estaba el de hacer cumplir las buenas maneras y el decoro de los lectores.

El dependiente debía controlar que los usuarios, al interrumpir una lectura, no doblaran o marcaran las páginas de un libro. En estos casos estaban facultados para proveer de “una cinta u otra señal” que no deteriorase el interior del ejemplar.

Las funciones de policía eran muy significativas; es posible que en algunas oportunidades la relación entre los usuarios y los dependientes se haya tornado en un vínculo tenso y distante, pues los empleados eran responsables (y al parecer debían responder con su patrimonio) por la pérdida de una obra o por la desaparición de otros utensilios de trabajo. Existía también, para ciertas circunstancias, una pena máxima: si el personal se atreviera “a hacer alguna extracción clandestina” estaba condenado a ser despedido y castigado por el Gobierno.

Tutelar, cuidar, reprimir con contención, sacralizar y entronizar al libro como objeto tutelar, afanarse por su limpieza y conservación, atender con decoro, cuidar por las buenas costumbres, airear el ambiente del establecimiento, proveer los materiales

propios para el ejercicio de la escritura, dar los ejemplares solicitados con pulcra diligencia, permitir el acceso a “los índices” o catálogos de la institución cuando los usuarios lo solicitaran, colocar debidamente las obras en los anaqueles en un orden “memorizador” (cuerpo-estante-lugar), obedecer las instrucciones del Director, asentar en los “índices” las obras que entraban al establecimiento (para perpetuar el “registro colectivo” que se tenía entonces de la cultura impresa), en fin, estas y otras tareas de diversa índole, constituyeron la jornada de cada día de los dependientes en la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante la época estudiada. En cierto sentido, eran los encargados de objetivar el libro y, por extensión, de dar vida a la multiplicidad de usos y hábitos; a ellos les tocaba el papel de “cosificar la lectura”, de “asentarse” en la materialidad de los impresos como si estos empleados estuvieran exiliados (aunque no lo estaban en modo alguno) de la comunidad lectora.

¿Cuál era, por otra parte, el papel del Director o de un eventual Subdirector? Si los empleados se desvivían en numerosos quehaceres las autoridades se transformaban en una especie de “hombres orquesta”, pues debían encarar todo tipo de responsabilidades, tanto de primer nivel por su significativa importancia como por los detalles más nimios que hacían al mantenimiento de una institución de este tipo. Gracias a la correspondencia de Luis José Chorroarín sabemos que prácticamente dejó su salud en las ingentes y variadas funciones que ejerció en la Biblioteca. Todo lo hizo: desde colocar los ejemplares en los estantes hasta confeccionar los índices del catálogo institucional.

¿Pero cuáles fueron las tareas que desplegó Manuel Moreno entre 1822 y 1826, en su cargo de Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires? Solo una respuesta es pertinente: todas, tal como sucedió con los que ejercieron ese cargo durante las primeras épocas del establecimiento. No sólo debía estar al tanto de la totalidad de

los menesteres, sino obrar con rapidez e inteligencia para tratar de solucionar los problemas que aquejaban a la Biblioteca.

Para tener una idea, aunque muy somera y reducida, de las labores que llevó a cabo Manuel Moreno, detallaremos algunas a continuación. En los años 1824 y 1826 se ocupó de las diligencias siguientes: conseguir una alfombra para una de las salas de la Biblioteca; comprar leña, velas, sillas, lacre, resmas de papel florete y papel para escribir; obtener los vidrios necesarios para las ventanas del establecimiento; conseguir toallas, tinajas de agua y vasos para el personal y los lectores de la institución; contratar pintores y carpinteros para el mantenimiento general del edificio; recibir la donación de un conjunto de "bustos"; participar en rifas y loterías para obtener nuevas obras; concurrir a los libreros para adquirir libros; vender los ejemplares viejos y deteriorados como medio para recaudar fondos; redactar, minuciosamente, la "razón de gastos" anual de la institución; administrar el funcionamiento general de la Biblioteca (personal y bienes); ocupar a varios peones en tareas de limpieza de la casa y en la mudanza de varios estantes; llevar el detalle de "los gastos menores" que se presentaban diariamente; pagar los sueldos al personal a su cargo; confeccionar los recibos de los gastos realizados; organizar los procesos técnicos de la Biblioteca; gestionar las suscripciones a los periódicos; fiscalizar las tareas de preservación y conservación del patrimonio bibliográfico; elevar a la Contaduría General la relación de los gastos efectuados; mandar a encuadernar los libros deteriorados; velar por la higiene y el decoro público de la Biblioteca; organizar las tareas de mantenimiento del edificio; establecer una comunicación fluida con las autoridades gubernamentales para obtener los fondos indispensables que garantizaran el funcionamiento de la Biblioteca; controlar el correcto desempeño de los dependientes; cuidar por el orden y por el buen trato de las obras a su cargo;

redactar “los oficios” o peticiones a las autoridades en cuanto a demandas y extravíos de libros; etc.

Las tareas no estaban, pues, marcadamente diferenciadas. Aunque el Director debía cumplir con el perfil de lo que hoy se llamaría un “intelectual erudito” (imaginario del bibliotecario que perdurará hasta ya muy entrado el Siglo XX) la realidad se imponía con tal fuerza que la totalidad de sus funciones oscilaba en quehaceres opuestos a una dirección propiamente profesional.

La característica más saliente de las prácticas bibliotecarias era, entonces, la ausencia total de funciones técnicas o especializadas. El canon del bibliotecario de ese entonces, aun en países con una larga tradición en la organización de bibliotecas, estaba dado por la *erudición empírica*, cuando no francamente vinculada a los espacios de poder del clero y de los hombres de letras con influencias.

En esta instancia histórica de fratricidas guerras civiles entre unitarios y federales, Manuel Moreno ejerció una importante participación pública, señalada por un perfil ideológico propio de un polemista aguerrido y combativo. No obstante, también poseía otro aspecto no menos interesante: fue médico y profesor de Química, mostrando un marcado interés por las Ciencias. Aparentemente, nada hacía presumir una posible inclinación para ejercer el cargo de Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Estaba lejos del perfil laborioso y de intelectualidad recoleta que había tenido el presbítero Luis José Chorroarín, salvo que era hermano de quien se consideraba el fundador del establecimiento.

En este punto se impone un interrogante: ¿por qué Manuel Moreno llegó a ser Director de la Biblioteca el 5 de febrero de 1822? La respuesta es inequívoca: el gobierno estaba necesitado de hombres públicos con una sólida formación profesional para ocupar los cargos administrativos y burocráticos. El perfil del

religioso erudito, que había ejercido una notable influencia en las grandes bibliotecas de las corporaciones vinculadas a la Iglesia Católica, ya era algo vetusto y no se correspondía con las nuevas ideas revolucionarias que se habían originado durante el Siglo de las Luces. El Director de la Biblioteca debía ser un laico con una rigurosa formación cultural; este, pues, y no otros, era el requisito necesario para llenar el cargo de Director de nuestra primera Biblioteca Pública.

Se trataba de un funcionario cuya autoridad no estaba ceñida al ámbito de las bibliotecas. Era un hombre cuyo “fuerte” estaba dado por el *uso y la manipulación* de los libros en el desarrollo de su formación. Un individuo familiarizado con la retórica intertextual del libro e involucrado con el centro y la periferia del campo impreso. Este aspecto no es menos paradigmático. Pues para abordar los modos de lectura de los hombres y las mujeres de esa época no alcanza con estudiar únicamente las representaciones de los lectores, ya que las formas de relacionarse con la cultura escrita e impresa abarcan sectores mucho más polifacéticos y complejos.

Reconstruir e identificar esas áreas constituye una labor inevitable, pues hay campos donde casi no se ha estudiado el universo de las actitudes ante el libro, tales como la influencia de las prácticas de lectura en el orden topográfico de los libros en las bibliotecas y en las librerías, o las entradas temáticas (o por autor, o por título, o por primer nombre) en los distintos tipos de catálogos. Usos y modos que en el fondo responden *al imaginario de la objetividad material de las prácticas de lectura*. O como en el caso Manuel Moreno: un profesional-bibliotecario como producto de la manipulación del universo tipográfico. Nos hallamos ante un debate pendiente, centrado en analizar los límites móviles de las prácticas de lectura. Límites que invaden con su vocación de uso no solo las maneras cognitivas conscientes, inconscientes e imaginarias, sino que además pautan, notablemente, el ejercicio del

trabajo social (el de las profesiones, por ejemplo) y la sistematización del conocimiento en las bibliotecas.

Finalmente, ¿cuál era el papel que desempeñaban los “concurrentes” de la Biblioteca? Tal como se ha detallado, una vez que los usuarios consultaban los “índices” de existencias de los libros los dependientes les alcanzaban los materiales solicitados en una sala de lectura común y pública. Empero, lo realmente interesante eran las normas (también se tratan de rutinas de empleo de los recursos impresos) a las cuales estaban ceñidos los lectores. Rutinas que estaban fuertemente reguladas por el cuidado físico de los materiales bibliográficos, pero también por una precaria y bien intencionada atención al público.

Entre otros aspectos a tener en cuenta, la relación con el universo impreso poseía un sinfín de detalles de complejo discernimiento actual. Los ritos de lectura y escritura dentro de la institución estaban delineados por las habilidades e intereses del lector y por los estamentos, a veces muy rígidos, del reglamento de la institución.

En primer término, una vez concluida la lectura el usuario no podía dejar los libros utilizados en la mesa o atril que ocupara, pues tenía la obligación de “entregarlos en propia mano” al empleado que se los hubiera dado, a fin de que este los reintegrara a su lugar pertinente. Es decir, el orden de los libros, la topografía del lugar como necesidad para recuperar aquello que se había prestado, era una de las normas más importantes. Sin control riguroso, sin una asignación topográfica estricta (elementos de culto para la “instrucción del pueblo”) las obras corrían el riesgo de ser extraviadas.

Pero el ámbito de la lectura pública estaba inequívocamente imbricado con la lectura privada, ya que los usuarios, en varias oportunidades, concurrían con libros propios para cotejar, de este modo, fuentes y citas. En este caso, debían dejar sus libros en la

portería y si la necesidad de estudio los llevaba a ingresar con ejemplares propios debían informar a las autoridades para obtener su permiso.

No obstante, ese aspecto de elemental diferenciación entre obras institucionales y privadas, pone de relieve los tipos de lectura que se llevaban a cabo en la Biblioteca. Existían, pues, lecturas de estudio y lecturas de entretenimiento; la Biblioteca Pública obraba en varios frentes: representaba, a la vez, a varios tipos de bibliotecas, ya que atendía las demandas de los lectores comunes y de aquellos inclinados a los estudios especializados.

Además de esta diversidad de tipos de lectura muchos usuarios concurrían a la Biblioteca no precisamente para leer libros, ya que su interés se inclinaba por la prensa periódica de la época. Esta es una temática, si bien conocida, poco abordada por la Historia de la Cultura en la Argentina. Una multitud de factores, que escapan al presente estudio, han determinado la importancia vital que tuvo la prensa periódica en el siglo XIX. En el Buenos Aires de ese período, como en la mayoría de las ciudades del Nuevo y Viejo Mundo, el acceso de los lectores a este tipo de impresos fue realmente muy significativo. Su precio módico (mucho más accesible que el libro), su notable facultad para ser transportado y leído en cualquier lugar, su capacidad para incorporar todo tipo de temas (desde venales hasta literarios y de feroz debate ideológico), hizo que los periódicos fueran una de las prácticas de lectura más común, tanto en el ámbito individual e íntimo como público.

A través de los diarios muchos lectores cultivaron usos y manipulaciones que luego trasladarían a los libros. El diario surgió como centro de creación y de ejercicio de nuevas prácticas, tales como subrayar y cortar los textos de interés (pues la hoja impresa estaba signada por lo efímero y no por la sacralidad que imponía el libro), doblar y manipular (hasta el extremo) la versatilidad de un formato “que se dejaba

moldear” al gusto de su usuario y, sobre todo, alentar la lectura pública entre varios individuos al comentar una noticia y permitir entonces el acceso a la lectura de amplios sectores no alfabetizados.

Además de otras reglamentaciones ya conocidas o lógicas, como el castigo por el Gobierno ante un hurto (designando, a quien incurriera en ello, “ladrón de los bienes del público”) o un daño físico a los bienes inmuebles y culturales, o la prohibición de señalar los impresos, o las normas elementales de comportamiento correcto y la necesidad de evitar altercados y situaciones bochornosas, los lectores tenían el derecho a introducir el debate y la discusión pública dentro de la Biblioteca ¹⁷.

Este matiz merece un breve análisis, pues presenta algunos aspectos inherentes a la evolución de las bibliotecas públicas durante el siglo XIX. La configuración de esta agencia estuvo signada por el aporte (y a veces por la competencia) de otros establecimientos similares de la época, tales como las bibliotecas circulantes, los gabinetes y cámaras de lectura, las sociedades literarias y otros dispositivos similares que surgieron en Francia, Inglaterra y Alemania, donde la característica común estaba planteada por la “lectura pública rentada” (Chartier, 1993: 152-156), vale decir, como algo propio de la esfera comercial. A estos lugares se había trasladado un aspecto vital de la cultura del siglo XVIII: el debate y la opinión en el ámbito público. De este modo, una vez que los estados nacientes hispanoamericanos proclamaron su independencia y tomaron las riendas de la instrucción pública tutelada por el Estado, algunas de estas prácticas, propias del comportamiento urbano, se mantuvieron en las flamantes bibliotecas creadas por los nuevos gobiernos para sus ciudadanos.

Por ello no es de extrañar que la Biblioteca Pública de Buenos Aires todavía mantuviera resabios de esta práctica, pues entre los servicios que brindaba a sus lectores (¿servicios o demandas de la opinión pública?) también encontraba un /SE.

“corredor a alguna pieza” designada por el Director para ejercer el intercambio de ideas y la discusión; un espacio de debate que había tenido sus orígenes en el campo público (de todos y con otros) de las ciudades, fundamentalmente en las plazas, los mercados, los tribunales, en las diversiones públicas, y en las fiestas religiosas y populares.

En el diario transcurrir de la vida cotidiana de un lector en la Biblioteca acontecían además otros hechos que si bien afectaban sus prácticas ponían un poco de color local. Tal es el caso, posiblemente para eliminar a un enjambre de mosquitos fastidiosos o acaso por tareas de preservación, de la humareda que se dio al edificio en enero de 1826 y que ha quedado lacónicamente registrada por Moreno con las palabras siguientes: “por un negro ocupado un día por dar humazo, 2 pesos”. En otra ocasión, en agosto del mismo año, indudablemente frente a una situación más comprometida, muchos de ellos debieron alarmarse cuando cuatro peones tuvieron que apagar “el fuego de la chimenea del Colegio” que, al parecer, aunque no es seguro, corría el riesgo de propagarse a las dependencias aledañas.

Resta mencionar a otro personaje de aparente menor importancia en la Biblioteca y que ya ha sido identificado en trabajos anteriores: el portero del establecimiento (Trenti Rocamora, 1997 y 2000). Individuo acaso iletrado, y que en alguna oportunidad fue un moreno que llevó a cabo sus heterogéneos trabajos con dedicación y no cierta importancia. Su tarea principal era el mantenimiento del “aseo exterior del edificio” (limpieza de calzadas y fachadas), aunque era frecuentemente solicitado para todo tipo de mandados y diligencias. Un aspecto curioso de su quehacer diario era evitar la entrada al establecimiento de los criados que acompañaban a sus amos; trabajo sin duda ingrato, pero que iba con la idiosincrasia cultural y social de los tiempos. La Biblioteca era una entidad aún estancada

socialmente, que no contemplaba la movilidad social. En muchas ocasiones, como en tantas estructuras burocráticas administrativas, el portero se transformaba en una fuente de poder informal, si bien su papel no era determinante en la dinámica de la institución, sus auspicios y el de los dependientes no debieron de desdeñarse ante ciertos requerimientos para acceder a algunos impresos, tal vez, en forma furtiva.

La cotidianidad, pues, en la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante el período 1812-1826, estaba signada por una multiplicidad de costumbres relacionadas con los usos y las prácticas de la cultura escrita e impresa. Los modos de vincularse con esa cultura, actualmente, están lejos de ser identificados en detalle; es más, estos “empleos” objetivos (físicos) y subjetivos (propios de la creación de cada individuo) son de una complejidad cuyo asedio se torna imposible.

El método cuantitativo posee a su favor el estudio fáctico de la realidad a través de un cúmulo de datos que se estudian a partir de presupuestos previos. En cambio, el método cualitativo parte de evidencias (no de hechos mensurables) y elabora sus propios conceptos a partir de la interpretación (Wilson, 2003). Pero en esto último radica su aspecto innovador: no busca ser una ciencia neopositiva en el fragor de la interminable creación de prácticas ante el fenómeno de la civilización impresa. Los datos nos aportan una aparente solidez que bien puede no corresponderse con la realidad. Por otra parte, la evidencia cualitativa nos brinda la posibilidad de una aproximación interpretativa de la historia y, ante todo, la instancia de reflexionar sobre cómo se relacionaron los individuos con el universo escrito y con el de la lectura.

En un sentido amplio, aunque se corra el riesgo de caer en un peligroso relativismo cultural, todo es uno y lo mismo: la mirada cuantitativa y la cualitativa. Empero, la vida de los hombres y de las mujeres en su acontecer diario escapa a la frialdad de las

estadísticas. En cierta medida, los hechos pueden rastrearse y caer bajo la presión unilateral de los guarismos; sin embargo, los vínculos y las voces cualitativas, signadas por los usos y las prácticas, son de difícil abordaje: necesitan de las pasiones, de las manipulaciones físicas de los individuos, y de los polifacéticos modos con los que nos involucramos y adherimos a los objetos (sin descontar, por supuesto, nuestra propia imaginación como vehículo creador de una segunda realidad que acaso sea más contundente que la realidad misma). El objeto físico libro (su materialidad y corporeidad) también se construye a través de nuestro propio imaginario de lo que significa un “cuerpo” para sostener y transportar el texto escrito e impreso.

La Biblioteca Pública de Buenos Aires fue una empresa que dependió de los anhelos y de las pasiones de los individuos que se vincularon con su desarrollo. Todo —directores, subdirectores, lectores, dependientes, porteros, libros, estantes, bienes muebles e inmuebles, materiales de escritura, reglamentos, ubicación topográfica— estuvo vinculado con las modalidades (en forma consciente o acaso inconsciente) de los hombres en sus “capturas o aprehensiones” del ámbito manuscrito y tipográfico.

No existe un acontecimiento determinado para que esas “textualizaciones” se impongan en un momento dado, ya que los usos dependen de las técnicas de elaboración del libro y del desarrollo de los medios de producción de una sociedad, pues la Biblioteca y los libros que ella cobija siempre constituyen un reflejo — y no puede ser de otra manera— del ambiente social en el cual estas instituciones viven, se desarrollan y mueren. Por otra parte, dichas modalidades siempre van de la mano de los primeros hábitos de escritura y de lectura, adquiridos (y afortunadamente nunca finalizados) a lo largo de una vida, sea en la familia, en la enseñanza y el estudio, en la lectura recreativa, en la carta de amor, en el empleo del libro con otro fin diferente al de desenvolver su “máquina de leer”, en la calle a través de la lectura publicitaria, y en

la conducta innovadora con la cual los analfabetos se apoderan del universo de la lectura.

Pero aún resta una última reflexión: ¿cuál era el uso de la colección por parte de los lectores? O bien, ¿en qué medida “hacían suyo”, mediante sus diversas y complejas prácticas, al mundo del libro?

Aunque pudiéramos evaluar la dinámica del empleo de los fondos de la Biblioteca por parte de los usuarios desde el pensamiento bibliotecario moderno (Lancaster, 1996), poco o nada sabríamos de sus modalidades para apoderarse y conquistar la civilización impresa (una conquista, sin duda, con fronteras eternamente móviles y escurridizas).

Tal vez, pero no es seguro, los nuevos enfoques de la investigación cualitativa constituyan la oportunidad inmejorable para abordar esta temática (Denzin y Lincoln, 2000). No obstante, es posible que las mejores ocasiones se presenten cuando los historiadores de la cultura comiencen a analizar documentos “menores”, propios de la microhistoria, que revelen cómo los libros de una Biblioteca fueron manipulados por sus lectores. En los archivos de muchas bibliotecas existen registros que pueden dar luz en este punto. Los inventarios y la procedencia de los libros, el modo de elaborar los catálogos y determinar sus entradas, las distintas maneras de clasificar y la elección de un sistema en desmedro de otro, el orden de los libros en los estantes, las memorias institucionales, las marcas de los lectores en determinados ejemplares (marginalia), los libros solicitados, perdidos y hurtados, los registros de usuarios, las listas de desiderata para adquirir obras deseadas, los recibos de compra de diversos materiales bibliográficos, las políticas de preservación y conservación, la mirada del bibliotecario ante el mundo del lector, y la de este para construir la imagen de la biblioteca por el bibliotecario, entre muchos temas a investigar, serían un “umbral de

partida” para recuperar las representaciones impresas de los lectores que, en cierta medida, han quedado atrapadas –pero no definitivamente cautivas– en sus expediciones de captura de la cultura escrita y tipográfica.

Notas

¹Para la cronología detallada de los primeros directores de la Biblioteca, véase: Torre Revello, José. 1943. Biblioteca Nacional de la República Argentina. En *Revista de la Asociación Cultural de Bibliotecarios*. Año 2, no. 5, 15-17.

²Archivo General de la Nación (Argentina). Sala III, 37-3-23. Las citas no especificadas, en lo sucesivo, se refieren al presente documento.

³Para una bibliografía detallada sobre la historia de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en sus primeros años de vida, véase la sección de "Referencias bibliográficas" en el capítulo IV.

⁴Véase el "Apéndice No. 1" del capítulo IV.2.

⁵Archivo General de la Nación (Argentina). Sala X, 42-8-2.

⁶Una breve reseña bibliográfica sobre los documentos contemporáneos (fundamentalmente publicados en la prensa porteña de entonces) que tratan de los primeros años de vida de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, se enlista a continuación: *Gaceta de Buenos Aires*, 15 (jueves 13 de septiembre de 1810), 234-236; *Gaceta de Buenos Aires*, 28 (viernes 13 de marzo de 1812), 112; *El Censor*, 11 (martes 17 de marzo de 1812), 41, en Senado de la Nación. Biblioteca de Mayo. Buenos Aires: Senado, 1960. v. 7, 5845; *El Grito del Sud*, 1, 7 (martes 25 de agosto de 1812), 54-56; *El Grito del Sud*, 1, 8 (martes 1 de septiembre de 1812), 57-61; *El Grito del Sud*, 1, 9 (martes 8 de septiembre de 1812), 65-68; *El Grito del Sud*, 1, 10 (martes 15 de septiembre de 1812), 73-76; *La Prensa Argentina: semanario político y económico*, 6 (martes 17 de octubre de 1815), 4-5, en Senado de la Nación. Biblioteca de Mayo. Buenos Aires: Senado, 1960. v. 7, 5946-5947; *El Americano*, 10 (viernes 4 de junio de 1819), p. 4-5; *El Argos de Buenos Aires*, 21 (sábado 25 de agosto de 1821), en *El Argos de Buenos Aires: 1821*. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana, 1937, 129; *El Argos de Buenos Aires*, 34 (sábado 24 de noviembre de 1821), en *El Argos de Buenos Aires: 1821*. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana, 1937, 332; *El Argos de Buenos Aires*, 19 (sábado 23 de marzo de 1822), en *El Argos de Buenos Aires: 1822*. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana, 1937, [77]; *El Centinela*, 34 (domingo 30 de marzo de 1823), 187-188, en Senado de la Nación. Biblioteca de Mayo. Buenos Aires, Senado, 1960. v. 9, 8469-8470.

Es importante destacar, además, que Rafael Alberto Arrieta, en un artículo de 1936, ya había señalado el interés de los viajeros extranjeros por la Biblioteca Pública de Buenos (cfr. Arrieta, Rafael A. 1936. La Biblioteca de Buenos Aires y los viajeros extranjeros. En *La Prensa*. Buenos Aires, 23 de agosto de 1936; otra edición del mismo trabajo se encuentra en Centuria porteña: Buenos Aires según los viajeros extranjeros del siglo XIX. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1944, 83-87).

⁷Los presupuestos de la Biblioteca fueron significativamente superiores en otros ejercicios anuales. Tal como lo ha documentado José Luis Trenti Rocamora en 1811 el monto total ascendió a 4.829 pesos; en 1812, a 6.377 pesos; y en 1813, a 2.142 pesos (los ingresos de 1826 fueron levemente superiores). Estas cifras

incluyen, por otra parte, los sustanciosos ingresos obtenidos al transformar la institución "en un centro de venta de libros". (Trenti Rocamora, José Luis. 1998b. *Primeros libros comprados...*, 58-59 y 63). También es importante destacar que estos montos se incrementaron gracias a los salarios donados, en parte o totalmente, por Chorroarín y por el Subdirector P. Saturnino Seguro. (cfr. además: Levene, Ricardo. 1938. *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: estudio histórico sobre la fundación y formación de la Biblioteca Pública en 1810 hasta su apertura en marzo de 1812*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública [Documento No. 37], 152-161).

⁸El anuncio comenzaba del modo siguiente: "La Biblioteca tiene una colección numerosa para venta, que puede verse en ella. De entre ella se elige la presente LISTA DE LIBROS..." Dicho listado estaba formado por 29 títulos y, tal como se colige del aviso, solo se trataba de una selección del total de los ejemplares disponibles para su venta a particulares. [cfr. *El Argos de Buenos Aires*, 19 (sábado 23 de marzo de 1822), 77].

⁹Durante la gestión de Chorroarín las partidas destinadas para la compra de libros, tanto en Buenos Aires como en el exterior, fueron infinitamente superiores. Las cifras siguientes son elocuentes en este punto: en 1811 se destinaron 473 pesos con 7 ½ reales; en 1812, además de 534 pesos y 5 reales, se asignaron 4.605 pesos a Manuel Hermenegildo de Aguirre para la adquisición de obras en Londres; y en 1813 se superaron los 1.600 pesos (\$500 consignados a Aguirre, \$600 entregados a Antonio Cándido Ferreyra para la compra de impresos en Río de Janeiro, \$200 retirados por Sebastián Lezica, y \$366, 3 ½ reales en adquisiciones locales). [Levene, Ricardo. 1938. *El fundador de la Biblioteca Pública...*, 154, 156-158. Para un detalle de los títulos y los recibos, véase: Trenti Rocamora, José Luis. 1998b. *Primeros libros comprados...*, 57-64].

¹⁰Entre los libreros que tuvieron una participación activa en la venta de materiales a la Biblioteca, entre otros, debe destacarse la actuación de Antonio Ortiz. (Trenti Rocamora, José Luis. 1998b. *Primeros libros comprados...*, 63).

¹¹Sin bien en 1824 y 1826 las donaciones fueron casi nulas, en otras instancias de la gestión de Moreno los legados fueron muy importantes, tales como el ingreso de una notable colección de monedas y medallas griegas y romanas (adquiridas a Dufresne Saint Léon) y un valioso elenco de obras clásicas griegas y latinas, donadas por José Antonio Miralla: "impresos y encuadernados en los talleres de Bodoni, en Parma: magníficos volúmenes en folio que incluían obras de Homero, Horacio, Tibulo, Ovidio, Lucrecio, Juvenal, Tácito y Cornelio Nepote, entre los clásicos, y Tasso, entre los modernos". A esta donación se agregaban, además, ediciones impecables y valiosas de Racine, Fenelon, Boileau y La Fontaine. (Acevedo, Hugo. 1992. *Reseña histórica de la Biblioteca Nacional...*, 8).

¹²El Dr. Manuel Moreno durante su gestión en la Biblioteca (1822-1828) desempeñó, entre otras tareas y nombramientos, las actividades siguientes: profesor de Química (1822), diputado por la Provincia Oriental (1826), designación como Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos (1826), nombramiento como Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (1827), Comisionado del Gobierno ante la Convención Nacional (1828), y Ministro Plenipotenciario (luego encargado de

negocios) ante su Majestad Británica; sin contar sus innumerables actividades científicas y académicas, tales como Presidente de la Academia de Medicina de Buenos Aires (1822-1824), miembro de la Sociedad Literaria, investigador y redactor de trabajos eruditos y científicos, etc. (Quiroga, Marcial I. 1972. Manuel Moreno..., 243).

Por otra parte, el estudioso José Luis Trenti Rocamora señala otros aspectos de la compleja y polifacética personalidad de Manuel Moreno. En esta oportunidad se relata la poco clara y no muy altruista venta de libros (que fueran propiedad de su hermano Mariano Moreno, primer protector del establecimiento) por parte de Manuel, en 1813, a la Biblioteca (cfr. Trenti Rocamora, José Luis. 1998b. Primeros libros comprados por la Biblioteca..., 59).

¹³El infatigable Chorroarín, durante el período 1811-1813, invirtió 442 pesos en “composturas y encuadernaciones de libros”. (Levene, Ricardo. 1938. El fundador de la Biblioteca Pública..., 154, 156, 158).

¹⁴Con respecto a la primitiva organización técnica de la Biblioteca, llevada a cabo, en su conjunto, por Luis José Chorroarín, véase el capítulo IV: “Orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires”.

¹⁵Los gastos menores, también denominados “menudos, constantes o diarios”, fueron en 1811, 198 pesos con 3 reales; en 1812, 155 pesos con 7 ³/₄ reales; y en 1813, hasta fines de agosto, 68 pesos. (Levene, Ricardo. 1938. El fundador de la Biblioteca Pública..., 154, 156 y 158).

¹⁶Los juicios de Paul Groussac (historiador y director de la Biblioteca entre 1885 y 1929), tanto de la gestión del Dr. Manuel Moreno como de las administraciones posteriores hasta 1853, son muy ilustrativos y significativos: “Durante la dirección de Manuel Moreno, puede decirse que la Biblioteca completó su primera organización, la cual sin más cambios notables que los debidos al natural desarrollo del establecimiento, se prolongó hasta el año de 1877, en que la iniciativa del doctor Quesada preparó la transformación actual”.

No obstante, dicho autor, en el mismo trabajo, comenta sobre la delicada situación del establecimiento en la década de 1820: “Durante la dirección del canónigo [José María] Terrero (1833-1837), informó acerca del estado de la Biblioteca una comisión compuesta de los señores Valentín Alsina, León Banegas y Octavio Mossotti. Comprobaba dicho informe el estado decadente de la institución, desde la dirección de don Manuel Moreno: se calculaba en más de dos mil el número de volúmenes desaparecidos desde 1823..., por otra parte, la ausencia de índices imposibilitaba todo cómputo exacto, al par que reducía notablemente los servicios... (Groussac, Paul. 1893. Prefacio..., XXVII y XXXVII).

En esta temática, delicada y compleja, la prensa periódica porteña aporta datos de gran interés. En agosto de 1827, cuando el gobernador Manuel Dorrego designó a Ignacio Grella como director suplente o sustituto de Manuel Moreno, se presentó una agria y tenaz disputa sobre el estado de la Biblioteca. Bajo el seudónimo de “Unos hijos de Buenos Aires”, en una nota editada por *La Gaceta Mercantil*, se sostenía que el establecimiento estaba en “un lamentable abandono”, y que se presentaban numerosos inconvenientes para localizar los materiales pedidos, “ya por la mala inteligencia de los bibliotecarios, ya por el desorden de los índices”. Más tarde, a comienzos de 1828, el periódico citado publicó otro suelto del mismo

tenor, firmado por “Un amante del bien general”, donde se decía que la institución solo acumulaba libros y que estos carecían de “arreglo y régimen conveniente”. (Parada, Alejandro E. 1998. *El mundo del libro y de la lectura...*, 36-38).

¹⁷En este sentido el Reglamento es inequívoco: “...si algunos [concurrentes] quisieren conferenciar o contravertir [sic] sobre algún punto lo podrán hacer o en los corredores o en alguna pieza fuera de la Biblioteca que les señale el Director”. (cfr. cap: IV.2, apéndice no. 1).

Referencias bibliográficas

- Acevedo, Hugo. 1992. Biblioteca Nacional de Argentina. En: *Boletín de la Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas (ANABAD)*. Tomo 42, no. 3-4, 13-35. [2ª edición, Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABINIA), coords. José G. Moreno de Alba y Elsa M. Ramírez Leyva. 1995. Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente. México: UNAM. p. 3-24].
- Ariès, Philippe y Georges Duby, dirs. 1990-1992. Historia de la vida privada. Madrid: Taurus. 10 v.
- Augst, Thomas y Wayne Wiegand, eds. 2001. Libraries as Agencies of Culture: Print Culture History in Modern America. En *American Studies*. Vol. 42, no. 3, 5-210.
- Blaeu, Joannis, edit. 1648-1672. Atlas mayor, sino cosmographia [y geographia] blaviana en las quales exactamente se describe la Tierra, el Mar y el Cielo. Amstelaedami. 9 v.
- Blondel, J. J. M. 1825. Almanaque político y de comercio de la ciudad de Buenos Ayres para el año 1826. [Edición facsímil]. Prólogo Enrique M. Barba. Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 1968. 305 p.
- Blondel, J. M. M. 1829. Almanaque de comercio de la ciudad de Buenos Aires para el año 1829. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1829. 133 p.
- Boletín de las Bibliotecas Populares*, 1 (1872), XII, XLII, LI-LIII.
- Bouza Álvarez, Fernando J. 1997. Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (Siglos XV-XVII). Madrid: Editorial Síntesis. 159 p.
- Burke, Peter. 1998 [1995]. Los avatares de "El Cortesano": lecturas e interpretaciones de uno de los libros más influyentes del Renacimiento. Barcelona: Gedisa. 238 p.
- Burke, Peter. 2001. La cultura popular en la Europa Moderna. Madrid: Alianza. 445 p.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, dirs. 1998. Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus. 585 p.
- Chartier, Roger. 1991. Las prácticas de lo escrito. En Historia de la vida privada; dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby. Madrid: Taurus. v. 5, 113-161.
- Chartier, Roger. 1993. Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna. Madrid: Alianza. 314 p.
- Chartier, Roger. 1995. Sociedad y escritura en la Edad Moderna. México: Instituto Mora. 266 p. (Itinerarios).

- Chartier, Roger. 1996a. El orden de los libros. Barcelona: Gedisa. 108 p. (LEA; 4).
- Chartier, Roger. 1996b. Escribir las prácticas: Foucault, de Certeau, Marin. Buenos Aires: Manantial. 127 p.
- Chartier, Roger. 1999. El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Barcelona: Gedisa. 276 p.
- Chartier, Roger. 2006. Inscribir y borrar: cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII). Buenos Aires: Katz. 253 p. (Conocimiento. Cn; 3003).
- Certeau, Michel de. 2000. La invención de lo cotidiano: 1. Artes del hacer. México: Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana. 229 p. (El oficio de la Historia).
- Cuczza, Héctor Rubén, dir. 2002. Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina: del catecismo colonial a La razón de mi vida. Buenos Aires: Miño y Dávila. 344 p.
- Cutolo, Vicente Osvaldo. 1975. Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930). Buenos Aires: Elche. v. 4, 661-664.
- Darnton, Robert. 1993. Historia de la lectura. En Burke, Peter, ed., et. al. Formas de hacer Historia. Madrid: Alianza. p. 177-208.
- Darnton, Robert. 1998. La gran matanza de gatos: y otros episodios en la historia de la cultura francesa. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 247 p. (Historia).
- Darnton, Robert. 2003a [1982]. Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen. Madrid-México: Turner; Fondo de Cultura Económica. 269 p. (Noema; 31).
- Darnton, Robert. 2003b. El coloquio de los lectores. México: FCE. 460 p.
- Darnton, Robert. 2006. [1979]. El negocio de la Ilustración: historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800. México: Fondo de Cultura Económica, Librería. 698 p. (Libros sobre libros).
- [de Angelis, Pedro]. 1836. Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810, hasta el fin de diciembre de 1835. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836. Vol. 1, p. 230-231.
- Denzin, Norman K e Yvonna S. Lincoln, eds. 2000. Handbook of Qualitative Research. 2nd. ed. Thousand Oaks: Sage Publications. xx, 1065, [57] p.
- Devoto, Fernando y Marta Madero, dirs. 1999. Historia de la vida privada en la Argentina. Buenos Aires: Taurus. 3 v.
- El Argos de Buenos Aires*, 19 (sábado 23 de marzo de 1822), 77.

- Feraud, F. G. 1809. A New Mercantile Spanish Grammar, in five parts. London. in-4°.
- Frenk, Margit. 2005 [1997]. Entre la voz y el silencio: la lectura en tiempos de Cervantes. México: Fondo de Cultura Económica. 222 p. (Colección Lengua y Estudios Literarios).
- Gazeta de Buenos Ayres*, 13 de septiembre de 1810.
- Geertz, Clifford. 1990. La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa. 387 p. (Hombre y Sociedad. Meditaciones; 25)
- Ginzburg, Carlo. 1999. El queso y los gusanos. Barcelona: Muchnik. 251 p.
- Groussac, Paul. 1893. Prefacio. En Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional seguido de una tabla alfabética de autores. Tomo primero. Ciencias y artes. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. p. V-XCIX.
- Guerreros Torres, Bernabé. 1826. Guía de forasteros y almanak histórico-estadístico de América: Año de 1826. Buenos Aires: Imprenta Argentina. p. 64-65.
- Isabelle, Arsène. 1943. [1835]. Viaje a Argentina, Uruguay y Brasil, en 1830. Buenos Aires: Americana. 454 p.
- Lancaster, F. W. 1996. Evaluación de la biblioteca. Madrid: Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas (ANABAD). (Estudios).
- Levene, Ricardo. 1938. El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: estudio histórico sobre la fundación y formación de la Biblioteca Pública en 1810 hasta su apertura en marzo de 1812. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. 180 p.
- Manguel, Alberto. 1999. Una historia de la lectura. Santa Fe de Bogotá: Norma. 477 p.
- Martínez Martín, Jesús A. 1991. Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 404 p. (Biblioteca de Historia; 11).
- McKenzie, D. F. 2005. Bibliografía y sociología de los textos. Traducción de Fernando Bouza. Madrid: Akal. 143 p. (Akal Universitaria. Historia Moderna; 238).
- Moll, Jaime. 1994. De la imprenta al lector: estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII. Madrid: Arco/Libros. 174 p. (Instrumenta Bibliológica).
- Parada, Alejandro E. 1998. El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas,

- Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1998. 174 p. (Cuadernos de Bibliotecología; 17).
- Parada, Alejandro E. 2002. Crisis en la Argentina. Una respuesta desde la historia de las bibliotecas públicas. En *Información, Cultura y Sociedad*. No. 6, 7-13.
- Petrucci, Armando. 1999. Alfabetismo, escritura, sociedad. Barcelona: Gedisa, 1999. 319 p. (LEA).
- Piglia, Ricardo. 2005. El último lector. Barcelona: Anagrama. 190 p. (Narrativas hispánicas; 376).
- Quiroga, Marcial I. 1972. Manuel Moreno. Buenos Aires: Eudeba. 1972. 252 p. (Biblioteca Cultural. Argentina).
- Sabor Riera, María Ángeles. 1974-1975. Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste. Dirección de Bibliotecas. 2 v.
- Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. 1879. Tomo 1, 465-466 y 470-471.
- Torre Revello, José. 1943. Biblioteca Nacional de la República Argentina. En *Revista de la Asociación Cultural de Bibliotecarios*. Año 2, no. 5, 9-24. (Originalmente este trabajo se publicó en 1938, en la *Revista de Historia de América*, México. Año 1, no. 2, 69-92).
- Trenti Rocamora, José Luis 1997. El negro de la Biblioteca. En *Nuestras Letras: publicación independiente sobre la Biblioteca Nacional*": No. 1, 1. [También en: Trenti Rocamora, José Luis. 2000. Qué hacer con mi libro. 5a. ed. Buenos Aires: Dunken. p. 69-73].
- Trenti Rocamora, José Luis. 1998a. La moneda cuando la Revolución de Mayo. En *Los días de Mayo*, coord. Alberto David Leiva. San Isidro: Academia de Ciencias y Artes de San Isidro. v. 2. p. 145-153.
- Trenti Rocamora, José Luis. 1998b. Primeros libros comprados por la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. En *Revista argentina de Bibliotecología*. No. 1, 57-64.
- Vilardi, Julián A. 1939. La Manzana de las Luces y el Colegio Nacional de Buenos Aires. Buenos Aires: Academia Literaria del Plata. 84 p.
- Wilson, T. D. 2003 [2000]. Tendencias recientes en los estudios de usuarios: investigación acción y métodos cualitativos. En *Información, cultura y sociedad*. No. 8, 9-38.

VI

LA CONSTRUCCIÓN TEÓRICA DEL PENSAMIENTO BIBLIOTECARIO

La “Idea liberal económica sobre el fomento de la Biblioteca de esta capital”, del Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda (1812)

VI.1 INTRODUCCIÓN

En los capítulos anteriores se han abordado las distintas fuentes que conformaron y articularon el origen de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Especialmente, nos hemos abocado al estudio de un conjunto de documentos inéditos para desentrañar los procesos de organización y gestión administrativa durante los primeros años de vida de esta agencia social creada por la Junta de Mayo, para conocer, con cierto detalle, los quehaceres que hicieron a su cotidianidad bibliotecaria; procesos, por otra parte, que participan de una dinámica dialéctica con diversas “dimensiones o esferas bibliotecarias” imbricadas fuertemente entre sí. Por consiguiente, a lo largo de la investigación, se han rastreado e identificado sus principales antecedentes en Europa

y América, así como el estudio del préstamo de obras entre particulares y congregaciones religiosas.

Pero la variedad de estos importantes hechos, cuyas circunstancias han pasado inadvertidas o sin un reparo profundo y minucioso, motiva una pregunta de compleja resolución en nuestros comienzos bibliotecológicos: ¿acaso existió en ese entonces el esbozo de un pensamiento bibliotecario?; o en una forma más directa: ¿se presentó algún discurso reflexivo sobre el acontecer tanto axiológico como ontológico, de aquello que se esperaba de una biblioteca pública? Es más: ¿es posible plantearse una construcción teórica de esta agencia social durante el período estudiado?

La historia del pensamiento bibliotecario en la Argentina constituye una encrucijada de difícil resolución. Poco o nada sabemos acerca de su evolución, pues es una asignatura pendiente para la mayoría de los bibliotecarios argentinos actuales. En general, entre nosotros, este tópico se ha caracterizado por su fragilidad y debilidad estructural.

Muchas de las falencias actuales de la profesión deben buscarse en la ausencia de una memoria histórica colectiva. Comprender y tratar de explicar cómo fue que llegamos a ser lo que hoy somos en nuestras bibliotecas y no otra cosa, constituye, sin lugar a duda, la instancia fundamental para intentar una explicación probable del futuro de la Bibliotecología argentina. Así pues, dentro de este contexto, es necesario rastrear nuestros primeros (y aún muy modestos) pasos bibliotecarios en el siglo XIX.

Por otra parte, son escasos los antecedentes conocidos sobre literatura bibliotecológica anteriores a 1812. Algunos de ellos se mencionan a continuación: el *Reglamento para los bibliotecarios del Index Librorum Bibliotheca Collegii Maximi Cordubensis Societates Iesu* del año 1757 (Catálogo, 1943: xviii-xix; Index Librorum, 2005); el famoso artículo fundacional de nuestras bibliotecas, *Educación*, atribuido a Mariano

Moreno (13 de septiembre de 1810) (Junta de Historia y Numismática Americana, 1910: 384-386); y el *Reglamento provisional para el régimen económico de la Biblioteca Pública de la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata* (1812), realizado por el presbítero Luis José Chorroarín con algunos aportes de Bernardino Rivadavia (cfr., cap. IV.2, Apéndice no. 1).

Sin embargo, la respuesta a nuestra pregunta sobre la posible existencia documental de una introspección bibliotecaria, aunque parcialmente inesperada, es afirmativa. Pues a pocos meses de la inauguración de la Biblioteca Pública, apareció publicado en el periódico *El Grito del Sud* (1812) un artículo que, desde nuestra óptica actual, puede estudiarse como el primer antecedente de literatura profesional en la Argentina. Se trata de la *Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital*, cuyo autor fue el doctor Juan Luis de Aguirre y Tejeda (o Texeda, pues la grafía suele variar). Dicha contribución, un escrito de largo aliento para la época, se publicó en varias entregas durante agosto y septiembre de 1812 (Aguirre y Tejeda, 1812).

Se trata de un texto, en general, poco conocido; su mayor difusión se debe a la edición facsimilar de *El Grito del Sud* que realizó la Academia Nacional de la Historia (1961). Sin embargo, previamente, se conocían dos breves análisis de dicho periódico; nos referimos al elaborado en 1926 por Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), y al estudio de Enrique A. Peña (1935: 276-279). En 1972 Oscar F. Urquiza Almandoz (221-223) en su libro *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica*, realizó un resumen del periódico.

Salvo estas breves referencias, hasta el momento no se ha llevado a cabo un análisis de este trabajo pionero en la Bibliotecología argentina. Es por ello que nos hemos trazado el objetivo, en este capítulo de la tesis, de realizar un estudio del escrito del Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda desde el punto de vista de la historia bibliotecaria,

enmarcándolo como el primer antecedente conocido de nuestra literatura profesional.

Es importante, además, dar unas breves referencias coyunturales sobre el referido periódico y el momento histórico de la Revolución de Mayo. Hacia fines de 1811 y comienzos de 1812 se presentaron una serie de sucesos políticos de gran valor para el futuro de la Revolución; sucedieron, con diversos grados de interés e incidencia en la realidad social y cultural de ese entonces, los hechos siguientes: la instalación de los sucesivos Triunviratos, la promulgación de los decretos de seguridad individual y de libertad de imprenta, la inauguración —el 16 de marzo de 1812— de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, los acontecimientos relacionados con la conspiración de Martín de Álzaga, la prohibición de introducir esclavos, etc.

En este contexto comenzó sus actividades la Sociedad Patriótica y Literaria de Buenos Aires, institución que ya había contado con algunos precedentes. Dicha Sociedad tenía entre sus fines políticos fundamentales la búsqueda de la independencia y la lucha contra cualquier tipo de tiranía; también procuró, en todo momento, “exaltar los ideales liberales y atacar a España” (Gandía, 1961: 17). Su órgano de difusión fue *El Grito del Sud*, cuyo primer número apareció el 14 de julio de 1812.

La Sociedad Patriótica sustentó una orientación política de tendencia morenista. Procuró, pues, mantener parte de los principios sustentados por el secretario de la Primera Junta. Prueba de ello fueron varios de los artículos que se publicaron en las páginas de dicho periódico. Entre otros, el interés de la Sociedad por el “fomento de la Biblioteca Pública”, materializado en el trabajo que redactara el Dr. Aguirre (Canter, 1941: 287).

Dentro de esta compleja realidad, la *Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital*, al parecer, puede tomarse como una continuación del artículo *Educación*.

En cuanto a los redactores de *El Grito del Sud*, no han sido aún identificados; empero, tal como lo afirma Enrique de Gandía, “nos consta que fue el órgano de la Sociedad Patriótica y Literaria, en la cual Monteagudo tuvo tanta ascendencia y presidió en varias oportunidades”. El mismo historiador, al finalizar el análisis de dicho periódico, sostiene —y este punto es de vital importancia para entender el artículo del Dr. Aguirre—, que la Sociedad y su órgano periodístico, lucharon por consolidar la democracia y la Constitución en la Argentina (Gandía, 1961: 44).

En cuanto a la *Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital*, se ha procurado, en un primer momento, acceder a su comprensión mediante aproximaciones diferentes. No obstante, y a pesar de aplicar varios métodos, tales como el análisis de su contenido en el plano intelectual, el estudio de varios conceptos lingüísticos y el intento de un acercamiento estadístico al discurso del Dr. Aguirre, se ha intentado, en cualquier instancia, mantener como primer objetivo la imperiosa necesidad de una aproximación desde la mirada bibliotecológica.

Esto se debe, entre otras razones, al hecho incuestionable de que esta clase de estudios siempre se han contemplado desde un punto de registro histórico, y no de análisis en el contexto de la disciplina involucrada. La mirada del otro, en esta ocasión, además de estar incluida en el acontecer cultural de nuestro devenir, es una observación desde el *lado bibliotecario*, con el objetivo de ir comprendiendo el origen de nuestra historiografía bibliotecológica.

El presente capítulo, desde esta óptica, comprende los tópicos siguientes: datos biográficos del Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda, una lectura del contenido de la *Idea liberal económica* —en el cual se desarrollan varios enfoques—, los posibles significados

del título elegido por el autor y algunos aspectos del discurso, el ambiente intertextual (autores y lecturas), y los antecedentes sobre la fabricación del papel y el problema de la conservación de los libros.

El capítulo concluye con tres apéndices, en cierto modo, inseparables del análisis del discurso de Aguirre y Tejeda: A) Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital, B) Venta de una máquina para fabricar papel, y C) Carta del director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, D. Felipe Elortondo y Palacio, en la cual notifica sobre el estado del establecimiento.

Por último, se ha numerado entre corchetes y en forma consecutiva cada párrafo — quince en total— del artículo original del Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda (cfr. Apéndice A); dichos números, al final de cada cita o subtítulo, remiten a los párrafos mencionados.

VI.2 SEMBLANZA BIOGRÁFICA DEL DR. JUAN LUIS DE AGUIRRE Y TEJEDA

Juan Luis de Aguirre y Tejeda nació en Salta en el año 1753. Hacia 1762 sus padres decidieron afincarse en la ciudad mediterránea de Córdoba. Su destino, al parecer, en ese medio culto y religioso, tal como lo pautaban los estudios que allí se realizaban, fue el de ser un ilustre abogado y prolijo funcionario de la administración española (su hermano, Juan Andrés de Aguirre y Tejeda, nacido en 1752, también fue abogado). Así pues, primero se graduó en la Universidad de San Carlos de bachiller, maestro y licenciado en Filosofía, en 1774. Luego, en 1776, cursó los cursos de Teología; no obstante, declinó la carrera religiosa y se abocó a la jurisprudencia en la Universidad de San Francisco Xavier, en Chuquisaca. Finalmente, luego de practicar

en la Academia Carolina, obtuvo la matrícula de abogado de la Real Audiencia de la Plata, el 16 de abril de 1779.

A partir de 1780, y hasta su retiro, trabajó plenamente en el ejercicio de su profesión. Instalado en la ciudad de Córdoba, allí abrió su estudio de abogado y se dedicó a la resolución de numerosas querellas que le valieron un merecido prestigio.

Entre las muchas actividades profesionales que desempeñó en Córdoba citaremos, a modo de ejemplo, las siguientes: asesor en cuestiones jurídicas suscitadas entre el Cabildo y el Gobernador, defensor del juzgado de pobres (1790), alcalde ordinario de segundo voto (1796) y defensor del juzgado de bienes difuntos (1798).

Según los juicios de David Peña, “ningún virrey pudo informar a la Corte de asunto público, civil o religioso, anexo a la Intendencia de Córdoba, sin considerar previamente el parecer del doctor Aguirre, tal era, en efecto, su prestigio como abogado. Y su interés por la cosa pública y el bien común fue elogiado por el poeta Cristóbal de Aguilar, quien le dedicó una poesía por su participación en la construcción de la Alameda de la ciudad de Córdoba durante la gestión de Sobre Monte” (Peña, 1916; Aguilar, 1989).

Hacia 1794, en una breve estadía en Buenos Aires, se inscribió en la matrícula de abogados de la ciudad.

A principios del siglo XIX, ya enfermo, se retiró de sus funciones oficiales, abocándose a obras de beneficencia. Al estallar la Revolución de Mayo se lo nombró teniente asesor de Pueyrredón. Debido a su conocida labor como jurista de amplio reconocimiento, la Primera Junta lo designó, con el Deán Gregorio Funes, para que diera su veredicto sobre el delicado problema que se presentaba con el real patronato. El resultado del mismo fue un *Dictamen* con algunos elementos regalistas (Peña, 1916:

280-285; Luque Colombres, 1943: 38-39; Udaondo, 1945: 40; Piccirilli-Romay-Gianello, 1953, 1: 83; Abad de Santillán, 1956, 1: 77; Cutolo, 1968, 1: 48-49).

Vicente D. Sierra afirma, basándose en los juicios del Dr. Faustino J. Legón, que ambos dictámenes no constituyen el origen del Patronato Argentino, pues “ponen dudas sobre la legitimidad de la Junta Provisional Gubernativa” (Legón, 1920: 235-241; Sierra, 1962: 215-16; Zuretti, 1972: 155-56; Tau Anzoátegui-Martiré, 1975: 565).

El Dr. Aguirre, finalmente, sostuvo que dicha franquicia era propia de los *estados soberanos*.

En ese año de 1810, a instancias de Juan José Castelli, se desempeñó como Asesor Letrado del gobierno de Córdoba, suplantando al Dr. Victorino Rodríguez.

El último cargo público que ocupó fue el de vocal de la Cámara de Apelaciones de Buenos Aires, al cual debió renunciar poco después, a fines de 1812, debido al estado precario de su salud.

En este período final de su vida, al parecer, se vincula con la Sociedad Patriótica Literaria; y en el periódico vocero de esta asociación política de tendencia morenista, *El Grito del Sud*, publica, en varias entregas, la *Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital*; contribución, por otra parte, que debe verse como un acto de afirmación y de continuidad de la principal realización cultural que impulsó la Primera Junta y su secretario Mariano Moreno: la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

A pesar de haber sido una figura señera y de consulta obligada en los últimos tiempos del período hispánico, y de su actuación destacada en el ámbito de la jurisprudencia durante los primeros momentos de la Revolución de Mayo, el Dr. Aguirre, por el solo hecho de haber redactado este notable artículo, merece ubicarse como el principal precursor de la literatura bibliotecaria argentina.

La lectura de la *Idea liberal económica*, además, brinda la posibilidad de observar a su autor desde otro perfil y con una verdadera vocación revolucionaria; ya que conviviendo dinámicamente con esa tranquila y apacible humanidad, junto a sus obras caritativas y piadosas, por las cuales también fue conocido, había un ser con ideas apasionadas, un individuo capaz de “idear” un proyecto que contemplase el desarrollo de la Biblioteca como una institución solidaria con todos los habitantes de estas provincias.

El doctor Juan Luis de Aguirre y Tejeda falleció en Buenos Aires, el 16 de noviembre de 1814.

VI.3 LA “IDEA LIBERAL ECONÓMICA SOBRE EL FOMENTO DE LA BIBLIOTECA DE ESTA CAPITAL”, DEL DR. JUAN LUIS DE AGUIRRE Y TEJEDA (1812)

VI.3.1 La Revolución de Mayo y la Biblioteca [Apéndice A, §1]

Ya desde el primer párrafo el Dr. Aguirre manifiesta, inequívocamente, su intención: reflexionar (y proponer un plan) sobre el reciente establecimiento de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Es necesario, en primer término, destacar la novedad del tema. En efecto, la *Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital*, constituye el primer artículo de literatura bibliotecológica en lo que hoy es la República Argentina. Si bien habían existido los antecedentes ya mencionados, nunca fueron concebidos como textos independientes que abordaran la problemática de la Biblioteca y de la industria del libro.

En este entorno, la característica principal del trabajo radica en la extemporaneidad de su aparición, en la falta de apoyatura en otros aportes similares. Carece de antecedentes nativos conocidos, aunque posee vastas y sutiles influencias extranjeras; y lo más interesante es que su novedad se proyecta en el futuro, ya que no se presentará otra contribución similar hasta muy entrado el siglo XIX.

Esta peculiaridad, definida desde un modelo extemporáneo, le otorga una conmovedora y sincera originalidad, no obstante la presencia de ciertos rasgos ingenuos. La extraña novedad y lo inesperado, entonces, son las características que inauguran el discurso de nuestra primitiva literatura bibliotecaria.

Por otra parte, en la introducción el autor expresa un conflicto que se reiterará a lo largo de la exposición: la dialéctica entre el marco teórico y el utilitario. Por un lado, el establecimiento de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en el ámbito de “un Gobierno tempestuoso erigido por las convulsiones de una revolución” es, sin lugar a duda, un mérito que habla a favor de dicho gobierno. Los revolucionarios no solo se han ocupado de la manutención de los ejércitos, sino que la apertura de esta institución debe verse, tal como lo destaca el autor, como un apoyo ineludible al “fomento de las letras y la ilustración pública”.

No obstante, para el Dr. Aguirre esta situación puede ser aleatoria; y si bien no carece de grandes méritos, se inclina por una idea osada y humanista dentro de ese contexto beligerante. La ilustración pública, “la influencia de las luces del ingenio y de las ciencias, es de algún modo mas fuerte, que las armas”. Vale decir, dentro de una concepción progresista, sostiene que el mundo del libro es más coherente y racional que el escenario de los enfrentamientos armados, aunque estos últimos se justifiquen plenamente en el contexto de una revolución.

Así pues, el establecimiento de la Biblioteca constituye para el autor un acto de mayor trascendencia revolucionaria que la propia Revolución. Inmerso en este contexto teórico, no duda en comparar dicho acto con los momentos culminantes de la cultura latina. De este modo, debido a su formación erudita y clásica, compara el universo de lo impreso con la *pax romana* del reinado de Augusto. Pero esta concepción filosófica de la *idea de biblioteca* convive con otras vertientes más realistas y prácticas.

El pensamiento de la Biblioteca como paradigma próximo al clasicismo, en último término, es una manifestación de los ideales humanistas del autor. Sin embargo, el Dr. Aguirre apunta más allá de estos ideales, ya que los emplea como base teórica para plantear el problema de fondo: la imperiosa necesidad de la “ilustración pública”. Se necesita, pues, una dosis de organización pragmática y utilitaria de la Biblioteca y de todos los elementos que coadyuvan a su amparo y desarrollo, para transformarla en una entidad determinante en el desarrollo de los pueblos. Esta idea central de su exposición la expresa en una frase, en la cual el elemento teórico y humanista cede ante la realidad:

El decoroso establecimiento de la biblioteca en esta capital, cuya augusta apertura se hizo poca há, y muy á los principios de su nuevo gobierno tan feliz, y rapidamente se estableció, y fomentó, será en la posteridad un precioso monumento de la prudencia, y acierto con que ha pretendido cimentarse sobre las bases solidas de las ciencias, y de la ilustración pública, que la ha de encaminar mas que el estrépito de las armas, á unir las provincias al sistéma de libertad, quietud, y prosperidad de la America del Sud. [§1]

Al margen del discurso retórico de tendencia clásica, esta institución se presenta, inequívocamente, como una consecuencia social de la ilustración europea. Por lo tanto, tal como lo afirma en el texto, constituye una creación indispensable para la “prosperidad de la América del Sud”; afirmándose así, en esta primera aproximación,

su vocación utilitaria y didáctica, propia de la historia de las ideas del siglo XVIII. La “prosperidad” social y económica de América será una consecuencia, entonces, del arraigo y futuro desarrollo de dicha entidad.

Pero ese tiempo futuro de bonanza bibliotecaria, dependerá, sin duda alguna, de algunos factores, fundamentalmente de índole material. Pues es imposible concebir la prosperidad del nuevo establecimiento “mientras no se cuide por el gobierno el proporcionarle todos aquellos arbitrios” que garanticen un amplio y generoso “surtimiento y reimpresión barata de libros”.

Uno de los argumentos centrales del discurso del Dr. Aguirre se sustenta en el desafío que implica construir una industria del libro capaz de solventar y alentar la prosperidad social y económica de la Biblioteca. Su pensamiento se centra en la opción siguiente: el nuevo gobierno debe instrumentar las bases necesarias para producir una gran cantidad de libros, y de este modo aspirar a un crecimiento integral.

Es así como el pensamiento del Dr. Aguirre, luego de observar a la Biblioteca como una entidad ideal y bajo la aguda mirada pragmática de la ilustración, recalca, por último, en una visión moderna de ella, en la cual el éxito de una comunidad se encuentra ligado a la capacidad de generar los suficientes medios de producción que avalen a sus instituciones de uso público.

VI.3.2 La Biblioteca y sus “mejores auxilios” [§ 2-4]

¿Cuáles son “los mejores auxilios” para que una Biblioteca sea lo que debe ser y no otra cosa?

En este punto, el autor también posee una visión adelantada a su época: la biblioteca constituye una entidad eminentemente social. Es una institución moldeada por el acontecer de la sociedad y, sin esta, su contexto gregario no tendría razón de ser. El sentido humano de toda biblioteca es el reflejo de cómo cada generación se relaciona con el libro y la lectura. En cierto sentido metafórico amplio, biblioteca y sociedad son dos fenómenos cuyas correspondencias reproducen los mismos anhelos, necesidades y objetivos.

En estos párrafos el Dr. Aguirre reflexiona sobre el problema del aislamiento de una entidad de este tipo en los complejos y dramáticos momentos que vive el antiguo Virreinato del Río de la Plata. Aislamiento, por otra parte, que no había sido tomado en cuenta por la Primera Junta cuando decidió fundar una Biblioteca Pública en Buenos Aires.

El pensamiento del autor, en este punto, se resume en la expresión siguiente: ninguna biblioteca puede sobrevivir en forma aislada de su contexto social y económico. Si no existe una industria del libro ampliamente desarrollada, cuya primera y última misión sea apoyar y alentar el “fomento” de las bibliotecas, ninguna entidad de este tipo podrá mantenerse en América del Sur. Es por ello que el autor no duda en afirmar:

Los mejores auxilios á este fin son el aumento y prevision de buenas imprentas, y de diestros artistas impresores, y encuadernadores, y la abundancia, y baratós del papel, lo que se podría lograr con facilidad, siempre que en estas provincias se estableciesen fábricas de imprenta y papel, teniendo en ellas las bellisimas proporciones de minas abundantes de plomo, y de las materias primas de algodón, pita, lino, cañamo, y cortezas diferentes de árboles. [§ 2]

Su pensamiento se corresponde con la ilustración española del siglo XVIII. La idea de presentar la Biblioteca junto con el desarrollo (“fomento”) de las industrias afines al libro, sin duda alguna, es una consecuencia, al parecer, de varios trabajos

difundidos en ese entonces, tales como los aportes de Pedro Rodríguez Campomanes, Jerónimo Uztáriz, R. Antúnez y Acevedo, José Gutiérrez de Rubalcava y Bernardo Ward (este último citado por el autor).

El discurso del Dr. Aguirre posee en esta instancia algunas contradicciones. Sus reflexiones constituyen un complejo conglomerado de ideas tradicionales y revolucionarias. En primer término, para él la Biblioteca es un lugar pacífico, con las características propias del humanismo; una entidad ajena a las luchas políticas, aunque en su íntima esencia no es más que una expresión de la Revolución de Mayo. En un segundo momento, la Biblioteca constituye una institución cuya fuerza radica en la “ilustración” utilitaria de los ciudadanos, para así garantizar la “prosperidad” de los pueblos (ciudades). En tercera instancia, nos hallamos ante una entidad fuertemente anclada en la sociedad, pues su existencia fuera de ella es inviable. Por último, y como corolario de las instancias anteriores, la biblioteca se presenta desde el futuro: su éxito dependerá del desarrollo económico de las industrias afines al mundo del libro.

Pero el fervor del autor no declina en este punto, pues para lograr estos objetivos sostiene que es necesario llevar a cabo

una expedi[ci]o[n] mercantil dirigida á la India, y á la Asia por Acapulco con solo el objeto de comprar, y tratar buenas imprentas, muy baratas, y los mas aventajados artifices, que estableciesen fabricas, y enseñasen en estas provincias á formar los mejores caracteres de nuestro abundante y riquísimo plomo. [§ 2]

Al finalizar el presente párrafo [§ 2], el Dr. Aguirre estudia el alto precio del papel en estas provincias y, por ende, la problemática que dicha situación ocasiona para la difusión de la imprenta y de las ideas.

A pesar de introducir el tema del papel (luego lo abordará con mayor detalle), el autor vuelve a insistir en la necesidad del desarrollo económico para “redimir á la patria” de su pobreza congénita. Es por ello que su concepción bibliotecaria se encuentra condicionada por una vigorosa mirada económica.

La solución, en este punto, radica en tomar las medidas necesarias, tanto políticas como económicas, que ocasionen, en el plazo más breve, una gran abundancia de libros en la ciudad de Buenos Aires. Dentro de este contexto, que implica de hecho una aproximación aún rudimentaria a la planificación bibliotecaria, el Dr. Aguirre se expresa inequívocamente en estos términos:

Esta capital gastará mucho tiempo y dinero para formar y enriquecer su biblioteca, sino cuida de adoptar iguales providencias económicas para el acopio y reimpression de libros. [§ 3]

Esta amplia visión no se encuentra constreñida a la ciudad de Buenos Aires. Su plan de “fomento” económico trasciende las fronteras internas. La “afligida situación” que vive España ante la invasión del ejército napoleónico debe ser contrarrestada con la libre importación de libros de otras latitudes, pues “nos bastaría surtirnos por medio de los ingleses de las mejores ediciones [sic] de la península”.

El discurso no ignora el contexto internacional. La necesidad de surtir y “enriquecer” los fondos de la biblioteca, demanda, ante un eventual fracaso del desarrollo del comercio librero interno, de una dinámica política de importación de libros, siendo este el único camino para garantizar el incremento actualizado de la colección.

Para el autor, pues, no era factible pensar en el posible progreso de la Biblioteca sin una rica y dinámica relación *comercio-biblioteca*, tanto en el plano interno como en el externo.

VI.3.3 La “abundancia de papel” y la “preservación de los libros”: el éxito del desarrollo de las bibliotecas [§ 5-7]

La falta de un eficaz desarrollo bibliotecario es, para el Dr. Aguirre, el problema cultural que aqueja a la ciudad de Buenos Aires y al resto de las provincias; una compleja coyuntura, por otra parte, que demanda rápidas y urgentes soluciones.

Tal como lo sostiene en el párrafo anterior [§ 4], las condiciones existentes en “la nueva vida política que empezamos á adquirir con la energía y prudencia del actual gobierno”, caracterizado por su “sabiduría y liberalidad”, han garantizado la “libertad de imprenta”. Situación esta que facilitará el desarrollo intelectual de América, constreñida hasta ese entonces por el gobierno español. De modo que el autor no duda en que dichas medidas abrirán “el camino á las producciones intelectuales de la América hasta aquí tristemente obstruidas”.

Esas nuevas condiciones político-sociales, indispensables para el incremento del libro y de las artes gráficas, requieren, sin duda, la presencia de otros elementos vitales: *el desarrollo de la fabricación del papel y el medio de conservar a los impresos de su constante deterioro.*

La visión del Dr. Aguirre siempre es panorámica y totalizadora. El libro, la lectura y las bibliotecas son para él entidades con relaciones recíprocas y correlativas; el crecimiento de una de ellas depende de la expansión de las otras.

En este tema también es un pionero, ya que la activa presencia de las bibliotecas y de la lectura como elementos de “ilustración pública” constituyen, en efecto, las únicas sólidas garantías del desarrollo integral de los diversos mundos del libro.

No obstante, en lo sucesivo, su pensamiento se inclina por la exposición del problema de la conservación del papel en la ciudad de Buenos Aires. Pero antes de comenzar con los aspectos inherentes a su fabricación y al modo de conservar los

libros, en unas pocas líneas, esboza los objetivos que debe cumplir la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

En dicho marco, define el contexto teórico y práctico de la idea de Biblioteca. No es un pensamiento simple, ya que su aproximación se encuentra influida por el saber enciclopédico y totalizador que caracteriza a la filosofía ilustrada, y en el cual se encuadra buena parte del artículo.

La Biblioteca tiene que cumplir, según su opinión, con dos fines claramente pautados; en primera instancia, se manifiesta como la entidad social encargada de propalar el saber a los ciudadanos; y en un segundo momento, dentro de una concepción fisiocrática, debe impulsar el desarrollo de la economía y de las industrias para incrementar la riqueza del Estado.

Es por ello que el autor presenta su trabajo bajo el epígrafe del escritor latino Lucio Junio Moderato Columela, quien en su *De re rustica*, escribió: “Neque enim satis est possidere velle, si collere conservare non possis” (De nada sirve tener una cosa, sino se poseen los medios para conservarla). Esto significa, en la amplia visión utilitaria del autor, que de nada sirve inaugurar una Biblioteca si no se poseen fábricas de papel, gran abundancia de libros, imprentas y, por sobre todo, la inteligencia y capacidad para conservar los impresos. Tal como lo sostiene en los conceptos siguientes:

(...) debemos co[n]cluir, que si nos es ventajoso y de mucho honor la especial proteccion y fomento de nuestra biblioteca, nos es de sumo interés, que á este establecimiento se acompañen las fábricas de papel, el pronto surtimiento de algunas imprentas, para que se sostenga sin mayor costo. (...) Sino supieramos, quan difícil es baticinar con acierto en la política, nos atreveríamos á asegurar que antes de muchos años se hallaria nuestra biblioteca en un estado de la mas elevada reputacion, y gloria, con solo poner fábricas de papel, imprentas, y los medio seguros de perfeccionar el papel y preservarlo de corrupcion. Estos establecimientos hechos al pronto y manejados con prudencia y economía, serian monumentos que acreditasen á la posteridad el zelo, sabiduria, y vigilancia con que se esfuerza nuestro actual

gobierno para poner las provincias unidas en un grado de igualdad, y tal vez de superioridad á muchas de las naciones florecientes de la Europa. [§ 7]

Y precisamente en esta instancia se manifiesta una velada crítica al gobierno, a pesar de los elogios de los párrafos iniciales. Acaso esa sea la voz oculta y solapada del trabajo: llamar la atención a las autoridades que alentaron la inauguración de la Biblioteca para que rápidamente tomen las medidas pertinentes que aseguren el éxito de la empresa; en caso contrario, la flamante institución, tal como luego aconteció, podría vegetar por su falta de incentivos.

La advertencia del Dr. Aguirre tiende a evitar el aislamiento de la Biblioteca; es un llamado a las fuerzas productivas de la ciudad y de las provincias para que la apoyen económicamente. Pero no sucedió así. La convocatoria del autor fue, en definitiva, demasiado visionaria; su sustento, aunque noble, estaba fuera de la realidad social del Virreinato.

La Guerra de la Independencia, las vicisitudes políticas, los enfrentamientos internos demostraron que la realización de semejante proyecto, de hecho, era una utopía de compleja y difícil resolución. No obstante, es importante señalar una frase de notable vigencia para los bibliotecarios de hoy; frase, en cierta medida, fundadora de nuestra Bibliotecología en su dimensión social:

Pues si un pueblo civilmente crece en razon de los medios, que tiene para subsistir, si el comercio y la agricultura contribuyendo á establecer entre las fortunas de los ciudadanos aquella proporcion tan deseada, y necesaria á un estado, son los que multiplicando las riquezas, los trabajos, los alimentos, y los hombres simultaneamente dán á una nacion toda fuerza activa, y la progresión economica política de que es subceptible, una biblioteca bien cimentada en la metrópoli, y bien sostenida por medio de estas fabricas debería hacer á los habitantes de esta feliz region, sabios, filosofos, y dignos apreciadores de las letras, y elevandolos sobre sí mismos tendrian siempre á la vista una antorcha luminosa, é inextinguible, que les rectificase la razon para promover su bien, y el mayor esplendor del estado, para fomentar las ciencias, las artes, la industria popular y todos los demas objetos públicos. [§ 7]

Por otra parte, es posible inferir, si bien el texto es poco claro en este punto, que para el Dr. Aguirre el desarrollo de la industria del libro no sólo se limita al florecimiento de dicha actividad fuera del ámbito de la Biblioteca. En la inquieta y creadora mirada del autor, al parecer, esta institución debe tener la capacidad suficiente *para producir sus propios libros con sus propias imprentas.*

VI.3.4 La moral y la religión en el ámbito de la Biblioteca [§ 5]

Hay otro aspecto de real interés que convive, en dinámica y estrecha relación, con esa dimensión pragmática. Se trata de la fuerte tonalidad moral con la cual el autor impregna la misión de la Biblioteca en la sociedad.

En el horizonte discursivo del Dr. Aguirre no todo es afanosa búsqueda de utilidad. Su mirada de la vida y de las instituciones, según se desprende del presente trabajo, no demanda y entroniza lo material exclusivamente.

Además de estar vinculada al progreso de los ciudadanos, la Biblioteca es, ante todo, una entidad que apunta a la espiritualidad del individuo en tanto ser gregario. De este modo, gracias a los pensamientos que se encuentran en los libros ubicados en los estantes para la “instrucción pública” y moral de los individuos, esta institución permite

precavérse contra las preocupaciones, (...) reprimir la presunción, inspirar la prudencia, inocular el hombre de ilusiones, y formarlo al fin circunspecto y sabio. [§ 5].

Y luego el autor agrega, en aras de despejar alguna duda:

Si se hallan acaso en la biblioteca monumentos de orgullo, soberbia, ó de mentira; de ordinario se hallan también lo que sirve á aclarar la verdad, y honrar el espíritu racional. [§ 5]

Esa finalidad espiritual también posee un sesgo operativo y concreto, es decir, una posición ante la vida y la forma de ver al hombre en la sociedad. Para el Dr. Aguirre, indudablemente, la Biblioteca tiene que cumplir con un programa ético. Debe tener un papel activo en cuanto instrumento de decoro y de afianzamiento de las ideas religiosas. Esta concepción del mundo y de la Biblioteca, la expresa en las palabras siguientes:

En ella [en la Biblioteca] se vé como se despliega la inteligencia humana, los progresos científicos de sus conocimientos, las épocas de perfeccion de sus descubrimientos: y si alguna vez nos afligen las faltas que cometió, si nos compadecemos de su vanidad, si desdeñamos las ilusiones á que se entrega, no podemos menos de admirar su constante amor á la verdad, lo mucho que trabaja en sondear las profundidades de la naturaleza, su aplicación en perfeccionar su razon, en arreglar sus acciones, establecer el orden, y asegurar el imperio de la religion y de la virtud. [§ 5]

La cosmovisión bibliotecaria del Dr. Aguirre, entonces, no solo incursiona en la vida práctica y cotidiana de las sociedades, sino que se manifiesta en una comprensión amplia del hombre en su totalidad. La Biblioteca posee una personalidad institucional claramente definida: amparar y promover el progreso del individuo y las naciones en un ambiente de cálida espiritualidad. Nos hallamos ante una entidad que opera como el lazarillo ético de los ciudadanos.

Es en este punto donde se manifiesta la lucha interior del autor con el momento de ruptura que ocasionó la Revolución de Mayo. En él cohabitan, en forma dispar aunque solidarias entre sí, la necesidad del progreso proclamado por la ilustración y la concepción, pletórica de escrúpulo y de viejas tradiciones, de la biblioteca como

elemento de oposición a la anarquía social y como garantía para “asegurar el imperio de la religión y de la virtud”.

El Dr. Aguirre es un hombre de dos mundos y constituye un fiel exponente del momento de transición que vive el antiguo Virreinato del Río de la Plata: en él moran, en un ámbito de sutil inflexión, la tradición y el cambio revolucionario.

VI.3.5 El papel político de la Biblioteca [§ 8]

En este cuadro de situación cargado de significados cruzados, el autor, si bien con menor intensidad, tampoco ha dejado de lado el sesgo político de la Biblioteca.

A pesar de sus recatos y reticencias morales, de su llamado al orden y al acatamiento de las ideas religiosas, a esta nueva institución le cabe, además, un papel de crítica ideológica al antiguo régimen español.

A primera vista puede resultar paradójica la defensa que presenta el Dr. Aguirre de la Biblioteca como entidad contestataria hacia aquellos que gobernaron “la América... [con] atróz conducta”. Esta contradicción, luego de su defensa de las buenas costumbres, se encuadra en un perfil más aparente que real. En realidad no existe tal contradicción, pues para él la finalidad política de la biblioteca radica en la sabiduría y la inteligencia, personificada por la diosa romana Minerva.

La inauguración del establecimiento en el fragor de las luchas revolucionarias, no es otra cosa que la validación de las nuevas ideas ante el “sistema antipolítico” que había impulsado, hasta entonces, el Imperio español.

El Dr. Aguirre manifiesta esas ideas con una expresión profundamente democrática: “América con la biblioteca”. Dicha entidad, en estos términos, forma parte de un proyecto social con características continentales; un primer esquema de trabajo

contra la ignorancia y la pobreza que “por tres siglos se ha hecho despoticamente reynar” en los suelos americanos.

El presente párrafo. [§ 8] constituye una firme e inesperada declaración ideológica del Dr. Aguirre. Si bien durante la administración hispánica la biblioteca pública había contado con algunos antecedentes, ninguno de ellos alcanzó la enorme trascendencia de su creación por la Primera Junta.

Esta fuerte reacción contra la Corona, tal como lo ha señalado Tulio Halperin Donghi, se encuadra en el concepto de “restauración de la monarquía prehispánica”. Ya que la restitución de un gobierno “ilegítamente desposeído por los conquistadores”, constituía una tentativa teórica de justificar la Revolución de Mayo. Es por ello, que muchas de las personalidades vinculadas al movimiento revolucionario, como ser entre varios, por ejemplo, el deán Funes, no vacilaban, en un discurso muy próximo al Dr. Aguirre, en reclamar “una restauración del poder legítimo” contra la tiranía del dominio español (Halperin Donghi, 1961a: 182-186).

En definitiva, la dinámica presencia de esta institución encarna una reacción lúcida contra el atraso que había reducido a la América española a un “humilde estado de labradora y minera”. Constituye, por consiguiente, una reacción lógica contra la ausencia de dicha entidad en la época hispánica; en fin, una réplica social contra el estancamiento colonial.

VI.3.6 Antecedentes de una Historia del Libro. [§ 9-11]

Acaso uno de los temas bibliotecarios más interesantes que propone el Dr. Aguirre es la evolución de los distintos soportes de la escritura, hasta llegar, por último, a la invención y fabricación del papel. En este tópico el autor se extiende largamente. No

se trata de una narración para recreo e ilustración general de sus lectores; es, por el contrario, un intento serio de *transmitir los recursos artesanales para la elaboración del papel* en estas regiones.

Nos hallamos ante el aspecto *técnico* de su exposición. A través de sus expresiones hemos observado a la biblioteca desde distintos ángulos; al igual que un complejo organismo, ha pasado por varias etapas que han pautado su profunda y compleja metamorfosis, pues para el Dr. Aguirre esta agencia social se manifiesta como una institución revolucionaria, ideal, social, utilitaria, moral y política.

Sin embargo, todas estas propiedades son insuficientes si se carece de la capacidad técnica de dominio; se necesita, entonces, un conocimiento especializado, un ámbito que señala el ingreso en la modernidad. La habilidad artesanal que selecciona el Dr. Aguirre es la fabricación del papel, ya que la narración detallada de su elaboración constituye, sin duda alguna, lo primero que deben aprender los ciudadanos.

Asistimos, en este encuadre, a un nuevo recurso retórico: la aparición del *discurso técnico-profesional*, aunque, indudablemente, modesto y limitado al ámbito histórico y artesanal de su contexto. No obstante, es necesario reflexionar sobre un aspecto especial. El esfuerzo técnico-profesional posee un marcado fin pedagógico, de indudable tonalidad didáctica.

En este punto es posible observar como el autor retorna, una y otra vez, a pesar de su desorden discursivo, a las propiedades y características del siglo XVIII; esto es, al enciclopedismo, a la ilustración técnica de los individuos mediante los oficios y a la necesidad utilitaria del conocimiento.

Del punto de vista bibliotecario, el desarrollo de estos párrafos nos depara otro hallazgo. El Dr. Aguirre es el primer intelectual que inaugura la historia de los

materiales de escritura en el Río de la Plata. Su trabajo constituye el primer antecedente conocido de una *historia del libro* en la Argentina.

VI.3.7 El aporte bibliotecario: la “Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital” [§ 12]

Los recursos a los cuales apela el Dr. Aguirre, tal como se ha observado, se caracterizan por poseer una compleja pluralidad de significados. El discurso y el orden expositivo, en ocasiones, incluyen aspectos desordenados y heterogéneos.

Esta retórica algo barroca, empero, no se debe a una confusión del pensamiento del autor; se fundamenta, por el contrario, en un conglomerado de ideas bibliotecarias, cuya riqueza, en más de un sentido, excede la capacidad que demanda la transcripción escrita y su transmisión a los lectores. Así pues, el Dr. Aguirre, en varios momentos, es una víctima de su propia —aunque dispersa— variedad de pensamiento.

No obstante, siempre retorna a sus convicciones principales. Y si bien presenta a la Biblioteca bajo múltiples puntos de vista, a veces poco claros, no duda en reasumir el objetivo que inspiró la redacción de su trabajo: la *idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital*.

Los párrafos [§ 9-11] constituyen una recapitulación, un regreso cauto y ordenador, a la idea principal de su contribución. El artículo, a pesar de la enorme riqueza que posee actualmente en el campo de la evolución de las ideas bibliotecológicas en la Argentina, se perfila como un llamado de atención al Triunvirato de ese entonces. En este clímax expositivo se desnuda la intencionalidad del autor, pues el gobierno debe implementar (“imperiosamente”) las medidas que garanticen la preservación de la Biblioteca y de los libros contenidos en su acervo.

El reclamo del Dr. Aguirre no se fundamenta en una solicitud idealista, realizada por un intelectual apasionado por la lectura en sus momentos de ocio, o acaso cimentada en cierto prurito propio del hombre de letras ajeno a la realidad; el pedido del Dr. Aguirre consiste, ante todo, en la *demanda de acción política al gobierno*.

Una solicitud que exige y manifiesta, ya en un contexto americanista, que las armas y la situación beligerante con España, una vez acallado el combate, nada tienen que hacer ante el ímpetu de las bibliotecas. Para el Dr. Aguirre, la biblioteca constituye, en esta urgente instancia histórica, la *fuerza silenciosa* que auxilia y alienta a la Revolución de Mayo.

En definitiva: ¿en qué consiste esta taxativa y compleja solicitud? No se fundamenta en otra cosa que no sea llevar a cabo una *idea liberal económica*; es decir, de libre y amplio intercambio económico y político, en aras de lograr el sostenido “fomento” o desarrollo de las bibliotecas en toda la América del Sud, gracias a la implantación de numerosas industrias papeleras y al incremento de las imprentas; sin dejar de lado, por otra parte, la urgente necesidad de instrumentar las medidas preventivas para evitar la “progresiva corrupción” del papel y los libros. Ese, entonces, y no otro, es el compromiso político que debe asumir el gobierno.

Las palabras siguientes confirman el pensamiento del autor:

Con que venimos á inferir que poco ó nada se avanzaría con el noble establecimiento literario de bibliotecas en esas capitales con la copia de buenas imprentas, con las fabricas de papel, y con su conocida utilidad, sino se adoptasen medidas económicas dirigidas á precaver del papel y de los libros su progresiva corrupción, defendiendolas de la injuria del tiempo, y de la polilla. El gobierno pues deba imperiosamente interesarse en un objeto de esta importancia (...). [§12]

Es oportuno abordar esta firme expresión del Dr. Aguirre desde un ángulo dialéctico, para entender, además, aquello que oculta decir o que calla ante el temor de su

posible falta de realización. Consciente o no, sus palabras evocan, al menos en parte, una trama oculta del texto, una voz silente —aunque parcialmente sonora— en los pliegues del discurso.

Su taxativa demanda para que el gobierno apoye el rápido incremento de la industria del libro, implica, de hecho, la incertidumbre —acaso también la certeza— de que las autoridades hagan algo en esa materia. Es posible que el autor intuya, aunque sea parcialmente, que una vez finalizado el período revolucionario las urgencias de los gobiernos se trasladen hacia otros ámbitos e intereses.

Es por ello que el Dr. Aguirre (a pesar de la coyuntura desfavorable para el desenvolvimiento de la lectura y del universo impreso), presenta ahora —y no en otro momento— su proyecto; pues sospecha, ocultándolo en los pliegues del texto, que de no llevarse a cabo en esos instantes de euforia creadora de la Revolución, se postergará ante la urgencia de otras necesidades.

Los acontecimientos posteriores corroboraron su temerosa convicción. Las vertiginosas demandas de los hechos políticos y militares, el arrollador cambio de la realidad interna y externa, los enfrentamientos fratricidas, la lucha por la emancipación americana, los complejos problemas de los primeros gobiernos independientes, todo, en un amplio y caótico cuadro coyuntural, influyó negativamente en el desarrollo de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

El gran impulso que esa entidad había alcanzado durante el período 1810-1812, a partir de su creación por la Primera Junta, pasando después por la conmovedora donación de libros y dinero a instancia de los ciudadanos, para luego finalizar con su inauguración formal por el Primer Triunvirato, lamentablemente, fue una etapa superada e irrepetible. A partir de entonces, luego del último acto de apertura, el

establecimiento comenzó un agónico letargo que se extendería hasta la caída de Rosas.

Por otra parte, se presentó una limitación que excedía los buenos deseos del gobierno: la orientación económica de la nueva burguesía criolla. Esta nueva fuerza social, que había comenzado a gestarse principalmente en Buenos Aires durante el siglo XVIII, se inclinó, en general, hacia el intercambio comercial y la ganadería de corte latifundista. De este modo, los capitales se orientaron hacia esas dos grandes vertientes, llegando, muy ocasionalmente, a invertirse en la industria.

La burguesía criolla, íntimamente relacionada con el puerto de la ciudad, no apoyó, en este primer momento, el establecimiento de importantes factorías y, por ende, la aparición de fábricas o talleres de elaboración de papel u otras industrias relacionadas con el libro.

VI.3.8 La importancia de la conservación del papel [§13-15]

A partir de esta instancia y hasta su finalización, el artículo del Dr. Aguirre se centra, nuevamente, en otro de los temas de su mayor interés: la conservación del papel por el deterioro que le ocasionan los insectos, en especial la polilla.

En este caso, tal como aconteció en otras ocasiones, el autor se anticipa a su época. No se trata en esta oportunidad de una anticipación relativa al deterioro de los libros ante los insectos o la humedad, tópicos, por otra parte, que ya contaban con una abundante bibliografía, tanto antigua como contemporánea. El adelanto del autor radica en su conciencia —casi profesional— de un tema que hoy embarga a la Bibliotecología moderna: el problema de la *conservación del papel*.

Entre las múltiples direcciones de su discurso —caracterizado, indistintamente, por aspectos idealistas, utilitarios, técnicos o didácticos— resta aún la aproximación a una nueva temática: *el paulatino abordaje a un conocimiento especializado*.

En efecto, el texto se ha desarrollado de lo general a lo particular. Así, luego de exponer sus puntos de vista en forma amplia y generalizadora, con una marcada tendencia enciclopedista, al finalizar su exposición, se centra en la preservación de los libros; esto es, en la imperiosa necesidad de un saber especializado que regule la suerte final de los impresos en el tiempo.

En la comprensión amplia de esta problemática, en su genuina y honesta insistencia, en la racionalidad con la cual plantea la situación, en la conciencia histórica que implica el cuidado de los materiales bibliográficos para las generaciones venideras, subyace, en parte, la originalidad del Dr. Aguirre; una originalidad que le permite predecir, con dos siglos de antelación, la complejidad de la preservación de los documentos, una de las coyunturas bibliotecarias más dramáticas de la actualidad.

VI.4 FILOLOGÍA Y DISCURSO

VI.4.1. Las palabras del título y los diccionarios de la época

La aproximación al texto del Dr. Aguirre no sólo implica un análisis de sus ideas y del desarrollo intelectual de la exposición en un contexto histórico determinado; entre otros múltiples abordajes es importante, a modo de ejemplo ilustrativo, reflexionar sobre la pregunta siguiente: ¿cuáles eran los significados de las palabras con las que

tituló su trabajo?; es decir, ¿qué quiso decir el autor al elegir esta expresión: *Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital?*

No es ocioso detenerse en este punto, ya que el encabezamiento de toda obra, tal como acontece con el título seleccionado por el Dr. Aguirre, constituye el resumen o la idea principal del autor. Por otra parte, el análisis del significado de las palabras elegidas plantea el problema de la intencionalidad del autor en el nivel de su discurso.

Así pues, en un primer acercamiento preliminar, es importante analizar el significado de esos vocablos en los más importantes repertorios del siglo XVIII; centuria, sin duda, en la cual se había formado intelectualmente el Dr. Aguirre.

En primer término: ¿qué se entiende por “idea”? La *Enciclopedia Iluminista* de Diderot y D’Alembert, incluye dicho término en la lógica, afirmando que

encontramos en nosotros la facultad de recibir las ideas, de percibir las cosas y de representarlas (...) las ideas constituyen los primeros grados de nuestros conocimientos (...). Nuestros juicios, nuestros razonamientos, el método que nos presenta la lógica, no tienen propiamente por objeto más que nuestras ideas. (Encyclopédie, 1751, 8, 489).

Se puede conjeturar que la “idea” que presentó el Dr. Aguirre es una representación o percepción lógica y metódica de su pensamiento; un modelo de *plan o proyecto* con una base fuertemente racional, aplicado a una situación concreta: el desarrollo de la Biblioteca; lejos, por lo tanto, de cualquier proposición azarosa o improvisada.

No obstante, dicha “idea” se encuentra modificada, en primera instancia, por el rico significado del vocablo “liberal”. En el *Diccionario de la lengua castellana* de la Real Academia Española, editado a principios del siglo XIX, se define el concepto del modo siguiente: “el que obra con liberalidad, ó la cosa hecha con ella”; luego, en una segunda acepción, sostiene: “expedito, pronto para executar qualquier cosa”; y por último aclara el vocablo ‘liberalidad’: “virtud moral que consiste en distribuir los

bienes graciosamente y solo por el motivo de la honestidad, y es el medio entre la prodigalidad y la avaricia” (Real Academia Española, 1803: 514).

Otro prestigioso repertorio de la época, el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes* de Esteban de Terreros y Pando, en líneas generales, afirma lo mismo, al expresar que “liberal” es el individuo “dádivoso”; pero, en la entrada siguiente, aclara que “se toma también por expedito” (Terreros y Pando, 1787, 2: 447).

El concepto, pues, en el discurso del Dr. Aguirre apela, inequívocamente, a estas dos vertientes; se trata, por un lado, de llevar a cabo una “idea” de proyecto de un modo amplio, honesto y desinteresado; es decir, en un justo término medio que abarca a todos los habitantes de lo que hasta entonces era el Virreinato del Río de la Plata; y por otro lado, este generoso plan debe ser ejecutado en forma rápida y eficiente, sin dilaciones.

Empero, las palabras “idea” y “liberal”, cargadas de múltiples significados pertenecientes a la lógica y al mundo moral, indudablemente, resultaron insuficientes cuando el Dr. Aguirre intentó llevar a la práctica su proyecto. Es por ello que, una vez delimitado el marco teórico y filosófico de su propuesta, debe recurrir a dos vocablos activos y dinámicos para ejemplificar sus convicciones en el mundo real; estos vocablos —“economía” y “fomento”— son los encargados de llevar la acción a lo largo del discurso.

A fines del siglo XVIII, el ya citado Terreros y Pando explica el término economía como el “arte de administrar bien [:] conducta y gobierno prudente (...) dicese, no solo á cerca de los bienes, sino de la razon, ciencia, &c. *Dios hizo con economía todas las cosas*” (Terreros y Pando, 1787, 2: 4-5). De este modo, la condición fundamental para que el generoso y expeditivo plan del Dr. Aguirre sea una realidad se sustenta, entonces, en un manejo dinámico de la Biblioteca Pública de Buenos Aires; una

política administrativa que contemplara a esa institución como el centro del cual, en el futuro, se irradiará la “ilustración pública”.

Sin embargo, esta primitiva *política de gestión* no debe ser pasiva ni tener como único objetivo la posibilidad de un prudente gobierno. No es suficiente, por consiguiente, la fuerza equilibrada de la palabra “administrar”; es por ello que el autor no vacila en utilizar —en lo sucesivo y ya redondeando el título de su trabajo— un verbo caro a la *ilustración*: “fomentar”. Una palabra, en definitiva, que le sirve para afirmar la dramática intensidad del desarrollo integral y coordinado de la Biblioteca con los medios de producción, por más artesanales que sean.

La edición de 1771 del famoso *Dictionnaire de Trévoux*, sostiene sobre ‘fomentar’: “término de Medicina. Aplicar una fomentación sobre una parte enferma”; luego, en la entrada correspondiente a ‘fomentación’, la define como “remedio líquido que se aplica sobre alguna parte enferma” (*Dictionnaire universel*, 1771, 4: 223). En cuanto al repertorio de Terreros y Pando, este autor agrega un matiz de interés, pues incorpora a la voz ‘fomentar’ las nociones de “acalorar, mantener, aumentar, llevar adelante” (Terreros y Pando, 1787, 2: 175). Finalmente, el *Diccionario de la Real Academia* precisa, entre otras cosas, que dicho término significa “excitar, promover, ó proteger alguna cosa” (Real Academia Española, 1803: 410).

Además, es interesante observar, aunque sea en forma colateral ya que escapa a la temática de esta investigación, el hecho de que acaso el vocablo “capital” (término que también se encuentra utilizado en el “Reglamento provisional” de la Biblioteca) constituya una referencia léxica de carácter centralista por parte de Buenos Aires en detrimento de la identidad de los “pueblos” —ciudades— del Interior, esto es, la presencia y el uso de un *centralismo lingüístico*.

En líneas generales, y a modo de conclusión provisional, es posible ensayar una explicación de las palabras que forman parte del título elegido por el Dr. Aguirre. Así pues, en esta primera aproximación a la *Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital*, podemos conjeturar, según los repertorios más importantes del siglo XVIII y comienzos del XIX, que el autor intenta presentar un plan para el desarrollo integral de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Pero dicha planificación consiste en un amplio y ambicioso proyecto, cuyo último fin es el bienestar cultural de todos los habitantes de “estas provincias”; un plan ideal pero expeditivo en su realidad y coherencia interna; un designio que va más allá de una simple y correcta administración de fondos bibliográficos y posibles presupuestos; en fin, una idea revolucionaria, pues concibe la Biblioteca como una entidad íntimamente vinculada con el pleno desarrollo económico y social de estas regiones.

VI.4.2 Análisis cuantitativo del discurso

Es interesante, además, observar la frecuencia de algunas palabras empleadas por el Dr. Aguirre en su discurso; vocablos, por otra parte, que caracterizan las particularidades filosóficas e ideológicas de la época. Indudablemente, y con la precaución que demanda el empleo de estos métodos, la *palabra-polo* (Goldman, 1988: 46) que aglutina la totalidad del pensamiento del autor de la *Idea liberal económica* es el término *Biblioteca*.

Alrededor de este término se estructuran, en una rica y vívida relación de cruzamientos múltiples, un conjunto de palabras que expresan el desarrollo conceptual y práctico de lo que se entendía en ese entonces por Biblioteca.

De este modo, los vocablos y su ocurrencia definen y condicionan a la palabra Biblioteca, tal como se desprende de la lista siguiente, en la cual se identifican términos y frecuencia de aparición:

Biblioteca / establecimiento = 28
fomento / fomentar = 7
libros/s = 19
impresión / reimpresión = 15
ilustración = 5
preservar = 12
corrupción (papel/libros) = 11
polilla/insectos = 20
papel/s = 51

Gracias a estos guarismos es posible observar que el discurso del Dr. Aguirre, en primera instancia, tal como se había esbozado, se centra en el análisis del desarrollo de la estructura bibliotecaria. Pero en un segundo momento, ya en forma más acusada, se aboca al problema de la conservación del papel. Nos hallamos ante las dos grandes vertientes temáticas de su exposición.

En este punto se plantea una pregunta de real significado: ¿cuál de esos dos temas privilegió el Dr. Aguirre? Sin lugar a dudas, el tópico principal fue la Biblioteca, pero su interés por la conservación de los impresos lo lleva, sin bien a no abandonar este asunto, a incursionar en el otro, aunque, inequívocamente, en estrecha relación con el primero. De ahí, en cierto punto, su confusión expositiva y la relativa falta de claridad del discurso en la transición del primer tema de su interés (la Biblioteca) al segundo (la preservación).

Esta confusión es más aparente que real. Según el pensamiento del autor, el *trayecto temático* que ejemplifica el itinerario de la palabra Biblioteca, transcurre, a lo largo de la exposición, por las distintas etapas de lo que él entiende por desarrollo bibliotecario.

Luego de aclarar esta situación, se centra en la imperiosa necesidad de la preservación de los materiales bibliográficos.

Las actuales investigaciones referidas a los discursos políticos durante la Revolución de Mayo, plantean la posibilidad de un entendimiento más rico y profundo de la *Idea liberal económica*; análisis, por otra parte, que excede las posibilidades del presente estudio.

Sin embargo, es en dicho tópico donde los futuros aportes serán más necesarios. Es así como el estudio del discurso de Mariano Moreno, Juan José Castelli y Bernardo Monteagudo, entre otros, en relación con el empleo de ciertas palabras, tales como *patria* y *pueblo/s*, puede compararse con el uso de esos términos (u otros afines) en el caso del Dr. Aguirre. Así se podrá determinar en el texto de este último, aunque aún en el ámbito de posibles conjeturas, la red semántica de oposiciones entre los diversos vocablos y las relaciones de estos en distintas circunstancias del texto (atributos, equivalencias, vínculos, asociaciones, jerarquías, etc.) (Goldman, 1988 y 1992).

Entretanto, es importante observar el llamado que hace la Primera Junta en la *Gaceta de Buenos Aires*, el 13 de septiembre de 1810, en el conocido artículo —atribuido a Moreno— titulado *Educación*. Allí, el secretario de la Junta, solicita el auxilio de los “hombres sabios y patriotas” para llevar a cabo la fundación de la Biblioteca (Goldman, 1988: 140; Junta de Historia, 1910: 384). Y en este contexto, probablemente, la *Idea liberal económica* del Dr. Aguirre posee otra lectura, pues el proyecto para *fomentar la Biblioteca* no sería otra cosa que la respuesta que demandaba Moreno de parte de los hombres “ilustrados”; esto es, el compromiso de los más instruidos con la suerte de la Revolución.

La creación de la Biblioteca Pública por la Primera Junta revolucionaria constituye un acto de *política cultural*. Lo novedoso no es su inauguración, pues la idea de esta entidad pública ya estaba en la sociedad porteña desde mucho tiempo atrás; *lo realmente novedoso es el uso político que se hace de este establecimiento cultural para afirmar los principios de la Revolución.*

Desde esta óptica, el discurso del Dr. Aguirre es coherente con la idea coordinada e integral que él posee de aquello que debe ser una Biblioteca: un lugar revolucionario en cuanto a su capacidad para instruir a los ciudadanos.

En un futuro, no obstante, el presente análisis cuantitativo deberá completarse con una interpretación cualitativa de los discursos existentes entre el poder político y la sociedad civil, entre la construcción de consenso y el disciplinamiento de la opinión pública, entre la ciudadanía y su participación política (Goldman y Souto, 1997; Goldman, 1998; Sabato y Lettieri, 2003; Chiaramonte, 2004 y 2007; Ternavasio, 2004 y 2007) y, fundamentalmente, con el análisis y la identificación conceptual de los términos del lenguaje político y social en Iberoamérica (Fernández Sebastián, 2007). Estos enfoques, necesariamente, se abordarán con los nuevos aportes teóricos de la Bibliotecología moderna (Thompson, 1977; Urquhart, 1981; Molina Campos, 1995; Rendón Rojas, 1997; Budd, 2001).

VI.5 LIBROS Y LECTURAS

El estudio de los autores citados por el Dr. Aguirre para fundamentar el aparato erudito de la exposición, corresponde, inequívocamente, tal como se ha mencionado, a los lineamientos generales de la estética de la Ilustración. La literatura y la estructura

de sus referencias se orientan hacia el pensamiento del siglo XVIII, con características tales como el enciclopedismo, el cosmopolitismo y la intencionalidad didáctica.

Sus lecturas, dentro de este marco, abarcan varias tendencias bibliográficas que son, a grandes rasgos, las siguientes: neoclásicas, técnicas o profesionales, de cultura general o paraprofesionales, y propias de la Ilustración.

De los 30 autores citados en su trabajo, nada menos que 11 (casi el 37%) corresponden a personajes o divinidades de la cultura latina, tales como Horacio, Virgilio, Octavio, Ovidio, Salustio, Cicerón, Plinio el Viejo ¹, Columela, Apolo, Ceres y Minerva; afirmándose, de este modo, la influencia del neoclasicismo en las lecturas del Dr. Aguirre.

En segundo término se destacan, en un pie de igualdad con el tópico precedente, un conjunto de autores y editores provenientes del área técnica o profesional, divididos en dos grupos distintos. Los relacionados con la conservación del papel, tales como Christoph Ernst Prediger (1701-1768) ², Lemonte (probablemente se refiera a Mr. Le Moine)³ y Decandez (al parecer se trata de Augustin Pyrame de Candolle, 1778-1841)⁴; a estos últimos debe agregarse un nombre no identificado: Mr. Reybellon. Y aquellos autores, finalmente, vinculados con la imprenta o que hacen referencia a ella: el geógrafo Edme. Mentelle ⁵ (1730-1815), John Baskerville (1706-1775), Benito Monfort y Besades (1715-1785), Joaquín Ibarra y Marín (1725-1785), etc., sumando ambos grupos 10 menciones (el 33,3%).

A continuación, se encuentra un grupo de escritores (en los que se incluye un traductor y un rey azteca) que forman parte de un saber enciclopédico o de cultura general, tales como el Infante Don Gabriel (traductor de Salustio), Moctezuma II (1466?-1520), el naturalista y erudito español José de Acosta (1540-1600), los

historiadores Blas Valera (1551-1597) (Cabral, 1913: 56-59; Valera, 1945; Porras Barrenechea, 1963: 127-28) y El Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), y Miguel de Cervantes y Saavedra (1547-1616), citado indirectamente por *El Quijote*, totalizando, en su conjunto, 6 menciones (el 20%).

En último término, tres autores (10%) vinculados con la Ilustración: Andrew Kippis⁶ (1725-1795), el polémico polígrafo y biógrafo del capitán Cook; José Gálvez (1729-1786), el político español que dio nueva forma al comercio con las colonias españolas; y Bernardo Ward (fl. XVIII), autor del famoso *Proyecto económico en que se proponen varias providencias, dirigidas a promover los intereses de España, con los medios y fondos necesarios para su plantificación* (1779), libro en el cual se plantea el aspecto positivo de la introducción de productos extranjeros en América. (Es importante señalar, además, que el título de la obra de Ward —autor aparentemente leído por el Dr. Aguirre— despierta ciertos ecos y correspondencias con la *Idea liberal económica sobre el fomento de la Biblioteca de esta capital*).

Otro aspecto de real interés en las lecturas del Dr. Aguirre, es la presencia de su vocación cosmopolita pautada, en líneas generales, por un franco optimismo. En cierto modo, el autor es un ciudadano del mundo. Es por ello que cita una gran cantidad de países, ciudades y lugares geográficos. Las menciones son abrumadoras para la extensión del trabajo. Esta inclinación por la topografía mundial, contando los nombres repetidos, suma en total 62 citas, tanto de sitios antiguos como modernos (incluye una importante lista de localidades americanas).

Una mención aparte merece su refinado gusto por los libros bellamente impresos, pues además de haber sido un consumado lector cuyas inclinaciones estéticas abarcaban una variada amplitud de materias, fue también un hombre con tendencias

bibliófilas. Estas inclinaciones se manifiestan cuando menciona las notables impresiones de Baskerville, Monfort, Ibarra y los elzevirianos.

Era un hombre, entonces, cuya relación con la lectura implicaba, entre otras cosas, un conjunto de prácticas y usos característicos de la modernidad. Esta afición por las obras bien impresas, tanto en forma como en contenido, demuestra su refinamiento estético en dicha materia; estética, por otra parte, que fue compartida, ya en esos tiempos, por otro ilustre hombre culto íntimamente vinculado a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, el presbítero Luis José Chorroarín, quien poseía entre los libros que donara a esta nada menos que el famoso *Manuel du libraire et de l'amateur de livres* de Jacques Charles Brunet (Parada, 1998a, 1: 360).

Nada escapa a la mirada erudita y enciclopédica del culto jurista cordobés. Sus lecturas ponen en evidencia una amplia gama de intereses y hábitos lectores, tales como la Historia Antigua y Moderna, la fabricación del papel, la historia de la escritura y del libro, el estudio de la cultura latina, el detalle curioso y didáctico por la geografía, el interés por la imprenta y los bellos libros, etc.

Sin embargo, este bagaje de obras y lecturas orientadas hacia bibliografías fragmentarias y de difícil identificación, posee una fuente común, un sendero principal del cual se bifurcan otros, tanto o más complejos: el amor por el libro y la fe didáctica en la Biblioteca ⁷.

VI.6 OTROS ANTECEDENTES SOBRE LA FABRICACIÓN DEL PAPEL Y EL PROBLEMA DE LA CONSERVACIÓN DE LOS LIBROS

Resulta curioso, o al menos de interés, observar la frecuencia de aparición de algunos temas bibliotecarios durante el siglo XIX y que hoy poseen una significativa

actualidad; tópicos, por otra parte, que presentan ciertas características relevantes. Algunos de ellos, tales como la fabricación del papel y la conservación de los libros, fueron estudiados por primera vez en la Argentina, por el Dr. Aguirre. Y debido a su mención en distintos impresos de ese siglo permiten conjeturar la presencia de una *tendencia bibliotecaria* desconocida hasta la fecha, si bien modesta y elemental.

El Dr. Aguirre fue el primero en plantear en 1812, muy anticipadamente, el problema de la fabricación del papel y su conservación en las bibliotecas. Pero esta inquietud no se presentó como un acontecimiento aislado; por el contrario, durante varias décadas fue un tema recurrente en la prensa periódica porteña, aunque con intereses disímiles y diversos.

La primera referencia detectada, en cuanto a la elaboración papelera, es un aviso que se publicó en *La Gaceta Mercantil* del sábado 19 de mayo de 1827, quince años después del artículo del Dr. Aguirre. En esa ocasión, el comerciante de origen francés Eduardo Loreilhe (o Loreille) (Cutolo, 1968, 4: 272), cuya casa de comercio —situada en la calle Florida No. 28 y 30— estaba en sociedad con Washington de Mandeville, ofreció en venta “una máquina para hacer papel y cartón”. (Apéndice B).

En el anuncio se puntualizaba que la máquina poseía todos “útiles necesarios” para su correcto funcionamiento y lo más interesante, además, era que el Sr. Loreille ofrecía, al futuro comprador, un oficial entrenado en su funcionamiento (Parada, 1998b: 43).

Se trata de un aviso muy sugestivo. En 1827, cuando la totalidad del papel era importado de Europa o Estados Unidos, debido a la ausencia de fábricas en estas orillas, ya existía, aunque al parecer muy precariamente, una “máquina” que fabricaba papel y cartón. Y el anuncio, en este punto, es elocuente: la máquina no sólo funcionaba, lo que implicaba que ya había producido papel, sino que, además, existía

un operario especializado en su uso, lo que significaba, sin duda, que había un conocimiento idóneo del oficio.

Otra importante referencia relacionada con la elaboración de papel, apareció publicada en *El Recopilador* del año 1836. Este periódico, dirigido por César Hipólito Bacle e ilustrado con numerosas láminas, era continuación del primer periódico con litografías editado en Buenos Aires: *El Museo Americano o el Libro de Todo el Mundo*, también fundado por Bacle (González Garaño, 1933; Trostiné, 1953).

En el número 11 de *El Recopilador* de 1836, se publicó un artículo breve, titulado *Fabricación del papel*. Y en esa instancia, nuevamente, se repetían las etapas de su elaboración, tal como lo había hecho el Dr. Aguirre en 1812, aunque ahora con un lenguaje más directo y sencillo.

Así pues, apenas un cuarto de siglo después, la intencionalidad seguía siendo la misma: transmitir, en forma didáctica y utilitaria, los procedimientos para la fabricación del papel. Aunque el artículo era muy modesto —acaso su finalidad última fuera brindar un conocimiento formal y elemental— su presencia señalaba, en esta segunda ocasión, aquello que también había sostenido el Dr. Aguirre: la urgente necesidad de impulsar la fabricación del papel en el antiguo Virreinato del Río de la Plata.

Pero el principal interés que el Dr. Aguirre manifestaba en su artículo era el problema de la conservación de los libros. Para él, dos agentes ocasionaban el deterioro de los materiales bibliográficos: la humedad (tópico que cita pero que no desarrolla) y, fundamentalmente, la acción de los insectos (polillas). Estos dos tópicos, al igual que la fabricación del papel, tuvieron varios antecedentes en nuestro país durante el siglo XIX; antecedentes, por otra parte, que subrayan la necesidad de estudiar el origen y la evolución del discurso bibliotecológico de la época.

El Dr. Aguirre se anticipó a muchos de los inconvenientes que debió afrontar la Biblioteca Pública de Buenos Aires; limitaciones, sin duda alguna, que pudieron evitarse si se hubiera ejecutado su plan.

Un ejemplo de ello es la carta inédita que remitió el 13 de febrero de 1841 quien era a la sazón el Director de dicho establecimiento, D. Felipe Elortondo y Palacio (Apéndice C). La esquila, dirigida en forma dramática al “Señor Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno”, resumía el grado de deterioro y abandono en el que había caído la Biblioteca. En ella, preocupado por el deterioro de los libros, inequívocamente, afirmaba:

Su estado [el de la Biblioteca] cada día es más aventajado á una completa ruina en la mayor parte de sus habitaciones. Especialmente en los días lluviosos sufren notablemente los libros, porque siendo muchas las goteras, no hay el arbitrio de trasladarlos de un punto a otro.

Elortondo y Palacio, en última instancia, sostenía la necesidad de una solución “urgentísima” a esa compleja situación, pues ya era la tercera vez que recurría a las autoridades sin recibir respuesta satisfactoria alguna. Ignoramos si en esta oportunidad sus requerimientos fueron escuchados.

A continuación, dentro de este conjunto de documentos que revelan la existencia de una modesta tendencia relacionada con la fabricación del papel y la conservación de los libros, es oportuno citar, al sintetizar dicha tendencia, una importante monografía de Bartolomé Mitre. Se trata del artículo *Los bibliófagos* (Mitre, 1881).

En este trabajo Bartolomé Mitre se ocupa “del mundo tenebroso de la polilla” y de otros insectos, en cuanto a su perjudicial incidencia en las bibliotecas. Luego de mencionar a varias autoridades en este tema (Réaumur, Vanquelin, D’Alambert, Nodier, Ruoveyre, Humboldt, Westwood, Berg, Burmeister, etc.), y de describir con su debida taxonomía científica a varias especies del Río de la Plata, reflexiona sobre

los métodos más eficaces para combatir esta plaga, algunos de ellos similares a los esbozados por el Dr. Aguirre.

No sabemos fehacientemente si Bartolomé Mitre conocía el escrito del Dr. Aguirre, pero ante este dilema una respuesta positiva no estaría fuera de la realidad, pues fue un amante de los libros y consumado bibliógrafo; además, entre el notable acervo de diarios argentinos que poseía en su nutrida biblioteca, figuraba la colección de *El Grito del Sud* (Museo Mitre, 1907: 471, sig. 21.4.7).

Luego de mencionar estos tempranos ejemplos sobre el mundo del libro y las bibliotecas en la Argentina, cuando el panorama bibliográfico se caracterizaba por su pobreza, resulta de importancia resaltar dos aspectos relevantes del escrito del Dr. Aguirre, ya que es necesario esperar a las contribuciones de Domingo Faustino Sarmiento y Vicente G. Quesada para poseer referencias, de esa envergadura, relacionadas con la literatura bibliotecológica.

En primer término, no obstante la escasez de escritos similares, el artículo del Dr. Aguirre inauguró una *orientación bibliotecaria* sobre la elaboración del papel y la preservación de los impresos —aunque menor y humilde— que se extendería por varias décadas hasta culminar en la contribución de Mitre; y en segunda instancia, es significativo observar que el trabajo titulado *Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital* del Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda, que fuera publicado en el año 1812⁸ en el periódico porteño *El Grito del Sud*, constituye, hasta la fecha, el primer antecedente de literatura bibliotecológica en la Argentina, en cuanto a texto concebido como estructura independiente para abordar discursivamente los problemas bibliotecarios.

Escrito a pocos meses de la inauguración de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, no solo es una temprana contribución a esa disciplina sino que, ante todo, resulta un proyecto de *desarrollo integral y coordinado del libro y la biblioteca*, similar, en este sentido y salvando las distancias, a lo que hoy se denomina *planificación bibliotecaria*.

Su mayor curiosidad reside, acaso, en su carácter de creación inesperada, aislada y extemporánea; un aporte original que, al parecer, carece de un horizonte similar tanto en el pasado como en el futuro inmediato, aunque se trate de un texto con varias voces intertextuales y con constantes referencias a “otras” lecturas.

No obstante, dicho aislamiento se refiere a nuestra literatura bibliotecológica de la primera mitad del siglo XIX, ya que su estructura y su ámbito discursivo, señalan, inequívocamente, la apropiación de las ideas filosóficas y económicas de la Ilustración. Por otra parte, su configuración comparte varios elementos de la concepción estética neoclásica; de allí la constante referencia a la cultura latina.

Las ideas bibliotecarias del Dr. Aguirre se encuentran íntimamente vinculadas con el pensamiento político de la Revolución de Mayo. Muchos de los elementos que caracterizan a este momento social del Río de la Plata se hallan en el texto de la *Idea liberal económica*. En líneas generales, es posible identificar algunos de estos aspectos.

El proceso revolucionario había heredado de la época colonial una compleja tensión de identidades grupales disímiles. Esta situación fue propicia para la existencia de múltiples soberanías, representadas por las distintas ciudades (“pueblos”) y sus regiones de influencia (las futuras provincias) en disputa con el poder centralista de Buenos Aires que preconizaba una única soberanía. Por lo tanto, los discursos políticos de la época reflejan, a través de una terminología cambiante, la ambigüedad de este proceso. Vocablos como “pueblos”, “provincias”, “capital”, “patria”,

etcétera, manifiestan un momento donde las definiciones político-sociales se identifican por su provisionalidad.

En este campo, el discurso lingüístico del Dr. Aguirre no es una excepción. Su terminología, al igual que la que se empleaba en los impresos gubernamentales, tanto internos como oficiales, o la que reproducía la prensa periódica de ese período, posee prácticamente la misma intencionalidad de apropiación y uso.

Otro elemento significativo, común en una gran cantidad de textos de los primeros años de la Revolución e inequívocamente presente en la *Idea liberal económica*, lo constituye una especie de identidad política con variadas referencias al ámbito español-americano (Chiaramonte, 2007: 122). En el caso del Dr. Aguirre, esta presencia lingüística se hace patente en su amplia concepción “americana” de la Biblioteca Pública, cuya profusa mención es sugestiva.

A todo esto debe agregarse un concepto clave para muchos líderes de la Revolución de Mayo: la imperiosa necesidad del derecho de todo ciudadano para acceder al conocimiento. Esta idea se torna casi obsesiva en el Dr. Aguirre cuando sostiene, en reiteradas ocasiones, la impostergable necesidad de *fomentar la instrucción*.

Nos hallamos, pues, ante un proceso de amplia laicización de las representaciones y las prácticas de la civilización escrita e impresa. Estas se plasmaron, especialmente, en la materialidad de un conjunto de productos culturales, entre ellos, las “textualidades discursivas” que posibilitaron la creación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Sin embargo, el punto clave se centra en el tratamiento político del discurso del Dr. Aguirre. Este tópico es el que vincula y enlaza, en diversos grados de identidad, a su contribución con el pensamiento revolucionario de Mayo. Es en esta esfera entonces donde se observa la imbricación y la dinámica convivencia entre la creación de la Biblioteca Pública y el pensamiento bibliotecario de la época.

El texto no se agota en estas primeras aproximaciones. La Biblioteca para el Dr. Aguirre es, además, una institución gregaria y paradigmática, pues en ella conviven, en una rica y compleja dinámica, aspectos ideales, filosóficos, pragmáticos y utilitarios, técnicos, morales y religiosos. Empero, en última instancia, esta entidad requiere un importante desarrollo económico e industrial para cumplir con sus designios filantrópicos.

Asimismo, el texto del Dr. Aguirre constituye un primer antecedente de la importante difusión que, en el futuro, alentaría la enseñanza estatal a lo largo del siglo XIX. El discurso bibliotecario de esa centuria se caracterizó, tal como ya se encuentra modestamente prefigurado en las palabras del jurista cordobés, por la unión estrecha y solidaria entre biblioteca pública e instrucción pública (Chartier-Hébrard, 1994: 113).

Es necesario señalar, al mismo tiempo, para no caer en una excesiva valoración del trabajo del Dr. Aguirre, que este es un aporte con varias aristas modestas y limitadas, sin restarle por ello su notable trascendencia. Por momentos, por ejemplo, la exposición es confusa y desordenada; la riqueza de ideas, en ocasiones, se torna contradictoria (tal el caso de la concepción —en forma simultánea— de la biblioteca desde una mirada idealista y utilitaria); y la tendencia a la estética del neoclasicismo, en varios tramos del texto, conduce al autor al empleo de figuras retóricas que desdibujan sus pensamientos. Su interés por exponer los problemas que hacen a la conservación del papel y de los materiales bibliográficos, divide el artículo en dos partes independientes y casi inconexas: el “fomento” de las bibliotecas gracias al desarrollo de la industria del libro (los párrafos más importantes), y las técnicas y procedimientos para fabricar el papel y asegurar su conservación.

A pesar de estas limitaciones, más de forma que de contenido, el artículo inaugura, sin duda alguna, nuestra literatura bibliotecológica conjuntamente con la Revolución de Mayo. Asimismo, aunque con una intensidad aún débil y dispersa, también esboza el inicio de una constante bibliotecaria alrededor de la elaboración del papel y la conservación de los libros durante el siglo XIX; tema que en la actualidad goza de plena vigencia y que constituye un tópico de primera línea en la Bibliotecología. En ese sentido el discurso del Dr. Aguirre posee algunos elementos característicos de la modernidad.

Es necesario recordar que la Biblioteca Pública de Buenos Aires debió su inauguración al legado decidido y desinteresado, tanto pecuniario como de libros, de los habitantes, en su mayor parte, de la capital (existieron además fundamentales aportes desde Córdoba y otros lugares del antiguo Virreinato). En ese entonces existía un amplio consenso sobre la urgencia impostergable de dicha institución. El texto del Dr. Aguirre, al leerlo hoy, transmite ese anhelo político de la Biblioteca como entidad eminentemente cultural y social. Sin embargo, cuando la Biblioteca dejó de ser una prioridad ciudadana y comunitaria; cuando el gobierno, debido a otras emergencias mayores, no pudo destinarle recursos, el establecimiento, inevitablemente, decayó.

Lo sugestivo del artículo radica, sin duda, en la capacidad de transmitir el impulso civilizador y de libre circulación del universo impreso que significó la inauguración de esa entidad en ese entonces, ya que la Biblioteca Pública, tal como lo expresó Jesse H. Shera, “debió su nacimiento a los deseos, a las necesidades y a las experiencias de la gente” (Shera, 1965: 247).

De este modo, aun con su modestia y sus vacilaciones, nos hallamos ante un documento inaugural de la Bibliotecología Argentina, ante un texto precursor de

nuestra historia de las bibliotecas, ante un artículo ineludible para comprender los inicios de nuestro pensamiento bibliotecario.

Notas

¹En más de una ocasión el Dr. Aguirre consultó la Historia natural de Plinio para la redacción de su trabajo. No solo lo hizo cuando describió los distintos materiales de escritura, sino que también menciona al autor latino, como fuente de primera mano en la fabricación del papiro, al afirmar: "Plinio describe circunstanciadamente las diferentes qualidades[,] formas y metodo del papel, el modo de prepararlo y colarlo, las distintas materias de que se hacia, y las alteraciones que ha padecido un articulo tan necesario" [§11].(cfr. Pline L'Ancien. 1956. Histoire naturelle; texte établi, traduit et commenté par A. Ernout. Paris: Les Belles Lettres. Livre XIII, § xxi-xxvi, p. 40-45).

No obstante, la constante presencia del naturalista romano en la exposición del Dr. Aguirre aún nos depara otra sorpresa. Al comentar el jurista cordobés la facultad preservativa de las hojas de los cítricos, menciona al autor Decandez (probablemente Candolle) como la fuente bibliográfica de la información. Dicho autor, inequívocamente, se basó también en un pasaje de Plinio, que sostiene en su Historia natural: "Et libros citratos fuisse; propterea arbitrarier tineas non tetigisse" [Los libros envueltos en las hojas de los cítricos no son atacados por las polillas] (Ibidem, Livre XIII, §xxvii(13), p. 46)

²El título de la obra de Christoph Ernst Prediger (citado en dos ocasiones por el Dr. Aguirre como Mr. Perdiger [§ 13 y 14]), es el siguiente: Der in aller heut zu Tag üblichen Arbeit wohl anweisende accurate Buchbinder und Futteralmacher... Anspach: Poschische Hofbuchhandlung, 1751-1772, 4 vol. Se trata de la obra más importante en lengua alemana sobre "encuadernación y forros (o cubiertas) de libros" del siglo XVIII, editada en varias oportunidades. Fue una obra cuyo prestigio se extendió hasta comienzos del siglo XX, pues aparece en la bibliografía consultada por C. Houlbert en Les insectes ennemis des livres: leurs moeurs – moyens de les détruire (Paris: Alphonse Picard, 1903, Index bibliographique, p. xxvii, 1); este último libro figura, además, entre las obras que fueran del general Bartolomé Mitre (Museo Mitre. 1907. Catálogo de la Biblioteca. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. p. 265, Sig. actual: 13.4.13). Por otra parte, en Alemania (1976 y 1978) se han realizado ediciones, estudios o antologías de este importante libro de Prediger.

³Es muy probable que la mención a Mr. Lemonte [§ 15] se refiera (pues los errores de grafía son frecuentes en el artículo del Dr. Aguirre) a Mr. Le Moine, autor de un trabajo titulado Sécrot pour preserver les livres, les parchemins, les papiers de la moisissure, des mites & des vers. (cfr. *Gazette Salulaire*. Bouillon, 1766, No. 8)

⁴ Posiblemente, el apellido Decandez (§ 13) se refiera al botánico Augustin Pyrame de Candolle, quien a comienzos del siglo XIX editó una importante obra: *Plantarum succulentarum historia ou Histoire des plantes grasses* (Paris: Garnery, 1799-1803, 4 vol.).

⁵ El Dr. Aguirre, al parecer, se refiere a la obra de Edme Mentelle titulada *Nouveau voyage en Espagne* (¿Paris?, 1787, 3 vol.). Dicho autor alcanzó una significativa divulgación durante el siglo XVIII, tanto en Europa como en América; su libro más importante (acaso también consultado por el Dr. Aguirre) fue la *Géographie comparée, ou analyse de la géographie ancienne et moderne des peuples de tous les pays et de tous les âges* (Paris, 1778-1884, 7 vol.; vols. 6 y 7: *Espagne ancienne y Espagne moderne*). No es de extrañar el conocimiento de los libros de Mentelle por el Dr. Aguirre en el Río de la Plata. Francisco José de Caldas, en el Virreinato de la Nueva Granada, lo había consultado con cierta frecuencia e influyó en su formación como científico y naturalista; situación que demuestra la difusión de los trabajos del geógrafo francés en los ámbitos científicos de la América española. (cfr. Caldas, Francisco José. 1992. *Un peregrino de las ciencias*. Edición, introducción y notas de Jeanne Chenu. Madrid: Historia 16. p. 97).

⁶ La obra de Kippis que alcanzó mayor divulgación en América fue: *Historia de la vida y viajes del Capitán Jaime Cook*. Traducida por Cesáreo de Nava Palacio. Madrid: Imprenta Real, 1795, 2 vol.

⁷ Es posible —aunque no es seguro— que el Dr. Aguirre haya leído otras fuentes de amplia difusión en ese entonces en el Río de la Plata. Es así como para la invención del papel, el estudio de los soportes de la escritura y el deterioro de los libros por los insectos, al parecer, pudo haber consultado dos obras de gran divulgación: el *Espectáculo de la naturaleza, o conversaciones acerca de las particularidades de la historia natural*, de Noël Antoine Pluche (4a. ed. Madrid: Imprenta Real, 1785, Tomo 13, p. 181-196; *Ibidem*, Tomo 1, p. 60-62) y el *Teatro crítico universal, o Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*, de Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (Nueva impr. Madrid: Imprenta de Blas Román, 1778, Tomo 4, Discurso 12, XX, 54, p. 333-334; *Ibidem*, Suplemento de el [sic] *Theatro crítico o adiciones y correcciones*. Madrid: Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro, 1746, Tomo 9, p. 93-95).

Otra obra cuya posible incidencia debe tenerse en cuenta, si bien antigua y con mayor improbabilidad en cuanto a su consulta por Aguirre, es la famosa *Plaza universal de todas ciencias y artes*, del polígrafo español Cristóbal Suárez de Figueroa (cfr. Madrid, 1733, Discurso IX, p. 582-586 y p. 591-592).

A todo esto deben agregarse los estudios realizados por el gran entomólogo francés René Antoine Ferchault de Réaumur (1683-1757), en cuya obra capital *Mémoires pour servir á l'histoire des insectes* (Paris: Imprimerie Royale, 1734-1742), fue el primero en tratar los métodos para combatir la destrucción de los libros por las polillas; métodos, por otra parte, que recogieron todos los autores que consultó el Dr. Aguirre.

⁸ Es oportuno señalar que el tema sobre el deterioro de los libros debido a la acción de los insectos, alcanzó cierta difusión popular cuando la revista *PBT* publicó en 1910 un artículo —profusamente ilustrado— titulado “Los insectos que comen los libros”. (*PBT*, Año 7, no. 311, 12 de noviembre de 1910).

Referencias bibliográficas

- Abad de Santillán, Diego. 1956-64. Gran enciclopedia argentina. Buenos Aires: Ediar. 8 v.
- Academia Nacional de la Historia. 1961. *El Grito del Sud (1812)*; reproducción facsimilar publicada con el auspicio y fondos de la Comisión Nacional Ejecutiva del 150° aniversario de la Revolución de Mayo. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia. 272 p. (Periódicos de la Época de la Revolución de Mayo; 2).
- Aguilar, Cristóbal de. 1989. Obras: teatro, diálogos, poesías. Estudio preliminar Antonio E. Serrano Redonnet y Daisy Rípodas Ardanaz. Madrid: Atlas. Vol. 1, p. XVII. (Biblioteca de Autores Españoles). El título de la poesía dedicada a Aguirre es "Elogio al infatigable celo de don Juan Luis de Aguirre, en la obra del estanque o Paseo de la alameda de esta ciudad".
- Aguirre y Tejeda, Juan Luis de. 1812. "Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital". Este artículo se publicó en *El Grito del Sud*, en las entregas siguientes: No. 7, martes 25 de agosto de 1812, p. 54-56; No. 8, martes 1° de septiembre de 1812, p. 57-61; No. 9, martes 8 de septiembre de 1812, p. 65-68; y No. 10, martes 15 de septiembre de 1812, p. 73-76.
- Budd, John M. 2001. *Knowledge and Knowing in Library and Information Science: A Philosophical Framework*. Lanham, Md.: Scarecrow Press. 361 p.
- Cabral, Jorge. 1913. *Los cronistas é historiadores de Indias*. Buenos Aires: F. Álvarez. 370 p.
- Canter, Juan. 1941. Las sociedades secretas y literarias. En Academia Nacional de la Historia. *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862): La revolución de Mayo hasta la Asamblea General Constituyente*. Buenos Aires: Academia. Vol. V, Primera secc. p. 189-305.
- Catálogo de la librería jesuítica. 1943. Introducción de Juan B. Echenique. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Biblioteca Mayor. 311 p.
- Chartier, Anne-Marie y Jean Hébrard. 1994. Discursos de los bibliotecarios. En su *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa. 583 p.
- Chiaramonte, José Carlos. 2004. *Nación y Estado en Iberoamérica: el lenguaje político en los tiempos de las independencias*. Buenos Aires: Sudamericana. 218 p. (Sudamericana pensamiento).
- Chiaramonte, José Carlos. 2007 [1997]. *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Emecé. 261 p. + 1 CD. (Biblioteca del pensamiento argentino; 1).

- Cutolo, Vicente Osvaldo. 1968. Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930). Buenos Aires: Elche, y otros. 7 v.
- Dictionnaire universel françois et latin, vulgairement appelé Dictionnaire de Trévoux. 1771. Nouv. ed. Paris: Compagnie des Libraires Associés. 8 v.
- El Grito del Sud*, No. 1, 14 de julio de 1812 – No. 30, 2 de febrero de 1813, Tomo 1, 220 p. Buenos Aires: Imprenta de Niños Expósitos.
- Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers. 1751-1780. Paris: Chez Briasson, Pavia, Lebreton, Durand. 35 v.
- Fernández Sebastián, Javier. [2007]. El mundo atlántico como laboratorio conceptual (1750-1850): bases para un *Diccionario histórico del lenguaje político y social en Iberoamérica*. <<http://foroiberoideas.cervantesvirtual.com/new/data/55.doc>> [Consulta: 15 marzo 2007].
- Gandía, Enrique de. 1961. Introducción. En Academia Nacional de la Historia. *El Grito del Sud*. Buenos Aires: Academia. p. 9-44. (Periódicos de la época de la Revolución de Mayo; 2).
- Goldman, Noemí. 1988. El discurso como objeto de la historia. El discurso político de Mariano Moreno. Buenos Aires: Hachette. 313 p.
- Goldman, Noemí. 1992. Historia y lenguaje: los discursos de la Revolución de Mayo. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 168 p.
- Goldman, Noemí, dir. 1998. Revolución, República, Confederación (1806-1852). Buenos Aires: Sudamericana. 445 p. (Nueva Historia Argentina; 3).
- Goldman, Noemí y N. Souto. 1997. De los usos a los conceptos de 'nación' y la formación del espacio político en el Río de la Plata (1810-1827). En *Secuencia*. N. Ép. no. 37, 35-56.
- González Garaño, Alejo B. 1933. César Hipólito Bacle: litógrafo del Estado: Buenos Aires, 1828-1838. Buenos Aires: Amigos del Arte. 64 p.
- Halperin Donghi, Tulio. 1961a. Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo. Buenos Aires: Eudeba. 226 p. (Biblioteca de América).
- Index librorum Bibliothecae Collegii Maximi Cordubensis Societatis Jesu: Anno 1757. Edición crítica, filológica y bibliográfica. 2005. Estudio crítico: Alfredo Fraschini. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. 782 p.
- Inventario de documentos publicados en *El Grito del Sud* (...). En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. *Suplemento* al T. V, no. 29, jul.-sept. 1926, (no. 1) — *Suplemento* al T. V, no. 30, oct.-dic. 1926, (no. 2), p. 33-53.
- Junta de Historia y Numismática Americana. 1910. *Gaceta de Buenos Aires (1810-1821)*; reimpresión facsimilar. Buenos Aires: Junta.

- Legón, Faustino J. 1920. *Doctrina y ejercicio del Patronato Nacional*. Buenos Aires. 628 p.
- Luque Colombres, Carlos A. 1943. *Abogados en Córdoba del Tucumán*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. 56 p.
- Mitre, Bartolomé. 1881. *Los bibliófagos* (Extracto de una bibliografía americana). Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo. 22 p. [Separata]. (Se publicó originariamente en: *Nueva revista de Buenos Aires*, T. 1, no. 4, julio 1881, p. 533-552).
- Molina Campos, Enrique. 1995. *Teoría de la Biblioteconomía*. Ed. póstuma a cargo de Rafael Olivares. Granada: Universidad de Granada. 282 p. (Monografía. *Biblioteconomía y Documentación*; 203).
- Museo Mitre. 1907. *Catálogo de la Biblioteca*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. 704 p.
- Parada, Alejandro E. 1998a. *Lectura y lectores durante la primera década independiente (1810-1820)*. En *Los días de Mayo*. Coord. Alberto David Leiva. San Isidro, Provincia de Buenos Aires: Academia de Ciencias y Artes de San Isidro. Vol. 1, 347-363.
- Parada, Alejandro E. 1998b. *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas. 174 p. (*Cuadernos de Bibliotecología*; 17).
- Peña, David. 1916. *Historia de las leyes de la Nación Argentina: digesto anotado y concordado en orden cronológico, alfabético y por materias de 1810 a 1916*. Buenos Aires: Ateneo Nacional. 2 v. [Especialmente: p. 280, nota 1].
- Peña, Enrique A. 1935. *Estudio de los periódicos y revistas existentes en la "Biblioteca Enrique Peña"*. Buenos Aires: Imprenta Amorrortu. 624 p.
- Piccirilli, Ricardo; Francisco L. Romay y Leoncio Gianello. 1953-1954. *Diccionario histórico argentino*. Buenos Aires: Ediciones Históricas Argentinas. 6 v.
- Porras Barrenechea, Raúl. 1963. *Fuentes históricas peruanas*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea. 601 p.
- Real Academia Española. 1803. *Diccionario de la lengua castellana, compuesto por la Real Academia Española: reducido a un tomo para su más fácil uso*. 4a. ed. Madrid: Viuda de Don Joaquín Ibarra. 929 p.
- Rendón Rojas, Miguel Ángel. 1997. *Bases teóricas y filosóficas de la Bibliotecología*. México: Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. 132 p. (Monografías; 24).

- Sabato, Hilda y Alberto Lettieri, comps. 2003. *La vida política en la Argentina del siglo XIX: armas, votos y voces*. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 335 p. (Obras de Historia).
- Shera, Jesse H. 1965. *Foundations of the Public Library: the Origins of Public Library Movement in New England, 1629-1855*. Chicago: The Shoe String Press. 308 p.
- Sierra, Vicente D. 1962. *El informe del doctor Juan Luis de Aguirre. En su Historia de la Argentina: los primeros gobiernos patrios (1810-1813)*. Buenos Aires: Ediciones Garriga Argentinas.
- Tau Anzoátegui, Víctor y Eduardo Martiré. 1975. *Manual de historia de las instituciones argentinas*. 3a. ed. Buenos Aires: Macchi. 808 p.
- Ternavasio, Marcela. 2004. *Construir poder y dividir poderes: Buenos Aires durante la 'feliz experiencia' rivadaviana. En Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*. No. 26, 7-45.
- Ternavasio, Marcela. 2007. *Gobernar la Revolución: poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno. 295 p. (Historia y Cultura).
- Terreros y Pando, Esteban. 1787. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina e italiana*. Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra.
- Thompson, James. 1977. *A History of the Principles of Librarianship*. London: C. Bingley. 236 p.
- Trostiné, Rodolfo. 1953. *Bacle: ensayo*. Buenos Aires: Asociación de Libreros Anticuarios de Argentina. 1953. 168 p.
- Udaondo, Enrique. 1945. *Diccionario biográfico colonial argentino*. Buenos Aires: Institución Mitre, Huarpes. 981 p.
- Urquiza Almandoz, Oscar F. 1972. *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica: desde 1810 hasta 1820*. Buenos Aires: Eudeba. 580 p.
- Urquhart, Donald. 1981. *The Principles of Librarianship*. Leeds: Wood Garth. 98 p.
- Valera, Blas. 1945. *Las costumbres antiguas del Perú y La historia de los Incas (siglo XVI)*. Introducción, notas y comentarios de Francisco A. Loayza. Lima. xxiii, 147 p.
- Zuretti, Juan Carlos. 1972. *Nueva historia eclesiástica argentina*. Buenos Aires: Itinerarium. 528 p.

APÉNDICE A

IDEA LIBERAL ECONÓMICA SOBRE EL FOMENTO DE LA BIBLIOTECA DE ESTA CAPITAL.

Neque enim satis est possidere velle, si collere conservare non possis. Columella de re rustica.

[1] En un gobierno tempestuoso erigido entre las convulsiones de una revolucion, nada puede prosperarle mejor, que el fomento de las letras y de la instruccion publica. La influencia de las luces del ingenio, y la de las ciencias, es de algun modo mas fuerte, que la de las armas, de la autoridad, y del exemplo. [¿]Que exemplos tan maravillosos no produxeron en el espiritu de los romanos un Oracio, un Virgilio, un Ovidio, y otros sabios del primer siglo del imperio? Ellos con su enérgica pluma elogiaron sus primeros monarcas, y celebraron altamente las delicias del imperio de Octaviano; y al punto los mas zelosos, y sobervios republicanos de Roma se prosternaron, y besaron con respeto los hierros con que habian sido aprisionados. El decoroso establecimiento de la biblioteca en esta capital, cuya augusta apertura se hizo poca há, y muy á los principios de su nuevo gobierno tan feliz, y rapidamente se estableció, y fomentó, será en la posteridad un precioso monumento de la prudencia, y acierto con que ha pretendido cimentarse sobre las bases solidas de las ciencias, y de la ilustracion pública, que la ha de encaminar mas que el estrépito de las armas, á unir las provincias al sistéma de libertad, quietud, y prosperidad de la America del Sud. Mas no se conseguirian por cierto las ventajas, de que es capaz este establecimiento, mientras no se cuide por el gobierno el proporcionarle todos aquellos arbitrios, que redimiendolo de dificultades y mayores gastos, le facilite el surtimiento y reimpression barata de libros, que haga un abundante acopio de ellos.

[2] Los mejores auxilios á este fin son el aumento y prevision de buenas imprentas, y de diestros artistas impresores, y encuadernadores, y la abundancia, y baratós del papel, lo que se podria lograr con facilidad, siempre que en estas provincias se estableciesen fábricas de imprenta y papel, teniendo en ellas las bellisimas proporciones de minas abundantes de plomo, y de las materias primas de algodón, pita, lino, cañamo, y cortezas diferentes de árboles. Las relaciones comerciales al presente, con Portugal, Inglaterra, y Boston podrian proporcionar la compra de algunas ediciones copiosas, y baratas, semejantes á la que poco há regaló la corte del Brasil á la ciudad de Montevideo, las quales podrian por ahora suplir nuestra vergonzosa escaséz: y mucho mas se remediaría ésta formandose una expedi[ci]ón mercantil dirigida á la India, y á la Asia por Acapulco con solo el objeto de comprar, y tratar buenas imprentas, muy baratas, y los mas aventajados artifices, que estableciesen fabricas, y enseñasen en estas provincias á formar los mejores caracteres de nuestro abundante y riquísimo plomo. Entre todas las naciones ninguna aventaja á la India, y á la China en la excelente calidad de sus imprentas, y en la abundancia y baratós de su finísimo papel, que establecido nuestro fácil trafico á estas regiones, podria formar un gran ramo de nuestro comercio como dice Ward y Andres Kippis ¿y porque nuestra dexacion y falta de economia no ha de redimir á la patria por un medio tan facil de las escaseses perniciosas de papel, que con frecuencia sufre, como la actual, en que la carestia ha hecho subir en varios pueblos

interiores á treinta y mas pesos la resma de papel, que surtido por medio de fabricas establecidas, jamas podria ascender á mas de tres pesos con proporcion á sus costos?

[3] Esta capital gastará mucho tiempo y dinero para formar y enriquecer su biblioteca, sino cuida de adoptar iguales providencias economicas para el acopio y reimpression de libros. Si me fuera permitido en la estrechez de un periodico profundizar, y no hablar con demasiada precipitacion como lo hago en esta materia fecunda, guardando rigurosa imparcialidad, sin declinar entre el espiritu de rivalidad, que maldice, quanto se le presenta y el entusiasmo que todo lo exalta, y aplaude diria francamente por los rapidos progresos que hizo en estos ultimos tiempos nuestra España en punto á ediciones; que nos bastaria surtirnos por medio de los ingleses de las mejores ediciones de la peninsula, que tal vez juzgando las no muy precisas en su afligida situacion presente nos las venderian acomodadas. *El arte que mejores progresos ha hecho en España*, dice Mr. Mantelle en su nuevo viage, ó geografia comparada, es la imprenta. Todos los aficionados conocen, y han preferido á las obras de Baskerville y Bar[??] el Quixote, y Salustio traducido al castellano por el infante D. Gabriel, y otros libros impresos por Ibarra en Madrid, y por Menforo en Valencia obras maestras tipograficas, y que buscarán nuestros nietos, como buscamos nosotros las de *Elzevires*. Poco ha se dio un paso favorable al progreso de nuestra biblioteca con la llegada á Balparayso y Chile de una imprenta preciosa y su impresor, y buenos artistas de papel y loza, de que nos dió noticia la gazeta.

[4] La nueva vida politica que empezamos á adquirir con la energia y prudencia del actual gobierno, y la casi universal incomunicacion con la Europa, á que nos fuerzan las ideas ambiciosas de la Francia, nos estrechan despoticamente á ver nos privados del manantial precioso de libros, y á solicitar por todos medios ediciones, que reproduzcan los que tenemos maltratados, y que abran el camino á las producciones intelectuales de la América hasta aquí tristemente obstruidas, mucho mas quando la sabiduria y liberalidad de un gobierno, tiene ya sancionada la libertad de la imprenta. Si á las escasas y defectuosas ediciones de esta capital y Lima se sustituyeran [sic] otras buenas y abundantes, aquí y en los pueblos interiores de Caracas, Santa Fé, Quito, Cuzco, Arequipa, Cochabamba, Charcas, Cordoba, y otros semejantes ¿qué de progresos literarios no se experimentarían en estas provincias, y quan facilmente se lograria el surtimiento de buenos libros? Se hallan en todos estos pueblos ineditas varias obras de conocida utilidad, porque aquellas imprentas son tan escasas de letras, que no son bastantes á llenar mas que pocos pliegos y la ilustracion periódica de los pueblos; y aun ya se dexa sentir la general escasez de libros sagrados, como la biblia, misales, brevarios[,] devocionarios, rituales, y otros, cuyo defecto podria lastimosamente influir en la inmoralidad, y embarazar el desempeño de las funciones del sacerdocio, á menos que no se tomase la pronta evidencia de implorar de los portugueses ó ingleses un proporcionado surtimiento de ellos.

[5] No se puede dudar por un momento las grandes utilidades que acarrea á las provincias unidas el noble establecimiento de nuestra biblioteca. Pero no basta crear las cosas que contribuyen á la ilustracion del hombre, sino se cuida del modo de conservarlas. La naturaleza próvida siempre en suministrar los medios de reparar nuestras necesidades, vé muchas veces con indiferencia el modo, como el hombre hace uso de ellas. Y quando formó el papel, materia preciosa de los libros, no cuidó de adornar toda su razon, para darle á conocer, si éste forma ó destruye las bibliotecas. Solo una buena politica y económica debe prevér las necesidades, y ya

que conspira á una ilustracion general debe facilitar los medios de conseguirla y perpetuarla. No se habria malogrado el establecimiento costoso de la biblioteca de Alexandria, si se hubiese previsto la gran dificultad de surtirse del papel necesario. La enorme dificultad de conservar bibliotecas en la America española, sin ser antes provista de fábricas de papel, siempre será un obstáculo verdadero á la universal instruccion y cultivo de la[s] ciencias. Se sabe muy bien que en una biblioteca se encuentran juntos regularmente todos los medios de proporcionar la instruccion pública. En ella se halla una série de ideas, de inquisiciones, y trabajos de los mas grandes hombres sobre qualquier objeto, sirviendo todo esto de base á las nuevas observaciones en que quiere uno ocuparse. En ellas se hallan reglas que prescriben las sendas, que deben seguirse, y deben evitarse. Los errores que se adoptan, extravian alguna vez, sirven, quando son conocidos para precaverse contra las preocupaciones, para reprimir la presuncion, inspirar la prudencia, inocular el hombre de ilusiones, y formar al fin circunspecto y sabio. Si se hallan acaso en la biblioteca monumentos de orgullo, soberbia, ó de mentira; de ordinario se hallan tambien lo que sirve á aclarar la verdad, y honrar el espiritu racional. En ella se vé como se despliega la inteligencia humana, los progresos científicos de sus conocimientos, las épocas de perfeccion de sus descubrimientos: y si alguna vez nos afligen las faltas que cometió, si nos compadecemos de su vanidad, si desdeñamos las ilusiones á que se entrega, no podemos menos de admirar su constante amor á la verdad, lo mucho que trabaja en sondear las profundidades de la naturaleza, su aplicación en perfeccionar su razon, en arreglar sus acciones, establecer el orden, y asegurar el imperio de la religion y de la virtud.

[6] Todas estas, y otras muchas ventajas nos presenta el establecimiento de una biblioteca. Este establecimiento hace por si el elogio mas honorífico de la presciencia y sabiduría de un gobierno, porque prepara el camino por donde el espiritu humano, no pudiendo verlo, ni conocerlo todo, dá lugar á contemplarse asi mismo, y reconocer la flaqueza de sus facultades. Si alguna llega á ensoberbecerse, de lo que sabe, no hay duda que hace mal: ¿pero ha de libertarse de este error, quando no tiene á la vista de una bibliotecca el cuadro mas exácto de sus conocimientos que hubieran podido instruirle, y preservarle de sus extravios? Si esto es cierto, no es por ventura de la misma certidumbre, que jamas podrá sostenerse en un pais una biblioteca sin tener abundancia de papel acomodado, para la reimpresion de sus mejores libros y sin cuidar de preservar estos, y el papel de la delesnable corrupcion, á que de ordinario los expone la humedad, y los insectos?. Vé hay [sic] uno de los grandes objetos de economia, que imperiosamente exâgia especularse, y tratarse con alguna extencion en un discurso mas dilatado, que el que permite un periodico, para que se lograra felizmente el fomento y permanencia de la biblioteca de esta capital expuesta por su temperamento demasiado humedo á la mas pronta caducidad: si me fuese permitido cuidaré hablar de el en otra ocasion.

[7] Entretanto debemos co[n]cluir, que si nos es ventajoso y de mucho honor la especial proteccion y fomento de nuestra biblioteca, nos es de sumo interés, que á este establecimiento se acompañen las fábricas de papel, el pronto surtimiento de algunas imprentas, para que se sostenga sin mayor costo. Nada es, decia el docto Columella, querer establecer, y poseer una cosa sino se sabe proporcionar los medios de guardar y conservarla, *neque enim satis est &c.* Sino supieramos, quan dificil es baticinar con acierto en la política, nos atreveriamos á asegurar que antes de muchos años se hallaria nuestra biblioteca en un estado de la mas elevada reputacion, y gloria,

con solo poner fábricas de papel, imprentas, y los medio seguros de perfeccionar el papel y preservarlo de corrupcion. Estos establecimientos hechos al pronto y manejados con prudencia y economía, serian monumentos que acreditasen á la posteridad el zelo, sabiduria, y vigilancia con que se esfuerza nuestro actual gobierno para poner las provincias unidas en un grado de igualdad, y tal vez de superioridad á muchas de las naciones florecientes de la Europa. Pues si un pueblo civilmente crece en razon de los medios, que tiene para subsistir, si el comercio y la agricultura contribuyendo á establecer entre las fortunas de los ciudadanos aquella proporcion tan deseada, y necesaria á un estado, son los que multiplicando las riquezas, los trabajos, los alimentos, y los hombres simultaneamente dán á una nacion toda fuerza activa, y la progresión economica política de que es subceptible, una biblioteca bien cimentada en la metrópoli, y bien sostenida por medio de estas fabricas debería hacer á los habitantes de esta feliz region, sabios, filosofos, y dignos apreciadores de las letras, y elevandolos sobre sí mismos tendrian siempre á la vista una antorcha luminosa, é inextinguible, que les rectificase la razon para promover su bien, y el mayor esplendor del estado, para fomentar las ciencias, las artes, la industria popular y todos los demas objetos públicos.

[8] Yá que hasta aquí en la América por un sistema antipolítico ha sido una especie de moda el ser ignorante, y por la atroz conducta de los que gobernaron, no se permitieron establecer aumentos de fábricas, porque con el interés de precaver qualquier revolucion feliz, que pudiese regenerarla, negandolè todos los auxilios y conocimientos políticos é industriales la intentaron reducir á la mayor pobreza, y á solo el humilde estado de labradora y minera como queria el célebre ministro D. José Galvez; es menester que en la nueva vida, que felizmente se emprende, se extinga esta moda gotico-bárbara, y que veamos sobre la faz del globo del nuevo mundo en nuestros dichosos días los laureles de Marte hermosamente hermanados con los de Apolo y Ceres; pues la gloria del espiritu, y talento igualmente apreciable en todo el universo, no debe ser un don peculiar de la Europa, negado con crueldad á nuestro suelo; yá que no hay oposicion fisica en las ciencias y las riquezas abundantes que produce; yá que no debe existir esta odiosa antipatía y desprecio, que por tres siglos se ha hecho despóticamente reynar en sus suelos; y yá que desplegando hoy dia sus gentes las bellisimas dotes, que les dispensó con generosidad la naturaleza, me hace presentir, que la América con la biblioteca, y la proteccion distinguida de su nuevo sabio gobierno, será dentro de poco el domicilio de Minerva. *Hic cursus fuit, hoc regnum Dea gentibus esse, si qua fata sinant, jam nunc tetendit, fabetque.*

[9] Si el mas seguro medio de fomentar nuestra biblioteca, y consultar su permanencia, estriba en proporcionar un abundante surtimiento de papel, é imprentas por medio de artifices y fabricas establecidas en estas provincias, y en preservar del módo posible el papel y los libros de su pronta corrupcion y vejéz deberian ser estos objetos del mayor interés el especularlos, el dirigirlos, y llevarlos á la perfecta verificacion; yo por ahora me contentaré con indicarlos superficialmente para que se reconozca que no es imposible, ni muy difícil de execucion reservada á genios emprendedores y benéficos, que no rehusan el mayor trabajo quando se encamina al bien comun. Nadie ignora que los marmoles, peñascos, y troncos de arboles fueron las materias en que la antigüedad escribió sus libros, y por donde transmitieron á la posteridad sus hechos y conocimientos, en aquellos tiempos incultos se usó tambien la escritura en laminas de metal, de barro, de ladrillo, de madera, en pieles de pescados, é intestinos de animales; á proporcion que los

hombres se fueron civilizando reconocieron el ímprobo trabajo de usar la fuerza y la punta de hierro para esculpir la letra en piedra, metales, y maderas, y se valieron de ciertas hojas de vegetales, del pergamino, y marfil, y recurrieron al pincel ó cañas cortadas para escribir con mayor facilidad. Los egipcios, griegos, y romanos escribían sus libros y cartas misivas en pergaminos y hojas de marfil. Los indios de México avisaron á Motesuma su emperador del desembarco de los españoles por unos lienzos, que con pincel diestramente dibuxado le retrataron quanto habian visto; y los naturales del Perú y de toda esta América Meridional á semejanza de los chinos en su antigüedad no hubieron otro modo de escribir como dicen Acosta, Valera, y Garcilazo, ni de comunicar por sus anales á la posteridad sus pensamientos, que por medio de unos cordeles, o hilos de lana y algodón de diferentes colore[s], que llamaban quippus anudados á ciertas distancias con simetria, con que formaban diferentes combinaciones, y figuras, para expresar sus conceptos, y estos guardados formaban sus registros, archivos, y bibliotecas que contenian los anales é historia individual del imperio, el estado de los tributos y rentas públicas, y las mas exáctas observaciones de su historia, agricultura, y astronomia.

[10] Como estos métodos de escribir presentaban dificultades escabrosas á fuerza de investigaciones descubrieron las naciones cultas el auxilio del papel. Los egipcios, chinos, y aun los europeos usaron del papiro que se encuentra en los bañados del Nilo, en Siam, y Tonquin, y en la Sicilia, Calabria, Pulla, y otras muchas regiones del Asia, Africa, y Europa. Á porfia y á esfuerzos de investigaciones formaron de esta preciosa planta el papel, no solo para el importante uso de la escritura, sino para estos ramos de industria y comercio, descubriendo el arte de saber beneficiarla de mil modos, separarla y darle cierta preparacion á su corteza, fibras, y hojas que les proporcionó la construccion de toda especie de papel fino y tosco, con que facilmente se cultivaron las ciencias y las artes, y se formaron las velas de navios, manteles, y ropas finisimas, que hasta el presente usan en Egipto, y la China de que vemos en nuestros dias hechas muchas telas preciosas que nos proveen los ingleses por el comercio. Verdad es que los Chinos, Japones[es], Siameses, y la gente del Tonquin no se han contentado con usar de esta planta para formar su papel, sino tambien del algodón Bambou, y de una corteza de arbol que llaman Tancoe; y el papel que forman de ella aunque muy blanco es demasiado delgado por lo que muchos creen erradamente que es ceda [sic], mas lo cierto es, que este papel es de muy corta duracion, pues el gusano le ataca con facilidad, de que nace renovarse con frecuencia los libros y bibliotecas en estos paises. Posteriormente se usó con tanta frecuencia el papel de algodón, que se disminuyó, y aun abandonó el uso de la planta papiro oliber, y la activa industria de los franceses llegó á descubrir, que podia buenamente hacerse papel con otras materias, que el papiro y algodón, que era demasiado escaso y caro en la Europa; y con este feliz descubrimiento proporcionó en el siglo doce, y trece un ramo de comercio, que le fue muy ventajoso á la nacion; este es el uso de toda especie de trapos para su construccion, que ha hecho por su felicidad, y ahorro de costos, olvidar en todo el mundo los demas modos de escribir á excepcion del noble y subsistente del pergamino, que se inventó en Pergamo, quando Tolomeo enemigo de las ciencias, y de las glorias de sus predecesores, arruinó todos los papeles y libros de Egipto.

[11] Plinio describe circunstanciadamente las diferentes qualidades, formas y metodo del papel, el modo de prepararlo, colarlo, las distintas materias de que se hacia, y las ateraciones que ha padecido un articulo tan necesario. La manera como

hoy en las fabricas se acostumbra hacer el papel muchos la saben, y convendria que entre nosotros pocos la ignorasen. Consiste regularmente en el metodo sencillo de recoger y tomarse de todas las basuras andrajos y lienzos viejos sean de lino, algodón, ó yervas, y todos los trapos inútiles de qualesquier tela, los quales juntos y colocados en cubas, tachos, tinajas, ó peroles se dexan macerar y no se sacan de ellos hasta quedar enteramente podridos, y convertidos en hilas ó lamas espesas. Esta masa corrompida con agua proporcionada se reduce en una especie de caldo fluido, que se cuele, pasa, y purifica, y despues se pone en una agua limpia y clara, y bastante caliente, la que se cuida mover mucho y con cuidado, para que se distribuya é incorporen bien sus particulas glutinosas: al fin todo este liquido bien preparado se derrama en los moldes ó laminas que le dan la forma y consistencia de las hojas ó pliegos de papel que se encolan por igualdad para que no se calen; y para hacer el papel tosco que llamamos de astraza no es menester colar, y purificar el caldo; las colas según el mismo Plinio se preparan con la flor de harina de trigo templada en agua hirviendo, ó con la miga del pan cocida desleida, y templada en agua hirviendo, y pasada por un paño o cedazo fino; las naciones asiaticas situadas mas allá del Ganger [sic] hacen todo su papel de solo cortezas de arboles, pero las demas generalmente lo confeccionan con trapos de telas sean de seda, algodón, lino, y yerbas diferenciando solo su método del arriba expresado, en que sus instrumentos son mas sencillos, y ordinarios; y no por esto dexan de construir un excelente papel.

[12] Nadie dexará de celebrar el descubrimiento del papel; pues no hay duda, que ademas de las grandes ventajas que ha acarreado á la sociedad y los destinos útiles á que en los pueblos se hace servir el papel es por cierto de una gran ventaja emplear en su fabricación las materias viles, que no sirviendo mas que para aumentar las inmundicias y basuras, adquieren estas un nuevo ser, y precio formando con ellas un objeto de una necesidad, y utilidad general, que tanto ha contribuido por el uso de la imprenta al progreso de las ciencias y la ilustracion del hombre. Subiria de punto la utilidad y estimacion del papel, y deberia por cierto ser mas preciosa, si este fuese mas inalterable, y pudiese resistir mas á las injurias del tiempo, y de la corrupcion. En los payses humedos y calidos, como el de esta capital Lima y Paraguay, no es facil poderse conservar por mucho tiempo los libros y el papel sin corrupcion, porque la misma humedad excesiva les acomete y penetra atacandoles inmediatamente varias especies de insectos que engendra, y á pesar de toda precaucion se ven roidos. Con que venimos á inferir que poco ó nada se avanzaria con el noble establecimiento literario de bibliotecas en esas capitales con la copia de buenas imprentas, con las fabricas de papel, y con su conocida utilidad, sino se adoptasen medidas económicas dirigidas á precaver del papel y de los libros su progresiva corrupcion, defendiendolas de la injuria del tiempo, y de la polilla. El gobierno pues deba imperiosamente interesarse en un objeto de esta importancia, del mismo modo que en años pasados hizo el Consulado con intencion de redimir los cueros al pelo de la polilla, señalando premios á los que descubriesen medios ciertos que hagan el papel y pastas capaces de resistir á la corrupcion é insectos.

[13] Hasta aquí se han hecho en varias partes del mundo prolixas especulaciones, para lograr este fin de importante; pero las mas han sido infructuosas, y otras pocas eficaces. La materia misma de que se forma el papel, según el metodo comun como trae, quando se emplea un grado de alteracion putrida, y es por su naturaleza feble y poco constante, pone ciertos obstaculos para preservarlo de toda corrupcion. Este mismo estado de alteracion putrida, que debe acopiar un tropel de semillas, y

huevecillos de insectos, le hace susceptible, y mas propenso á su corrupcion, y á proporcion de este grado de alteracion, en los tiempos, y climas mas calidos, y humedos debe necesariamente aumentarse la disposicion nociva, para instruir y abrigar otros insectos, que le roan: la calidad, preparacion, y mayor eficacia de la cola con que se baña el papel al tiempo de su formacion puede tal vez influir á preservarlo de insectos. Debe en consecuencia cuidarse, y hacerse lo mas prolixos ensayos en la confeccion de estas colas, empleando los ingredientes mas analogos y fuertes, como el binagre, el limon, yervas, y substancias mas amargas y del modo, tiempo, y cantidad, con que se emplean, para desterrar los insectos y su propagacion. Mr. Decandez dice que los antiguos envolvian al papel fino en hojas de naranjo ó limon para preservarlo dela polilla. No han faltado quienes con algun buen suceso persuadan, que las sales minerales, como la alcaparrosa, alumbre, victriolo, y las yerbas amargas, ó aromaticas, como el romero, tomillo, alucema, rosa, ruda, yerbabuena, mansanilla &c. empleados en la putrefaccion de los trapos, influyen poderosamente á hacer resistible el papel á su corrupcion: pero ademas que la experiencia ha acreditado que no son suficientes como dice Mr. Perdiger, la razon natural persuade, que estas substancias apenas pueden producir un efecto momentaneo, porque es natural que su amargor y olor fuerte se disipe con el tiempo, y que aun pierdan sus propiedades contrarias a los insectos con la misma descomposicion expontanea que experimentan al tiempo de su maceracion en los cubos.

[14] Tengo noticia que en varias fábricas de papel se ha observado por algun tiempo mezclar la cola con algunas substancias yá amargas, yá olorosas para preservar el papel de la polilla: pero como el tiempo y el ayre debe necesariamente evaporar todo lo que halla impregnado la cola, y seria peligroso al color del papel, se si conservase; no merece mi aprobacion este arbitrio, pues aun no esta demostrada con la experiencia su absoluta eficacia; con mayor razon recomienda la academia de Berlin siguiendo á Mr. Perdiger que para preservar el papel de la polilla, se use del almidon, y no de la harina de pan en la confeccion de la cola ó engrudo. Tampoco se puede convenir el uso de venenos minerales como el arsenico, sublimado, &c. que despidiendo efluvios nocivos, pueden exponer á la muerte á muchas personas y niños, que masquen el papel, y seria de temer fuesen muchos victimas por falta de experiencia, o distraccion. Imprudentemente por quanto adoptaria un medio tan horrible, supuesto que sus ventajas que presenta aun quando se pongan ciertas, y qualificadas no pueden compararse con los peligros y daños, que prepara. No debe haber nacion tan avara, y cruel en todo el mundo, que pretenda mejorar sus fábricas, ni adoptar ningun descubrimiento con sacrificio de la humanidad. Asi lo inspira la razon y una buena politica, debiendose graduar un riguroso derecho natural todo aquello como dice Cic[e]reon, en que interviene el consentimiento general de las gentes: *in omni re consentio omnium gentium lex naturae putanda est.*

[15] Algunos con Mr. Lemonte han observado la eficacia de varios olores fuertes como el de la trementina, tabaco, y alcanfor, cuyo vapor es mas congruente para preservar los libros de toda casta de insectos. Estos olores mezclados con azufre se frotan con la escencia de trementina sobre la faz del papel, y causan á lo menos preservativos momentaneos de la corrupcion de los libros. Solo la atmosfera que de estos y otros olores se forma en las boticas, es sin duda la causa de la preservacion de sus papeles de polilla, é insectos, como la experiencia la ha mostrado; en todos los libros por comun-empieza la polilla por la pasta y por los lomos de los libros, que

reciben inmediatamente la humedad y acaso por esto convendría, que los libros de que se vaya surtiendo nuestra biblioteca, fuesen mientras se indagan mejores preservativos, encuadernados á la rustica con tapas de papel doble azul bien teñido de añil que según el sentir de Mr. Reybellon es un excelente preservativo de la polilla. Acaso por esta secreta causa se ha dicho generalmente que el papel de Genova, y todos los azulados por muy finos, y delgados que sean, son los susceptibles de la polilla, por que en su fabricacion se confeccionan con algun añil. En esta América donde es tan abundante esta especie, y donde debe conservar este vegetal su mas activa qualidad nos presenta un modo facil para desterrar la polilla de nuestra biblioteca. —

Dr. Juan Luis Aguirre.

APÉNDICE B

VENTA DE UNA MÁQUINA PARA FABRICAR PAPEL (1827)

SE VENDE

Una máquina para hacer papel y cartón, con todos los útiles necesarios. El motivo de la venta de esta máquina, es únicamente porque ella se halla en un terreno que su dueño necesita para edificar. El comprador podría hacer una contrata por dos o tres años con el oficial que entiende perfectamente de este oficio.

Ocúrrase a D. Eduardo Loreilhe, calle de la Florida No. 28 y 30.

[*La Gaceta Mercantil*, Buenos Aires, no. 1055, sábado 19 de mayo de 1827]. (El mismo aviso apareció también en los números 1056, 1057 y 1058)

APÉNDICE C

CARTA DEL DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES EN LA CUAL “AVISA DEL ESTADO DE LA CASA DE ÉSTE ESTABLECIMIENTO”.

El Director de la Biblioteca

Viva la Federación!

Buenos Ay^s. Feb^o 13 de 1841.
Año 32 de la libertad, 26
de la independ^a y 12 de la
Confederacion Argentina

Avisa del estado de la casa de éste establecimiento

Al Señor Oficial mayor del ministerio de gobierno

El Director de la Biblioteca pública se ve premiado á llamar por tercera vez la atención del superior gobierno sobre la casa que sirve á éste establecimiento. Su estado cada día es mas aventajado á una completa ruina en la mayor parte de sus habitaciones. Especialmente en los días lluviosos sufren notablemente los libros, porque siendo muchas las goteras, no hay el arbitrio de trasladarlos de un punto a otro.

El Director ha sido informado que existen algunos antecedentes en el ministerio de gobierno obrados á consecuencia de los avisos que sobre este mismo asunto dio en otras ocasiones; entre los que se encuentra un presupuesto levantado por el Maestro Mayor Dⁿ Santos Sartorio. Después del tiempo que ha ocurrido seguramente hoy no será exacto por la alteración del valor de los materiales, y también porque el deterioro de la casa ha ido en aumento. Se hace, pues, indispensable un nuevo reconocimiento de ella, que podrá decretarlo el Superior gob^{no} si lo tuviese á bien, ó cualquiera otra medida q.^c ocurra al remedio de la necesidad que queda manifestada, y ésto lo considero urgentísimo.

Dios guarde al S. Oficial mayor del ministerio de Gob^{no} muchos años.

Felipe Elortondo y Palacio
[firma]

Archivo General de la Nación. Gobierno. Sala X. Legajo 17-3-1.

VII

CONCLUSIONES

A lo largo del presente trabajo de investigación, y en el momento de señalar algunas conclusiones sobre *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*, se han rescatado aquellos aspectos inéditos o poco conocidos sobre esta agencia cultural para comprender y señalar nuestro desarrollo bibliotecológico en ese entonces.

En primer término es fundamental destacar un hecho ineludible: la inserción de los estudios históricos bibliotecológicos dentro de la Nueva Historia de la Cultura. En este punto, tal como se lo fundamentó en el capítulo I.1 y I.3, poco o nada podríamos conocer sobre los orígenes modernos de la Biblioteca Pública en la Argentina sin estructurar estos inicios con las tendencias actuales historiográficas en el campo de la Nueva Historia del Libro, de las Bibliotecas y de la Lectura. Disciplinas, por otra parte, que plantean una profunda relectura de la historiografía tradicional, incorporando la visión crítica e interpretativa de tópicos antes no tenidos en cuenta, como ser, entre muchos, las representaciones de los registros culturales, la articulación de los lenguajes, la presencia creadora de la microhistoria, la influencia

del texto histórico como objeto narrativo, la presencia del contexto urbano y de los espacios públicos, el creciente entrecruzamiento de las metodologías de las Ciencias Sociales con las Humanidades, el rescate de las estructuras lingüísticas y de “sus rastros” en el diversos discursos, la creciente importancia de la corporeidad y materialidad de los registros, el análisis formal de la Sociología de los Textos, la aparición en la escena histórica de las voces de “los de abajo”, la trascendencia del minimalismo y la Historia de las Imágenes, el uso creciente de “la mirada antropológica” para construir la historia, etcétera. Comprender, pues, que las actividades, los gestos y las producciones textuales bibliotecarias forman una parte insoslayable de este proceso de reinterpretación de las representaciones culturales, es un marco fundamental para abordar los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

No obstante, una vez definido el problema de estudio dentro de las prácticas culturales modernas, se impone la inclusión y la individualización de los distintos tipos de bibliotecas que existían en esa época. Es por ello que es factible abordar la importancia de la Biblioteca como agencia social ineludible a través de su taxonomía (parágrafo I.2), para así tener una visión de conjunto de los distintos “fragmentos culturales” que manipularon y dieron forma a los registros impresos. La inauguración de la Biblioteca no fue un invento de la Revolución de Mayo sino, por el contrario, el resultado de un largo proceso cuyas raíces se encuentran tanto en el período hispánico como en numerosas influencias extranjeras contemporáneas, tal como lo confirma la variedad de tipos de bibliotecas que existió hasta 1830, lo que permite articular una tipología de estas entidades gregarias y, por añadidura, los numerosos antecedentes bibliotecarios previos a su inauguración (cfr., cap. II).

La Biblioteca Pública constituyó, además, más que una evolución continua, una necesidad social impostergable. La presencia de una agencia de estas características estaba, sin duda, en “el ambiente” de la sociedad de ese período y, por consiguiente, sería temerario considerarla como la creación de un solo individuo. La novedad que instala la Revolución de Mayo fue, en definitiva, la decisión de llevar a cabo una empresa de política cultural desde el ámbito del gobierno desplazando, de este modo, la preeminencia que hasta el momento había tenido la Iglesia en la organización de las bibliotecas.

No obstante, es necesario reparar que los hombres más idóneos para materializar este “anhelo bibliotecario” provenían de las filas religiosas, tales como Fray Cayetano Rodríguez, Luis José Chorroarín, Saturnino Segurola, y Dámaso Antonio Larrañaga. De ahí que el proceso de gestión bibliotecaria deba estudiarse a la luz del pensamiento tradicional hispánico en convivencia (a veces en pugna) con el cambio revolucionario. No debe descartarse, entonces, en los primeros tiempos de la Biblioteca, la existencia de dos mundos: el de la tradición y el del cambio. A esto debe agregarse, como se lo ha citado, el marcado proceso de laicización de la cultura rioplatense desde fines del siglo XVIII, donde “la mayoría de los nuevos productores culturales habrán de ser laicos o, paradójicamente, clérigos cuya condición de tal es apenas perceptible” (Chiaramonte, 2007: 103-04).

Uno de los aspectos más interesantes de la Biblioteca se puede definir por “el interés mancomunado”, tanto de los ciudadanos como de las autoridades, en el momento de propulsar su inauguración. En esta instancia radica una de sus originalidades más significativas. La Biblioteca fue *un fenómeno de participación popular desconocido hasta entonces*. Su concreción se debió, inexorablemente, a la intervención del pueblo con constantes donaciones de libros y dinero (cfr., cap. II.2). Las iniciativas individuales,

por otra parte, fueron determinantes en nuestra historia bibliotecaria. Basta recordar que el 23 de septiembre de 1870 Domingo Faustino Sarmiento promulgó la Ley no. 419, "Ley de Protección de Bibliotecas Populares", donde retomaba la idea del esfuerzo común entre el gobierno y los ciudadanos para garantizar el desarrollo de las bibliotecas. De modo tal que la participación popular en nuestra primera Biblioteca Pública fue un acontecimiento cuya fertilidad se extendió en el tiempo y que, ciertamente, constituye un fenómeno que debe estudiarse con mayor detenimiento.

Otro punto ineludible consiste en rescatar la influencia directa de las bibliotecas particulares en el proceso de gestación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Dos ejemplos taxativos de esta realidad fueron la biblioteca pública que funcionó en el convento de La Merced (1794) por iniciativa legataria de Francisco de Prieto y Pulido, y el legado, para uso público, del obispo Azamor y Ramírez (1796). En el momento, entonces, de abordar el establecimiento de la Biblioteca Pública en nuestro territorio, es necesario reparar en estos procesos de larga duración, en cuanto a sus antecedentes y, fundamentalmente, en la dialéctica de entrecruzamiento entre la posesión particular de los libros y su uso comunitario. En este sentido, estos planteles bibliográficos particulares coadyuvaron y establecieron un feraz umbral para el advenimiento de la Biblioteca Pública, tal como se lo demuestra en el capítulo III.

Posteriormente, una vez abordado el universo de los precedentes bibliotecarios de esta entidad, es significativo demostrar que existió un "mundo de actividades parcialmente ocultas o subalternas" y muy poco conocidas en su historia tradicional que, en definitiva, fueron las tareas que permitieron inaugurar el establecimiento el 16 de marzo de 1812. Ese período de notable trabajo, dedicación y gestación bibliotecaria se ha denominado, a lo largo de la investigación, como "Orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires" (cap. IV). Nos referimos, con esta

denominación amplia y genérica, a la totalidad de la importante documentación existente sobre esta especie de “protohistoria”, representada, en gran medida, por la notable correspondencia de Luis José Chorroarín con las autoridades de la Junta de Mayo. En este punto, tal como se ha observado, la riqueza y variedad de “los orígenes bibliotecarios” del establecimiento son tan trascendentales como los acontecimientos que hicieron a su desarrollo durante las primeras décadas de su existencia. Además, el hallazgo de una fuente de primera mano como el “Reglamento”, cuya normativa establece el marco legal-bibliotecario de su funcionamiento, permite reconstruir, con cierto detalle, el “universo bibliotecológico” de la gestión administrativa de la época. Los “reglamentos” —del mismo modo que lo hacen las leyes— se encargan de pautar y registrar situaciones de hecho, usos y costumbres previos, muchas veces aun difusos que, a través de la fijación por la norma, se vuelven parte de la conciencia social colectiva. Así se demuestra que, a pesar de la improvisación empírica y la celeridad por la apertura de Biblioteca, se poseía una significativa conciencia de la labor técnica bibliotecaria (servicio al público, elaboración de índices, suministro de materiales para facilitar la escritura y la lectura, división temática por salas, etcétera).

En la instancia siguiente se rescata la real importancia del *Libro de cargo y data o de cuenta corriente de los encargados de los gastos de la Biblioteca Pública* (1810-1818) y de las *Razones de gastos* (1824 y 1826), ya que estos manuscritos originales permiten conocer en detalle la estructura cotidiana de una agencia cultural y política creada por la Junta de Mayo; bajo sus escuetas y sobrias páginas contables, estrictamente burocráticas, se encuentra el universo administrativo de la Biblioteca, tal como se desarrolla en el capítulo V. Esta cotidianidad que establece el uso, la memoria y el orden de los libros, también reivindica otras facetas veladas pero no definitivamente perdidas: el

mundo de las prácticas y representaciones bibliotecarias en el quehacer del día a día. En un concepto amplio, pues, el análisis de estos documentos nos permite identificar las articulaciones existentes entre el lenguaje bibliotecario y los diversos ámbitos que daban vida a la Biblioteca, como el perfil de urbanidad y moral que se demandaba a los “concurrentes”, las medidas que propiciaban la sacralización de los impresos, la gestualidad bibliotecaria en el momento de la circulación interna de las obras, la feraz convivencia entre lectura gregaria y lectura privada, las manipulaciones y los modos de apropiarse de los discursos por parte de los lectores, las medidas prohibitivas y disciplinarias, la necesidad de lecturas marcadamente instrumentales y utilitarias (aunque sin menoscabar la de entretenimiento), la presencia de un lugar “para contravertir” en un marco de lecturas compartidas (acaso en voz alta), etcétera.

Entonces, gracias a sus asientos surge además una variedad de tópicos inesperados de compleja pero apasionante identificación: la venta y compra de libros, el detalle de las obras repetidas, los ingresos y egresos presupuestarios, las adquisiciones en el exterior, el personal y sus salarios, el mantenimiento y adorno del edificio, el afán sostenido por dotar a la institución de un adecuado mobiliario, los utensilios que garantizaban y apoyaban al mundo de la lectura y la escritura, la inevitable y agotadora tarea de las estanterías, la limpieza, la necesidad constante de la encuadernación, los gastos menores, la urgencia de vidrios y cerramientos, etcétera.

A todo esto es fundamental agregar un aspecto admirable y conmovedor: la dedicación, hasta la extenuación, de muchos de sus bibliotecarios, como el caso paradigmático y aleccionador de Luis José Chorroarín. Dentro de ese abundante marco historiográfico, estos humildes documentos burocráticos constituyen una herramienta fundamental e imprescindible para restaurar y conocer, todavía en forma

parcial, la variedad de las prácticas y representaciones bibliotecarias en los comienzos de la Historia de la Bibliotecología en la Argentina.

Por último, una reflexión que encuadra y brinda la base imprescindible sobre la apertura de la Biblioteca Pública: la construcción teórica del pensamiento bibliotecario (cfr., cap. VI); es decir, los fundamentos de índole filosófica que sustentaron la “idea paradigmática” de esta agencia de lectura social y pública. Indudablemente, se planteó, tanto directa como indirectamente, y en esto radica su interés casi epistemológico, aún en una fase tan temprana de nuestra historia bibliotecológica, el debate sobre el tipo de biblioteca que necesitaban las Provincias Unidas del Río de la Plata. Una discusión de larga data en la historia contemporánea de la Biblioteca, cuyas raíces se remontan a varias fuentes, tales como el artículo fundacional “Educación” (atribuido a Mariano Moreno), el “Reglamento” institucional de 1812 (elaborado por Chorroarín con aportes de Bernardino Rivadavia) y, principalmente, la “Ideal liberal económica sobre el fomento de la Biblioteca de esta capital” de Juan Luis de Aguirre y Tejeda, la más fiel expresión del pensamiento bibliotecario autóctono de ese entonces.

Pero todavía resta contestar una gran cantidad de preguntas sobre *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. Acaso muchas de ellas, lamentablemente, sin una resolución definitiva o, al menos, provisional. Pues aún falta detectar e indagar una gran variedad de documentación que, o bien se encuentra perdida o está dispersa, o requiere una nueva reinterpretación basada en los nuevos modelos aportados por la Historia de la Cultura.

Entre todas las dudas emerge una pregunta de real interés: ¿en qué medida estos precedentes, además de su intrínseco valor de hechos precursores, fueron los

promotores que dieron corporeidad y realidad material al establecimiento y posterior desarrollo de la Biblioteca?

La mayoría de estos antecedentes, indudablemente, coadyuvaron para hacer de la Biblioteca Pública de Buenos Aires no solo una realidad donde se plasmó uno de los primeros actos de política cultural revolucionaria, sino un lugar donde se dieron cita, en una compleja urdimbre de articulaciones discursivas, las más diversas prácticas de la cultura impresa.

Esta primera aproximación a sus orígenes desde el ámbito de la Nueva Historia del Libro y las Bibliotecas, ubicada en la compleja y cambiante taxonomía de las bibliotecas hasta 1830, inequívocamente, devela una realidad poco conocida hasta la fecha. Entre otros aspectos, uno de vital importancia: la existencia de un pensamiento bibliotecario íntimamente vinculado con la Revolución de Mayo, tal como lo demuestra el análisis del artículo de Aguirre y Tejeda. Pero este tópico aún presenta un aspecto realmente novedoso para la época: la presencia de la construcción teórica de ese pensamiento bibliotecario. Aunque estos conceptos tenían sus raíces en Europa, Estados Unidos y la América española, en el Río de la Plata lograron manifestarse con la suficiente capacidad de reflexión como para diferenciarse y así configurar una concepción autóctona y nativa.

No obstante, dado que la construcción de una Biblioteca involucra la organización del universo material de los libros, esto es, su orden topográfico, su canon de elección o exclusión de las obras, su clasificación y, ante todo, su circulación para la apropiación lectora, los bibliotecarios que estuvieron a cargo del establecimiento implementaron y desarrollaron un conjunto de representaciones y prácticas bibliotecarias acordes con el desarrollo técnico de ese período, aunque modestas en razón de la situación de emergencia revolucionaria. Por lo tanto, se instrumentaron

las técnicas básicas y necesarias que permitieron el acceso a los registros impresos (índices o catálogos, trazado de la signatura topográfica, ubicación temática por salas, etcétera).

A esto debe agregarse, tal como ya hemos señalado, un elemento invaluable: el rescate de la “cotidianidad en la vida bibliotecaria institucional” gracias al libro de *Cargo y data*, y a las *Razones de gastos*. Un mundo donde se entrecruzaban dinámicamente las distintas manipulaciones tipográficas de los libros, y donde los hombres decidían si el último destino de los impresos era el estante o su apropiación por la lectura y la escritura.

Es importante destacar, nuevamente, la íntima vinculación entre autoridades, participación ciudadana y opinión pública en el instalación definitiva de la Biblioteca. Su establecimiento no fue exclusivamente una decisión e iniciativa de las altas esferas del poder político. Los ciudadanos, con sus legados de libros y peculios personales, empujaron y, por cierto, asediaron a las autoridades para su pronta apertura (las ansiedades y urgencias de Chorroarín y los secretarios de la Junta son elocuentes al respecto). Pero también, y esto es aún más interesante, reclamaron sus derechos a la circulación y al uso público de los registros culturales. El espacio urbano y el espíritu gregario de participación común, entre septiembre de 1810 y marzo de 1812, ganó un terreno desconocido hasta la fecha por su identificación con un proyecto de “instrucción pública”. Un tema que hasta la fecha no ha sido estudiado en profundidad, salvo por sus menciones puntuales, pero que constituye un tópico que demanda una detallada investigación en el futuro.

En cierto sentido, los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, a la luz de la presente documentación, constituyen un cambio de textualidad en el discurso narrativo histórico. Las historias tradicionales sobre esta agencia social estaban

ceñidas por una aproximación estrictamente fáctica y política de su acontecer. El devenir historiográfico actual, donde ganan terreno los intercambios y las mediaciones culturales, subsana, quizá provisoriamente, las dilaceraciones y cesuras entre el quehacer fáctico y las prácticas culturales. Como en muchos contextos de la realidad se podría afirmar que para reconstruir la historia de la Biblioteca Pública deberíamos apelar a una especie de término medio (*mittelding*) entre microhistoria y narración política. Pero la historia de los antecedentes de este establecimiento se manifiesta en una urdimbre compleja de acontecimientos, tanto cuantitativos como de investigación cualitativa, cuyo resultado final se encuentra delimitado por la incertidumbre.

Sin embargo, la identificación de estos precedentes demuestra que su historia no solo comenzó en el momento de la inauguración. Por el contrario, sus orígenes se deben incluir en un proceso de larga duración, con raíces en el período hispánico. En su dinámica y ambigua construcción que, en definitiva, también fue una característica del discurso político y social de la época, hubo una connivencia articulada de representaciones culturales que hicieron de sus antecedentes y de su historia posterior un fenómeno único y, acaso, irrepetible.

La Biblioteca Pública de Buenos Aires, en este entorno, emerge como una entidad con vida propia y rotunda. Más allá de las retóricas y metáforas discursivas, fue una realidad que merece ser rescatada, pues en ella moran en forma palpitante e inefable los humildes pero pujantes inicios bibliotecarios de la Argentina.

VIII

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Abad de Santillán, Diego. 1956-64. Gran enciclopedia argentina. Buenos Aires: Ediar. 8 v.
- Academia Nacional de la Historia. 1961. *El Grito del Sud (1812)*; reproducción facsimilar publicada con el auspicio y fondos de la Comisión Nacional Ejecutiva del 150° aniversario de la Revolución de Mayo. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia. 272 p. (Periódicos de la Época de la Revolución de Mayo; 2).
- Academia Nacional de la Historia. 1977. Bicentenario del Virreinato del Río de la Plata. Buenos Aires: Academia. 2 v.
- Acevedo, Hugo. 1992. Biblioteca Nacional de Argentina. En *Boletín de la Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas (ANABAD)*. Tomo 42, no. 3-4, 13-35. [2ª edición, Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABINIA), coords. José G. Moreno de Alba y Elsa M. Ramírez Leyva. 1995. Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente. México: UNAM. p. 3-24].
- Acha, José Omar. 2000. La renovación de la Historia del Libro: la propuesta de Roger Chartier. En *Información, Cultura y Sociedad*. No. 3, 61-74.
- Actis, Francisco C. [s.f.]. Algo de lo que hizo el clero por Mariano Moreno y la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Buenos Aires: Difusión.
- Aguilar, Cristóbal de. 1989. Obras: teatro, diálogos, poesías. Estudio preliminar Antonio E. Serrano Redonnet y Daisy Rípodas Ardanaz. Madrid: Atlas. Vol. 1, p. XVII. (Biblioteca de Autores Españoles). El título de la poesía dedicada a Aguirre es "Elogio al infatigable celo de don Juan Luis de Aguirre, en la obra del estanque o Paseo de la alameda de esta ciudad".
- Aguirre y Tejeda, Juan Luis de. 1812. "Idea liberal económica sobre el fomento de la biblioteca de esta capital". Este artículo se publicó en *El Grito del Sud*, en las entregas siguientes: No. 7, martes 25 de agosto de 1812, p. 54-56; No. 8,

- martes 1° de septiembre de 1812, p. 57-61; No. 9, martes 8 de septiembre de 1812, p. 65-68; y No. 10, martes 15 de septiembre de 1812, p. 73-76.
- Aloni, Laura, et. al. 2001. *Dos siglos en la Argentina: una interpretación sociohistórica*. Buenos Aires: Biblos. 224 p.
- Archivo General de la Nación. 1977. *Índice temático general de unidades archinómicas del Período Nacional – Gobierno*. Buenos Aires: Archivo General de la Nación. 343 p.
- Archivo General de la Nación. Gobierno. *Índice de Decretos, Órdenes, Reglamentos, 1810-12*. X-44-6-7.
- Ariès, Phillippe. 1988 [1986]. *El tiempo de la Historia*. Prefacio de Roger Chartier. Buenos Aires, Barcelona: Paidós. 285 p. (Paidós Studio; 67).
- Ariès, Philippe y Georges Duby, dirs. 1990-1992. *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus. 10 v.
- Arrieta, Rafael Alberto. 1955. *La ciudad y los libros: excursión bibliográfica al pasado porteño*. Buenos Aires: Librería del Colegio. 207 p.
- Aspell, Marcela y Carlos A. Page, comps. 2000. *La Biblioteca Jesuítica de la Universidad Nacional de Córdoba*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. 245 p.
- Assadourian, Carlos S.; Guillermo Beato y José Carlos Chiaramonte. 1986. *Argentina: de la Conquista a la Independencia*. Buenos Aires: Hyspamérica. 364 p. (Biblioteca argentina de Historia y Política; 24).
- Augst, Thomas and Wayne Wiegand, eds. 2001. *The Libraries as Agencies of Culture: Print Culture History in Modern America*. En *American Studies*. Vol. 42, no. 3, 5-210.
- Avellá Cháfer, Francisco. 1990. *La biblioteca del primer obispo de Buenos Aires: Fray Pedro de Carranza*. En *Investigaciones y ensayos*. No. 40, 235-238.
- Báez, Fernando. 2005. *Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak*. Buenos Aires: Sudamericana. 386 p.
- Bajtín, Mijail. 1987. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza. 430 p. (Alianza Universidad; 493).
- Barber, Elsa E.; Nicolás M. Tripaldi y Silvia L. Pisano. 2003. *Facts, Approaches, and Reflections on Classification in the History of Argentine Librarianship*. Joachim, Martin D., ed. *Historical Aspects of Cataloging and Classification*. New York: Haworth Information Press. p. 79-105.

- Barsky, Osvaldo y Jorge Gelman. 2005. Historia del agro argentino: desde la Conquista hasta fines del siglo XX. 2a. ed. Buenos Aires: Grijalbo Mondadori. 460 p. (Historia Argentina).
- Batticuore, Graciela. 2005. La mujer romántica: lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870. Buenos Aires: Edhasa. 366 p.
- Belgrano, Mario. 1932. Las donaciones de Belgrano a la Biblioteca Pública. En *La revista Americana de Buenos Aires*. Año 9, no. 102, 115-120.
- Biedma, Juan Martín. 1944-45. Los bienes y la biblioteca del deán de la Catedral de Córdoba, doctor Nicolás Videla del Pino, al ser electo obispo del Paraguay. En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*. Vol. 29, 194-226.
- Black, Alistair. 1996. A New History of the English Public Library: Social and Intellectual Context, 1850-1914. London: Leicester University Press. 353 p.
- Black, Alistair. 1998. Information and Modernity: The History of Information and the Eclipse of Library History. En *Library History*. Vol. 14, 39-45.
- Black, Alistair. 2006. Information History. En *Annual Review of Information Science and Technology*. Vol. 40, 441-473.
- Blaeu, Joannis, edit. 1648-1672. Atlas mayor, sino cosmographia [y geographia] blaviana en las quales exactamente se describe la Tierra, el Mar y el Cielo. Amstelaedami. 9 v.
- Blondel, J. J. M. 1825. Almanaque político y de comercio de la ciudad de Buenos Ayres para el año 1826. [Edición facsímil]. Prólogo Enrique M. Barba. Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 1968. 305 p.
- Blondel, J. M. M. 1829. Almanaque de comercio de la ciudad de Buenos Aires para el año 1829. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1829. 133 p.
- Blondel, J. J. M. 1830. Almanaque del comercio de la ciudad de Buenos Aires para el año 1830. Buenos Aires: Imprenta Argentina. 151 p.
- Blondel, J. J. M. 1833. Guía de la ciudad y almanaque de comercio de Buenos Aires para el año 1833. Buenos Aires: Imprenta de la Independencia. 74 p.
- Blondel, J. J. M. 1836. Guía de la ciudad y almanaque de comercio de Buenos Aires para el año 1836. Buenos Aires: Imprenta de la Libertad.
- Boletín de las Bibliotecas Populares*, 1 (1872), XII, XLII, LI-LIII.
- Bombini, Gustavo. 2004. Los arrabales de la Literatura: la historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina (1860-1960). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; Miño y Dávila. 416 p. (Ideas en debate).

- Botrel, Jean-François. 1993. Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez. 682 p. (Biblioteca del Libro; 53).
- Bouza Álvarez, Fernando J. 1997. Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII). Madrid: Síntesis. 159 p. [Especialmente el capítulo: "Lectura y bibliotecas": 109-132].
- Braudel, Fernand. 1984 [1968]. La Historia y las Ciencias Sociales. 7a. ed. Madrid: Alianza. 222 p.
- Bravo, Francisco Javier. 1872. Colección de documentos relativos a la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay en el Reinado de Carlos III. Madrid: Establ. Tip. de J. M. Pérez. 404 p.
- Brunet, José. 1973. Los mercedarios en la Argentina. Buenos Aires: Imprenta Sellarés. 103 p.
- Budd, John M. 2001. Knowledge and Knowing in Library and Information Science: A Philosophical Framework. Lanham, Md.: Scarecrow Press. 361 p.
- Buonocore, Domingo. 1948 [1942]. Elementos de Bibliotecología. 2a. ed. corr. y aum. Santa Fe: Imp. Castellví. 571 p.
- Buonocore, Domingo. 1968. Libros y bibliófilos durante la época de Rosas. Córdoba: Dirección General de Publicaciones, Universidad Nacional de Córdoba. 73 p. (Ensayos y estudios).
- Buonocore, Domingo. 1974. Libreros, editores e impresores de Buenos Aires: esbozo para una Historia del Libro argentino. Buenos Aires: Bowker. 260 p.
- Buonocore, Domingo. 1976. Diccionario de Bibliotecología. 2a. ed. aum. Buenos Aires: Marymar. 452 p. (Bibliotecología y Documentación).
- Burke, Peter, ed. 1993. Formas de hacer historia. Madrid: Alianza. 313 p. (Alianza Universidad; 765).
- Burke, Peter. 1998 [1995]. Los avatares de "El Cortesano": lecturas e interpretaciones de uno de los libros más influyentes del Renacimiento. Barcelona: Gedisa. 238 p.
- Burke, Peter. 2001. La cultura popular en la Europa Moderna. Madrid: Alianza. 445 p. (Alianza Universidad; 664).
- Burke, Peter. 2002 [2000]. Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot. Barcelona, Buenos Aires: Paidós. 321 p. (Paidós Orígenes; 32).
- Burucúa, José Emilio. 2006. Aplicaciones del paradigma indiciario al retrato de Lucía

- Carranza de Rodríguez Orey. En su Historia y ambivalencia: ensayos sobre arte. Buenos Aires: Biblios. p. 159-166.
- Busha, Charles H. y Stephen P. Harter. 1990. Métodos de investigación en Bibliotecología: técnicas e interpretación. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. 408 p. (Monografías; 8).
- Cabral, Jorge. 1913. Los cronistas é historiadores de Indias. Buenos Aires: F. Álvarez. 370 p.
- Cabrera, Pablo. 1930. La antigua biblioteca jesuítica de Córdoba. En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Año 11, no. 5-6, 176-216.
- Caillet-Bois, Ricardo. 1929. Inventario de la biblioteca perteneciente a don Francisco de Ortega. En su: *Ensayo sobre el Río de la Plata y la Revolución Francesa*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas. Apéndice no. 1, p. iii-xiii.
- Caillet-Bois, Ricardo. 1963. Mariano Moreno y la fundación de la Biblioteca. En *Mayo: revista del Museo de la Casa de Gobierno*. Tomo 1, no. 3, 85-87.
- Calvo, Nancy; Roberto Di Stefano y Klaus Gallo, coords. 2002. Los curas de la Revolución: vidas de eclesiásticos en los orígenes de la Nación. Prólogo Natalio R. Botana. Buenos Aires: Emecé. 331 p. (Historia argentina).
- Cano, Rafael. 1926. La primera biblioteca de la vieja Catamarca. En *Caras y Caretas*. Año 29, no. 1437. [s/p.].
- Canter, Juan. 1941. Las sociedades secretas y literarias. En Academia Nacional de la Historia. *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862): La revolución de Mayo hasta la Asamblea General Constituyente*. Buenos Aires: Academia. Vol. V, Primera secc. p. 189-305.
- Caro Figueroa, Gregorio A. 2002. Salta: bibliotecas y archivos. Cerrillos, Salta: Los Tarcos. 303 p.
- Castagnino, Raúl H. 1992. Biografía del libro (exégesis y exégetas). Buenos Aires: Cámara Argentina de Publicaciones. 150 p.
- Catálogo de la librería jesuítica. 1943. Introducción de Juan B. Echenique. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Biblioteca Mayor. 311 p.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, dirs. 1998 [1997]. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998. 585 p.
- Certeau, Michel de. 1993. *La escritura de la Historia*. México: Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana. 334 p. (El oficio de la Historia).

- Certeau, Michel de. 2000. *La invención de lo cotidiano: 1. Artes del hacer*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia. 229 p. (El oficio de la Historia).
- Chartier, Roger. 1991. Las prácticas de lo escrito. En *Historia de la vida privada*. Dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby. Madrid: Taurus. Vol. 5, 113-161.
- Chartier, Roger. 1993a. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza. 314 p. (Alianza Universidad).
- Chartier, Roger. 1993b. “¿Qué es un autor?” En su *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza. p. 58-89.
- Chartier, Roger. 1995 [1984 y 1987]. *Sociedad y escritura en la Edad Moderna: la cultura como apropiación*. México: Instituto Mora. 266 p. (Itinerarios).
- Chartier, Roger. 1996a. *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa. 108 p. (LEA; 4).
- Chartier, Roger. 1996b. *Escribir las prácticas: Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial. 127 p.
- Chartier, Roger. 1996c. Les représentations de l'écrit [Las representaciones de lo escrito]. En *Investigación: Publicaciones: Estudios Sociales*. No. 13. <http://www.argiropolis.com.ar/documentos/investigacion/publicaciones/es/13/chartier.htm> [Consulta: 15 mayo 2002].
- Chartier, Roger. 1999. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa. 276 p.
- Chartier, Roger. 2000. *El juego de las reglas: lecturas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 301 p.
- Chartier, Roger. 2003 [1991]. *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa. 263 p. (Historia. Serie. CLA-DE-MA). Especialmente el capítulo: “Los libros, ¿hacen revoluciones?”, p. 81-106.
- Chartier, Roger. 2006. *Inscribir y borrar: cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*. Buenos Aires: Katz. 253 p. (Conocimiento. Cn; 3003).
- Chartier, Anne-Marie y Jean Hébrard. 1994. *Discursos de los bibliotecarios. En su Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa. 583 p.
- Chevalier, Maxime. 1976. *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Turner. 199 p.

- Chiaramonté, José Carlos, comp. 1979. *Pensamiento de la Ilustración: economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 449 p.
- Chiaramonte, José Carlos. 1989. *La Ilustración en el Río de la Plata: cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*. Buenos Aires: Puntosur Editores. 366 p. (La ideología argentina).
- Chiaramonte, José Carlos. 2004. *Nación y Estado en Iberoamérica: el lenguaje político en los tiempos de las independencias*. Buenos Aires: Sudamericana. 218 p. (Sudamericana pensamiento).
- Chiaramonte, José Carlos. 2007 [1997]. *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Emecé. 261 p. + 1 CD. (Biblioteca del pensamiento argentino; 1).
- Chubarian, Ogan Stepanovich. 1976. *Bibliotecología general*. La Habana: Editorial Científica Técnica. 367 p.
- Cinco años en Buenos Aires, por Un inglés. 1962. Pról. de Alejo B. González Garaño. Buenos Aires: Solar. Hachette. 192 p.
- Colección jesuítica en la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba: base de datos e información sobre la colección. 1999. Edición a cargo de Rosa Bestani. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Biblioteca Mayor. 1 CD.
- Comadrán Ruiz, Jorge. 1961. *Bibliotecas cuyanas del siglo XVIII*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Biblioteca Central. 143 p.
- Cornejo, Atilio. 1946. *Bibliotecas privadas de Salta en la época colonial*. En *Boletín del Instituto de San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta*. Vol. 4, no. 16, 67-109.
- Correo de Comercio*. 1810-1811. 1970. Introducción por Ernesto J. Fitte. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia. 20, 412, 48 p. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia; 25). [Edición facsimilar].
- Cucuzza, Héctor Rubén, dir. 2002. *Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina: del catecismo colonial a La razón de mi vida*. Buenos Aires: Miño y Dávila. 344 p.
- Cutolo, Vicente Osvaldo. 1955. *Bibliotecas jurídicas en el Buenos Aires del siglo XVII*. En *Universidad*. No. 30, 105-183.
- Cutolo, Vicente Osvaldo. 1968-1986. *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*. Buenos Aires: Elche... [et. al.]. 7 v.

- Cutolo, Vicente Osvaldo. 1970. *Escribanos porteños del siglo XVIII*. La Plata: Instituto de Historia del Notariado. 23 p. (Monografías; 29).
- Dahl, Svend. 1972. *Historia del libro*. Madrid: Alianza. 319 p. (El Libro de Bolsillo. Historia; 373).
- Darnton, Robert. 1993. *Historia de la lectura*. En Burke, Peter, ed... [et. al.]. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 177-208.
- Darnton, Robert. 1998 [1984]. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 247 p.
- Darnton, Robert. 2003a [1982]. *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen*. Madrid: Turner. 269 p. (Noema; 31).
- Darnton, Robert. 2003b. *El coloquio de los lectores*. México: Fondo de Cultura Económica. 460 p.
- Darnton, Robert. 2006. [1979]. *El negocio de la Ilustración: historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*. México: Fondo de Cultura Económica, Librería. 698 p. (Libros sobre Libros).
- [de Angelis, Pedro]. 1836. *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810, hasta el fin de diciembre de 1835*. Buenos Aires: Imprenta del Estado. 2 v.
- de Angelis, Pedro. 1836-1837. *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias de Río de la Plata*. Buenos Aires: Imprenta del Estado. Vol. 1.
- Denzin, Norman K. e Yvonna S. Lincoln, eds. 2000. *Handbook of Qualitative Research*. 2nd. ed. Thousand Oaks: Sage Publications. xx, 1065, [57] p.
- Devoto, Fernando y Marta Madero, dirs. 1999. *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus. 3 v.
- Di Stefano, Roberto. 2001. *Religión y cultura: libros, bibliotecas y lecturas del clero secular rioplatense (1767-1840)*. En *Bulletin Hispanique*. No. 2, 511-541.
- Di Stefano, Roberto. 2004. *El púlpito y la plaza: clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*. Buenos Aires: Siglo XXI. 270 p. (Historia y Cultura).
- Di Stefano, Roberto y Loris Zanatta. 2000. *Historia de la Iglesia argentina: desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo Mondadori. 604 p. (Historia argentina).

- Dictionnaire universel françois et latin, vulgairement appelé Dictionnaire de Trévoux. 1771. Nouv. ed. Paris: Compagnie des Libraires Associés. 8 v.
- Diderot, Denis. 2003. Carta sobre el comercio de libros. Estudio preliminar de Roger Chartier. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 158 p.
- Documentos para la Historia Argentina: tomo XI. 1919. Territorio y población: Padrón de la ciudad de Buenos Aires (1778). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. p. 200-209.
- Documentos para la Historia Argentina: tomo XVIII. 1924. Cultura. La enseñanza durante la época colonial (1771-1810). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas. Fuente citada en: Archivo General de la Nación. Gobierno Colonial. Temporalidades de Santa Fe. Legajo 1, expediente No. 15.
- Donoso, Ricardo. 1963. Un letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Historia Argentina. 2 v.
- Draghi Lucero, Juan. 1949. La biblioteca de los jesuitas de Mendoza durante la Época Colonial. En *Revista de Historia*. Año 1, no. 1, 95-165.
- Echagüe, Juan Pablo. 1939. Libros y bibliotecas: influencia de las bibliotecas en el proceso histórico argentino. Buenos Aires: Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. 103 p.
- Eisenstein, Elizabeth L. 1994 [1983]. La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea. Madrid: Akal. 280 p. (Universitaria; 162).
- El Americano*, Buenos Aires, no. 10, viernes 4-VI-1819, 4-5.
- El Argos de Buenos Aires*, 19 (sábado 23 de marzo de 1822), 77.
- El Argos de Buenos Ayres*, no. 21, sábado 25-VIII-1821. En Junta de Historia y Numismática Americana. 1937. *El Argos de Buenos Aires: 1821*. Reimpresión facsímil dirigida por los señores Antonio Dellepiane, Mariano de Vedia y Mitre y Rómulo Zabala; y prologada por Arturo Capdevila. Buenos Aires: la Junta. p. 129.
- El Censor*, Buenos Aires, martes 17-III-1812. En Senado de la Nación. 1960. Biblioteca de Mayo. Buenos Aires: Senado. Vol. 7, 5.845.
- El Grito del Sud.*, No. 1, 14 de julio de 1812 – No. 30, 2 de febrero de 1813, Tomo 1, 220 p. Buenos Aires: Imprenta de Niños Expósitos.
- Elias, Norbert. 1987. El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. Madrid: F.C.E. 581 p. (Obras de Sociología).

- Elliott, John H. 2006. Imperios del Mundo Atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830. Madrid: Taurus. 830 p. (Taurus Historia).
- Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers. 1751-1780. Paris: Chez Briasson, Pavia, Lebreton, Durand. 35 v.
- Escarpit, Robert. 1968. La revolución del libro. Madrid: Alianza. 205 p. (Humanidades. El Libro de Bolsillo; 148).
- Escarpit, Robert. 1981. Teoría general de la información y de la comunicación. 2a ed. Barcelona: ICARIA. 318 p.
- Escolar Sobrino, Hipólito. 1985. Historia de las bibliotecas. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez. 566 p. (Biblioteca del Libro; 3).
- Escolar Sobrino, Hipólito. 2000. Manual de Historia del Libro. Madrid: Gredos. 423 p.
- Falconer, Graham. 2001. Autour d'un cabinet de lecture. Textes réunis et présentés par Graham Falconer. Toronto: Centre d'Études du XIXe. Siècle Joseph Sablé. 271 p.
- Feraud, F. G. 1809. A New Mercantile Spanish Grammar, in five parts. London. In-4°.
- Fernández, Stella Maris, dir. 1996. La investigación, las bibliotecas y el libro en cien años de vida de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: FFyL-UBA. 599 p.
- Fernández Armesto, María Verónica. 2005. Lectores y lecturas económicas en Buenos Aires a fines de la época colonial. En *Información, Cultura y Sociedad*. No. 13, 29-56.
- Fernández Sebastián, Javier. [2007]. El mundo atlántico como laboratorio conceptual (1750-1850): bases para un *Diccionario histórico del lenguaje político y social en Iberoamérica*. <<http://foroiberoideas.cervantesvirtual.com/new/data/55.doc>> [Consulta: 15 marzo 2007].
- Ferreya Álvarez, Avelino. 1950. Biblioteca del Convento de los RR. PP. Mercedarios de Córdoba: siglo XVI-XVII. En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Año 37, no. 3-4, 583-663.
- Ferreya Álvarez, Avelino. 1952. Catálogo de la Biblioteca del Convento de la Merced de Córdoba (R.A.): obras de los siglos XVI, XVII y XVIII. En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Año 39, no. 2, 575-592.
- Feyerabend, Paul. 1986. Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento. Madrid: Tecnos. 319 p. (Filosofía y Ensayo).

- Finó, J. Frédéric. 1940. Elementos de Bibliología. Buenos Aires: Coni. 368 p.
- Finó, J. Frédéric y Luis A. Hourcade. 1952. Evolución de la Bibliotecología en la Argentina: 1757-1952. En *Universidad*, Santa Fe. No. 25; 265-301.
- Finó, J. Frédéric y Luis A. Hourcade. 1954. Tratado de Bibliología. Santa Fe: Castellvi. 382 p.
- Fors, Luis Ricardo. 1900. Biblionomía. En *Boletín de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires*. Nos. 15, 16, 17, etc.
- Foucault, Michel. 1987. El orden del discurso. 3a. ed. Madrid: Tusquets. 63 p. (Cuadernos marginales; 36).
- Foucault, Michel. 1991 [1969]. La arqueología del saber. México: Fondo de Cultura Económica. 355 p.
- Foucault, Michel. 1998 [1966]. Las palabras y las cosas: una arqueología de las Ciencias Humanas. México: Siglo XXI. 375 p.
- Fregeiro, C. L. 1879. Don Bernardo Monteagudo: ensayo biográfico. Buenos Aires: Igon Hermanos. [Información sobre los libros de B. Monteagudo: p. 433-436].
- Frenk, Margit. 2005 [1997]. Entre la voz y el silencio: la lectura en tiempos de Cervantes. México: Fondo de Cultura Económica. 222 p. (Lengua y Estudios Literarios).
- Frigerio, José Oscar. 1986. Chorroarín, el fundador de la Biblioteca Nacional. En *Historia*. Año 6, no. 23, 75-99.
- Frisby, David. 1992. Fragmentos de la modernidad: teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin. Madrid: Visor. 500 p. (La Balsa de la Medusa; 51).
- Furlong, Guillermo. 1925. Las bibliotecas jesuíticas en las reducciones del Paraguay y del Chaco. En *Estudios*. Vol. 29, 52-56 y 469-473.
- Furlong, Guillermo. 1939. Bio-bibliografía del Deán Funes. Córdoba: Instituto de Estudios Americanistas, Universidad Nacional de Córdoba. p. 383-387.
- Furlong, Guillermo. 1944. Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica. Buenos Aires: Huarpes. 180 p.
- Furlong, Guillermo. 1947. Orígenes del arte tipográfico en América: especialmente en la República Argentina. Buenos Aires: Huarpes. 225 p.
- Furlong, Guillermo. 1953-. Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses: 1700-1850. Buenos Aires: Guaranía. 4 v.

- Furlong, Guillermo. 1968. En defensa de Luis José Chorroarín. En *Archivum*. Vol. 10, 49-62.
- Furlong, Guillermo. 1969. Historia social y cultural del Río de la Plata: 1536-1810: El trasplante cultural: arte. Buenos Aires: TEA. Vol. 1. p. 1-80.
- Gaceta de Buenos Aires (1810-1821)*: reimpresión facsimilar. 1910. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana. Vol. 1, 384-386.
- Gadamer, Hans-Georg. 1984. Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica. 3a. ed. Salamanca: Sígueme. 687 p.
- Gadamer, Hans-Georg. 1993. El problema de la conciencia histórica. Madrid: Tecnos. 116 p. (Cuadernos de Filosofía y Ensayos).
- Gadoffre, Gilbert, dir. 1997. Certidumbres e incertidumbres de la Historia. Traducción de Hugo Fazio. Bogotá, Buenos Aires: Editorial Universidad Nacional (EUN). 262 p.
- Gammalsson, Hjalmar Edmundo. 1974. Don Facundo de Prieto y Pulido. En *Investigaciones y ensayos*. No. 16, 331-339.
- Gandía, Enrique de. 1961. Introducción. En Academia Nacional de la Historia. *El Grito del Sud*. Buenos Aires: Academia. p. 9-44. (Periódicos de la época de la Revolución de Mayo; 2).
- Garavaglia, Juan C. 1999. Poder, conflicto y relaciones sociales: el Río de la Plata, XVIII-XIX. Buenos Aires: Homo Sapiens. 212 p. (Pasados posibles).
- García Belsunce, César A. 1997. Feliciano Pueyrredón. En *Investigaciones y Ensayos*. Vol. 47, 187-216.
- García de Loydi, Ludovico. 1972. Cuándo y por quién fue fundada jurídicamente la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En *Investigaciones y ensayos*. No. 12, 557-570.
- García de Loydi, Ludovico. 1973. Una luz en la Manzana de las Luces: Chorroarín. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Secretaría de Cultura. 198 p.
- García-Godoy, Cristián. 1999. Las bibliotecas de San Martín y de Godoy Cruz: ¿Repositorios fundacionales de algunas de sus conductas históricas? En *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. 3a. ép., no. 3, 33-49.
- Gazeta de Buenos Ayres*, 13 de septiembre de 1810.
- Geertz, Clifford. 1990. La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa. 387 p. (Hombre y Sociedad. Meditaciones; 25).

- Gelman, Jorge. 1998a. Campesinos y estancieros: una región del Río de la Plata a fines de la época colonial. Buenos Aires: Los Libros del Riel. 333 p.
- Gelman, Jorge. 1998b. El mundo rural en transición. En Goldman, Noemí, dir. 1998. Revolución, República, Confederación (1806-1852). Buenos Aires: Sudamericana. p. 71-101. (Nueva Historia Argentina; 3).
- Ginzburg, Carlo. 1999 [1976]. El queso y los gusanos. 3a ed. Barcelona: Muchnik. 251 p.
- Ginzburg, Carlo. 2003. [1989]. Historia nocturna: las raíces antropológicas del relato. Barcelona: Península. 635 p.
- Goldman, Noemí. 1988. El discurso como objeto de la historia. El discurso político de Mariano Moreno. Buenos Aires: Hachette. 313 p.
- Goldman, Noemí. 1992. Historia y lenguaje: los discursos de la Revolución de Mayo. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 168 p.
- Goldman, Noemí, dir. 1998. Revolución, República, Confederación (1806-1852). Buenos Aires: Sudamericana. 445 p. (Nueva Historia Argentina; 3).
- Goldman, Noemí y N. Souto. 1997. De los usos a los conceptos de 'nación' y la formación del espacio político en el Río de la Plata (1810-1827). En *Secuencia*. N. Ép., no. 37, 35-56.
- Gombrich, Ernst H. 2004. [1969]. Breve historia de la cultura. Barcelona: Península. 207 p. (Atalaya; 145).
- González Arrili, Bernardo. 1968. Luis José Chorroarín. En *Investigaciones y ensayos*. No. 4, 293-302.
- González Garaño, Alejo B. 1933. César Hipólito Bacle: litógrafo del Estado: Buenos Aires, 1828-1838. Buenos Aires: Amigos del Arte. 64 p.
- Grafton, Anthony. 1998. Los orígenes trágicos de la erudición: breve tratado sobre la nota a pie de página. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 178 p. (Obras de Historia).
- Grenón, Juan Pedro. 1929. Altagracia. Córdoba. (Documentos históricos; 14).
- Grenón, Juan Pedro. 1961. Dos bibliotecas episcopales de la época de la revolución. En *Archivum*. Vol. 5, 263-274.
- Groussac, Paul. 1893. Prefacio. En Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional seguido de una tabla alfabética de autores. Tomo primero. Ciencias y artes. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. p. V-XCIX. Otra edición: Groussac, Paul.

- 1967 [1893]. Historia de la Biblioteca Nacional. Buenos Aires: [Biblioteca Nacional]. 67 p.
- Guerra, François-Xavier. 1992. Modernidad e independencias: ensayos sobre las revoluciones hispánicas. Madrid: Mapfre. 406 p. (Mapfre 1492; 11. Relaciones entre España y América; 16).
- Guerra, François-Xavier; Annick Lempérière, et al. 1998. Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica. 366 p.
- Guerreros Torres, Bernabé. 1826. Guía de forasteros y almanak histórico-estadístico de América: Año de 1826. Buenos Aires: Imprenta Argentina. p. 64-65.
- Guha, Ranahit. 2002. Las voces de la Historia: y otros estudios subalternos: Prólogo de Joseph Fontana. Barcelona: Crítica. 114 p. (Crítica/Historia y Teoría).
- Gutiérrez, José María. 2004. Recuperación de la donación de Manuel Belgrano a la Biblioteca Pública de Buenos Ayres. En *Anales del Instituto Nacional Belgraniano*. No. 11, 159-176.
- Gutiérrez, Juan María. 1915. Origen y desarrollo de la enseñanza Pública Superior en Buenos Aires. 2a. ed. Buenos Aires: La Cultura Argentina. 645 p.
- Gutiérrez, Leandro H. y Luis Alberto Romero. 1995. Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra. Buenos Aires: Sudamericana. 212 p.
- Habermas, Jürgen. 1988. La lógica de las Ciencias Sociales. Madrid: Tecnos. 506 p.
- Halperin Donghi, Tulio. 1961a. Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo. Buenos Aires: Eudeba. 226 p. (Biblioteca de América).
- Halperin Donghi, Tulio. 1961b. El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Cátedra de Historia Social. 83 p. (Ensayos de Historia Social; 3).
- Halperin Donghi, Tulio. 1971. Argentina: de la revolución de independencia a la confederación rosista. Buenos Aires: Paidós. 430 p. (Historia Argentina; 3).
- Halperin Donghi, Tulio. 1972. Revolución y guerra: formación de una elite dirigente en la Argentina criolla. Buenos Aires: Siglo Veintiuno. 419 p. (Historia).
- Halperin Donghi, Tulio, comp. 1978. El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica. Buenos Aires: Sudamericana. 247 p. (Historia y Sociedad).
- Halperin Donghi, Tulio. 1985. Reforma y disolución de los imperios ibéricos: 1750-1850. Madrid: Alianza. 383 p. (Historia de América Latina; 3).

- Hanon, Maxine. 2005. *Diccionario de británicos en Buenos Aires (primera época)*. Buenos Aires: El Autor. 891 p.
- Heller, Ágnes. 2002 [1970]. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península. 687 p. (Ediciones de bolsillo; 98/1. Biblioteca Ágnes Heller).
- Hérubel, Jean-Pierre V. M. 2004. *Historiography's Horizon and Imperative: The Legacy of Febvrian Annales and Libray History as Cultural History*. En *Libraries & Culture*. Vol. 39, 293-312.
- Hoberman, Louisa Schell y Susan Midgen Socolow, comps. 1993. *Ciudades y sociedad en latinoamérica colonial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 397 p. (Obras de Historia).
- Hobsbawm, Eric. 1998 [1997]. *Sobre la Historia*. Barcelona: Crítica; Grijalbo Mondadori. 298 p. (Libros de Historia).
- Hunt, Lynn Avery, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley, California: University of California Press. 244 p. (Studies on the History of Society and Culture; 6).
- Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina: Jornadas nacionales. 1990. Palabras preliminares Gregorio Weinberg. Buenos Aires: Comité Argentino para el Bicentenario de la Revolución Francesa, Grupo Editor Latinoamericano. 399 p. (Estudios políticos y sociales).
- Index librorum Bibliothecae Collegii Maximi Cordubensis Societatis Jesu: Anno 1757. Edición crítica, filológica y bibliográfica. 2005. Estudio crítico: Alfredo Fraschini. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. 782 p.
- Inventario de documentos publicados en *El Grito del Sud* (...). En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. *Suplemento* al T. V, no. 29, jul.-sept. 1926, (no. 1) — *Suplemento* al T. V, no. 30, oct.-dic. 1926, (no. 2), p. 33-53.
- Isabelle, Arsène. 1943. [1835]. *Viaje a Argentina, Uruguay y Brasil, en 1830*. Buenos Aires: Americana. 454 p.
- Jackson, H. J. 2001. *Marginalia: Readers Writing in Books*. New Haven, Conn.: Yale University. 324 p.
- Jackson, Sidney L. 1974. *Libraries and Librarianship in the West: A Brief History*. New York: McGraw-Hill. 489 p.
- Jardine, Lisa y Anthony Grafton. 1990. *Studied for action: How Gabriel Harvey read his Livy*. En *Past & Present*. No. 129, 30-78.
- Jauss, Hans Robert. 1992. *Experiencia estética y hermenéutica literaria: ensayos en el campo de la experiencia estética*. 2a. ed. corr. y aum. Madrid: Taurus. 446 p. (Humanidades; 336. Teoría y crítica literaria).

- Juarroz, Roberto. 1971. El Curso Audiovisual de Bibliotecología para América Latina: UNESCO, 1969. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, Biblioteca Central. 75 p.
- Junta de Historia y Numismática Americana. 1910. *Gaceta de Buenos Aires (1810-1821)*: reimpresión facsimilar. Buenos Aires: Junta. 6 v.
- Kemp, D. Alasdair. 1976. *The Nature of Knowledge: an introduction for librarians*. London: Clive Bingley. 199 p.
- Kossok, Manfred. 1972. El Virreinato del Río de la Plata: su estructura económica-social. Buenos Aires: La Pléyade. 157 p.
- Kuhn, Thomas S. 1996 [1962]. *La estructura de las revoluciones científicas*. Buenos Aires, México: Fondo de Cultura Económica. 319 p.
- La Prensa Argentina: semanario político y económico*, Buenos Aires, martes 17-X-1815. En Senado de la Nación. 1960. Biblioteca de Mayo. Buenos Aires: Senado. Vol. 7, 5.946.
- Lancaster, F. W. 1996. *Evaluación de la biblioteca*. Madrid: Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas (ANABAD). (Estudios).
- Le Goff, Jacques. 1995 [1977]. *Pensar la Historia*. Barcelona: Altaya. 267 p.
- Le Goff, Jacques y P. Nora, comps. 1978-80. [1974]. *Hacer la Historia*. Barcelona: Laia. 3 v.
- Legón, Faustino J. 1920. *Doctrina y ejercicio del Patronato Nacional*. Buenos Aires. 628 p.
- Leonard, Irving. A. 1996 [1949]. *Los libros del Conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica. 397 p. (Lengua y estudios literarios). [Otras reimpresiones: 1953, 1979].
- Lerner, Fred. 1999. *Historia de las bibliotecas del mundo: desde la invención de la escritura hasta la era de la computación*. Buenos Aires: Troquel. 283 p.
- Lértora Mendoza, Celina. 1991. Biblioteca mercedaria colonial de la Provincia de Tucumán. En *Analecta mercedaria*. Año 10, 473-606.
- Lettieri, Alberto. 1999. *La República de la Opinión: política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*. Buenos Aires: Biblos. 168 p.
- Levaggi, Abelardo. 1980. La biblioteca del doctor Francisco Pombo de Otero. En *Revista de Historia del Derecho*. No. 8, 475-500.

- Levene, Ricardo. 1938. El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: estudio histórico sobre la fundación y formación de la Biblioteca Pública en 1810 hasta su apertura en marzo de 1812. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. 180 p.
- Levene, Ricardo. 1945. Historia del derecho argentino. Buenos Aires: Kraft. 11 v. [Especialmente los volúmenes siguientes: v. 2, 451-453; 476-477; v. 3, 441-443].
- Levene, Ricardo. 1949. Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno: contribución al estudio de los aspectos político, jurídico y económico de la Revolución de 1810. 3a. ed. corr. y ampl. Buenos Aires: El Ateneo. 3 v.
- Levene, Ricardo. 1950. Fundación de una biblioteca pública en el convento de la Merced de Buenos Aires, durante la época hispánica, en 1794. En *Humanidades*. Tomo 32, 27-51.
- Levi, Giovanni. 1990. La herencia inmaterial: la historia de un exorcista piamontés del siglo XVII. Madrid: Nerea. 214 p.
- Levi, Giovanni. 1993. Sobre microhistoria. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 119-143. (Alianza Universidad; 765).
- Lewin, Boleslao. 1980. Rousseau en la Independencia de Latinoamérica. Buenos Aires: Depalma. 157 p.
- Lista de libros pertenecientes a Don Domingo Matheu. 1960a. En *Gobernantes de Mayo*. Buenos Aires: S.E.H.A Seminario de Estudios de Historia Argentina, Ediciones Humanismo. p. 347-350.
- Lista de libros pertenecientes al presbítero Manuel M. Alberti. 1960b. En *Gobernantes de Mayo*. Buenos Aires: S.E.H.A Seminario de Estudios de Historia Argentina, Ediciones Humanismo. p. 357-361.
- Llamosas, Esteban F. 1999. Notas sobre las obras jurídicas de la biblioteca cordobesa de la Compañía de Jesús en el siglo XVIII. En *Revista de Historia del Derecho*. No. 27, 413-425.
- Lucero, Amador L. 1910. Nuestras bibliotecas desde 1810. Buenos Aires: Coni. 190 p.
- Luque Colombres, Carlos A. 1943. Abogados en Córdoba del Tucumán. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. 56 p.
- Luque Colombres, Carlos A. 1945. Libros de derecho en bibliotecas particulares cordobesas: 1573-1810. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas. 78 p.

- Lynch, John. 1962. Administración colonial española: 1782-1810: El sistema de intendencias en el Virreinato del Río de la Plata. Buenos Aires: Eudeba. 311 p. (Biblioteca de América. Temas / Historia).
- Lynch, John. 2000. La capital de la colonia. En Romero, José Luis y Luis Alberto Romero, dirs. Buenos Aires: historia de cuatro siglos: Tomo 1: Desde la Conquista hasta la Ciudad Patricia. 2a. ed. ampl. y actual. Buenos Aires: Altamira. p. 43-60.
- Mallo, Silvia C. 2000. La sociedad entre 1810 y 1870. En Academia Nacional de la Historia. Nueva Historia de la Nación Argentina: La configuración de la República independiente: 1810-c.1914. Buenos Aires: Academia, Planeta: Vol. 4, 109-131.
- Malone, Cheryl Knott; Hermina G.B. Anghelescu y John Mark Turcker, eds. 2006. Libraries & Culture: Historical Essays Honoring the Legacy of Donald G. Davis, Jr. Washington, D.C.: Library of Congress, The Center for the Book, 2006. 294 p. [Originalmente publicado como un número especial de *Libraries & Culture*. Vol. 40, no. 3, Summer 2005)].
- Manguel, Alberto. 1999. Una historia de la lectura. Santa Fe de Bogotá: Norma. 477 p.
- Manual de Bibliotecología para bibliotecas populares. 1951. Por Juan Albani... [et al.]. Buenos Aires: Kapelusz. 259 p. (Contribuciones bibliotecológicas; 1).
- [Manuscrito de nombres de personas y aportes económicos al convento "San Ramón" de la Merced]. Manuscrito del siglo XVIII-XIX. Biblioteca del convento de La Merced (Buenos Aires)].
- Manzo, Ana Inés. 1960. Un bibliotecario prócer. En *Revista de Educación*. Nueva serie, año 5, no. 5-6, 44-52.
- Manzo, Ana Inés. 1961. Mayo y los orígenes de la Biblioteca Nacional. En Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo. La Plata: Universidad Nacional de la Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. p. 161-185.
- Marfany, Roberto H. 1958. El pronunciamiento de Mayo. Buenos Aires: Theoria. 91 p.
- Marfany, Roberto H. 1961. El Cabildo de Mayo. Buenos Aires: Theoria. 116 p.
- Mariluz Urquijo, José María. 1955. La biblioteca de un oidor de la Real Audiencia de Buenos Aires. En *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*. Vol. 10, no. 44, 808-814.
- Mariluz Urquijo, José María. 1974. Inventario de la biblioteca del secretario del Virreinato Manuel Gallego. En su Orígenes de la burocracia rioplatense: la secretaría del Virreinato. Buenos Aires: Cabargón. p. 126-132.

- Mariluz Urquijo, José María. 1975. El asesor letrado del Virreinato del Río de la Plata. En *Revista de Historia del Derecho*. No. 3. p. 191-193.
- Mariluz Urquijo, José María. 1987a. El horizonte femenino porteño de mediados del Setecientos. En *Investigaciones y ensayos*. No. 36, 57-91.
- Mariluz Urquijo, José María. 1987b. El Virreinato del Río de la Plata en la época del marqués de Avilés (1799-1801). 2a ed. Buenos Aires: Plus Ultra. 670 p. (Colección del 5° Centenario; 5).
- Martínez Martín, Jesús A. 1991. Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 404 p. (Biblioteca de Historia; 11).
- Martínez Villada, Luis G. 1919. Notas sobre la cultura cordobesa en la época colonial. En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Año. 6, no. 9-10, 162-199.
- Martínez Zuviría, Gustavo. 1938a. El verdadero fundador de la Biblioteca Nacional. En *Estudios*. Año 28, t. 59, no. 323, 419-442.
- Martínez Zuviría, Gustavo. 1938b. La Biblioteca Nacional en 1937: memoria elevada al Excmo. Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública Dr. D. Jorge E. Coll. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. 138 p.
- McKenzie, D. F. 2005. Bibliografía y sociología de los textos. Madrid: Akal. 143 p. (Akal Universitaria. Historia Moderna; 238).
- McKitterick, David. 1992. Books, Libraries, and Society: the Past Ever with Us. En *Libraries & Culture*. Vol. 27, 321-251.
- Merlo, Juan Carlos. 1993-1994. Historia de la Biblioteca Nacional. En *Biblioteca*. Año 1, no. 1, 56-59; año 1, no. 2, 72-57; año 1, no. 3, 76-80 y año 1, no. 4, 74-77.
- Mileo Vaglio, Alicia T. 1970-1971. Biblioteca Nacional: 1829-1832/1833-1852: época de Rosas. [Buenos Aires. 44 p.]. [Fotocopia mecanografiada].
- Millares Carló, Agustín. 1971. Introducción a la Historia del Libro y de las Bibliotecas. México: Fondo de Cultura Económica. 399 p. (Lengua y Estudios Literarios).
- Mitre, Bartolomé. 1881. Los bibliófagos (Extracto de una bibliografía americana). Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo. 22 p. [Separata]. Originariamente en: *Nueva revista de Buenos Aires*. T. 1, no. 4, julio 1881, p. 533-552).
- Molina, Raúl A. 1948. La biblioteca de Francisco Bernardo Xijón. En su Primeros médicos de la ciudad de la Santísima Trinidad. Buenos Aires: Lancestremere. p. 101-156.

- Molina, Raúl A. 1950-51. Juan de Vergara, señor de vidas y haciendas en el Buenos Aires del siglo XVII. En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Vol. 24-25, 71
- Molina, Raúl A. 1958. Miguel de Riglos, el hombre que llenó medio siglo de Buenos Aires y su biblioteca histórica. En *Historia*. No. 11, 20-44.
- Molina Campos, Enrique. 1995. Teoría de la Biblioteconomía. Edición póstuma a cargo de Rafael Olivares. Granada: Universidad de Granada. 282 p. (Monografía. Biblioteconomía y Documentación; 203).
- Moll, Jaime. 1994. De la imprenta al lector: estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII. Madrid: Arco/Libros. 174 p. (Instrumenta Bibliológica).
- Moreno, Manuel. 1812. Vida y memorias del Dr. Dn. Mariano Moreno, Secretario de la Junta de Buenos Ayres, capital de las Provincias del Río de la Plata: con una idea de su revolución, y de la de México, Caracas, &c. Londres: J. M'Creery.
- Moreno, Mariano. 1896. Escritos de Mariano Moreno; con un prólogo de Norberto Piñero. Buenos Aires: Ateneo. 581 p. (Biblioteca del "Ateneo"; 1).
- Mörner, Magnus. 1986 [1968]. Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata. Buenos Aires: Hyspamérica. 261 p. (Biblioteca argentina de Historia y Política; 13).
- Museo Mitre. 1907. Catálogo de la Biblioteca. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. 704 p.
- Nep, Víctor. 1977. Historia gráfica del libro y la imprenta. Buenos Aires: Leru. 351 p.
- New, Peter G. 1978. Education for Librarianship. London: Clive Bingley. 174 p.
- Ong, Walter J. 1993 [1982]. Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 190 p. (Lengua y estudios literarios).
- Otero, José Pacífico. 1961. Catálogo de la biblioteca que poseía San Martín y regaló a la ciudad de Lima. En *San Martín y su preocupación por la cultura*. Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano. p. 16-26.
- Palcos, Alberto. 1936a. [La Biblioteca de Benito González Rivadavia]. En su *La visión de Rivadavia: ensayo sobre Rivadavia y su época hasta la caída del Triunvirato*. Buenos Aires: El Ateneo. p. 38-39.

- Palcos, Alberto. 1936b. La cultura pública y los comienzos de la Biblioteca Nacional. En su *La visión de Rivadavia: ensayo sobre Rivadavia y su época hasta la caída del Triunvirato*. Buenos Aires: El Ateneo. p. 208-212.
- Palma, Federico. 1958. Bibliotecas y librerías correntinas. [Corrientes]: Asociación de Maestros de Corrientes. 54 p.
- Parada, Alejandro E. 1994. Introducción a una bibliografía crítica sobre bibliotecas coloniales privadas: punto de partida para una relectura bibliotecaria de la historia de la bibliotecas argentinas. Buenos Aires. 98 p. [Inédito]. (Existe, además, una importante bibliografía –también inédita– confeccionada por Horacio V. Zabala: *Bibliografía: apuntes para una historia del libro, la imprenta y las bibliotecas en el Río de la Plata*).
- Parada, Alejandro E. 1997. Manuel Selva y los estudios bibliográficos y bibliotecológicos en la Argentina: tributo a un maestro olvidado. En *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*. No. 3, 21-58.
- Parada, Alejandro E. 1997-98. Libros de Medicina en bibliotecas particulares argentinas durante el período hispánico: primera parte. En *Saber y tiempo: revista de Historia de la Ciencia*. Buenos Aires. Vol 1, no. 4, [463]-488; segunda parte: Listado preliminar. En *Saber y tiempo: revista de Historia de la Ciencia*. Vol. 2, no. 5, [113]-133.
- Parada, Alejandro E. 1998a. Lectura y lectores durante la primera década independiente (1810-1820). En *Los días de Mayo*. Coord. Alberto David Leiva. San Isidro, Pcia. de Buenos Aires: Academia de Ciencias y Artes de San Isidro. Vol. 1, 347-363.
- Parada, Alejandro E. 1998b. El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas. 174 p. (Cuadernos de Bibliotecología; 17).
- Parada, Alejandro E. 1998c. Polémica sobre el estado de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En su *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una lectura a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). p. 36-38.
- Parada, Alejandro E. 2002a. Crisis en la Argentina. Una respuesta desde la historia de las bibliotecas públicas. En *Información, cultura y sociedad*. No. 6, 7-13.
- Parada, Alejandro E. 2002b. De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: 1779-1812. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; Errejetapé. 200 p.

- Parada, Alejandro E. 2003a. La Historia del Libro, de las Bibliotecas y de la lectura en la Argentina: una aproximación a sus nuevos ámbitos y tipologías. En *Referencias*. Vol 8, no. 1, 10-11.
- Parada, Alejandro E. 2003b. El libro y sus ámbitos. En *Nueva Historia de la Nación Argentina. La Argentina en siglo XX: 1914-1983, X. Dimensión Cultural*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, Planeta. Vol. 10, 137-163.
- Parada, Alejandro E. 2005. El orden y la memoria en la Librería de Duportail Hermanos: un catálogo de 1829. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 192 p.
- Parada, Alejandro E. 2006. Representaciones y prácticas de la lectura en El Diario de la Juventud de Mitre. En *Homenaje a Bartolomé Mitre: centenario de su fallecimiento (1906-2006)*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras. p. 107-122.
- Parada, Alejandro E. 2007. Cuando los lectores nos susurran: libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 229 p. (Cuadernos de Bibliotecología; 21).
- Parent-Lardeur, Françoise. 1999. Lire à Paris au temps de Balzac: les cabinets de lecture à Paris: 1815-1830. 2^e. rev. et augm. Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales. 300 p.
- Peña, David. 1916. Historia de las leyes de la Nación Argentina: digesto anotado y concordado en orden cronológico, alfabético y por materias de 1810 a 1916. Buenos Aires: Ateneo Nacional. 2 v.
- Peña, Enrique A. 1935. Estudio de los periódicos y revistas existentes en la "Biblioteca Enrique Peña". Buenos Aires: Imprenta Amorrortu. 624 p.
- Penna, Carlos Víctor. 1945. Catalogación y clasificación de libros. Prólogo de E. G. Gietz. Buenos Aires: Acmé. xxi, 279 p. (Bibliotecología; 1). [Varias ediciones].
- Penna, Carlos Víctor. 1970. Planeamiento de los servicios bibliotecarios y de documentación. 2a. ed. rev. y aum. por P. H. Sewell y Herman Liebaers. París: UNESCO; Madrid: Oficina de Educación Iberoamericana. 229 p. (Manuales de la UNESCO para las bibliotecas; 17).
- Petrucci, Armando. 1999. Alfabetismo, escritura, sociedad. Barcelona: Gedisa, 1999. 319 p. (LEA).
- Petrucci, Armando. 2003. La ciencia de la escritura: primera lección paleográfica. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 155 p.
- Piaggio, Agustín. 1912. El clero y la Biblioteca Pública. En su Influencia del clero en la Independencia Argentina (1810-1820). Barcelona: Gili. p. 175-198.

- Piccirilli, Ricardo. 1942. *Carlos Casavalle: impresor y bibliófilo*. Buenos Aires: Julio Suárez. 328 p.
- Piccirilli, Ricardo. 1960. *Rivadavia y su tiempo*. Buenos Aires: El Ateneo. 3 v.
- Piccirilli, Ricardo; Francisco L. Romay y Leoncio Gianello. 1953-54. *Diccionario histórico argentino*. Buenos Aires: Ediciones Históricas Argentinas. 6 v.
- Piglia, Ricardo. 2005. *El último lector*. Barcelona: Anagrama, 2005. 190 p. (Narrativas hispánicas; 376).
- Porras Barrenechea, Raúl. 1963. *Fuentes históricas peruanas*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea. 601 p.
- Prieto, Adolfo. 1988. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana. 241 p.
- [Primeras donaciones de libros en la Biblioteca Pública de Buenos Aires: legados de particulares]. 1944. En *Revista de la Biblioteca Nacional*. Vol. 10, no. 30, 493-504; vol. 11, no. 32, 495-503; etcétera.
- Probst, Juan. 1946. *Juan Baltasar Maziel: el maestro de la generación de Mayo*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Didáctica. 484 p. (Trabajos de investigación y de tesis; 9).
- Quesada, Vicente G. 1877. *Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina: con un Apéndice sobre el Archivo General de Indias en Sevilla, la Dirección de Hidrografía y la Biblioteca de la Real Academia de la Historia en Madrid*. Buenos Aires: Imprenta y Librerías de Mayo. Vol. 1. 651 p.
- Quiroga, Marcial I. 1972. *Manuel Moreno*. Buenos Aires: Eudeba. 1972. 252 p. (Biblioteca Cultural. Argentina). [Especialmente el apartado dedicado a "Los libros del doctor Manuel Moreno": p. 213-220].
- Ramos Pérez, Rosario. 2003. *Ephemera: la vida sobre papel*. Colección de la Biblioteca Nacional. Madrid: Biblioteca Nacional. 542 p.
- Real Academia Española. 1803. *Diccionario de la lengua castellana, compuesto por la Real Academia Española: reducido a un tomo para su más fácil uso*. 4a. ed. Madrid: Viuda de Don Joaquín Ibarra. 929 p.
- Rendón Rojas, Miguel Ángel. 1997. *Bases teóricas y filosóficas de la Bibliotecología*. México: Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. 132 p. (Monografías; 24).
- Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. 1879. Tomo 1, 465-466 y 470-471.

- Riberette, Pierre. 1970. Les bibliothèques françaises pendant la Révolution (1789-1795): recherches sur un essai de catalogue collectif. Paris: Bibliothèque Nationale. 156 p.
- Ricoeur, Paul. 1999. Historia y narratividad. Barcelona: Paidós, I. C. E. Univ. Autónoma de Barcelona. 230 p.
- Ricoeur, Paul. 2004. La memoria, la historia, el olvido. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 673 p. (Obras de Filosofía).
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1974. Francisco Gutiérrez de Escobar: su biblioteca y sus escritos. En *Revista de Historia del Derecho*. No. 2, 173-198.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1975. Bibliotecas privadas de funcionarios de la Real Audiencia de Charcas. Caracas: Academia Nacional de la Historia. p. 501-555. [Separata]
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1977-78. El libro a través de un epistolario finicolonial: cartas altoperuanas del oidor Ussoz y Mozi al prebendado Saracibar. En *Logos*. No. 13-14, 423-435.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1982. El obispo Azamor y Ramírez: tradición cristiana y modernidad. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. 278 p. (IV Centenario de Buenos Aires; 7).
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1984. La biblioteca de Mariano Izquierdo: un repositorio jurídico atípico en el Buenos Aires finicolonial. En *Revista de Historia del Derecho*. No. 12, [303]-336.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1989. Libros y lecturas en la época de la Ilustración. En *Historia General de España y América. América en el siglo XVIII. La ilustración en América*. Madrid: Rialp. Tomo. XI-2. p. 467-496.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1993. Una ignorada escritora en la Charcas finicolonial: María Antonia de Río y Arnedo. En *Investigaciones y ensayos*. No. 43, 167-207.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1994. La biblioteca porteña del obispo Azamor y Ramírez: 1788-1796. Buenos Aires: PRHISCO-CONICET. 199 p.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1999. Libros, bibliotecas y lecturas. En Academia Nacional de la Historia. *Nueva Historia de la Nación Argentina: 3. Período español (1600-1810)*. Buenos Aires: Planeta. p. 247-279.
- Robledo de Selassie, Beatriz. 1976. Compañía de Jesús. Inventario y tasación de sus bienes en San Miguel de Tucumán al 29 de mayo de 1768. Por la Junta Real de Temporalidades. Tucumán: Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Tucumán. 82 p.

- Rock, David. 1989. *Argentina 1516-1987: desde la colonización española hasta Alfonsín*. Buenos Aires: Alianza. 530 p. (Alianza Singular; 3).
- Rojas, Leonidas. 1938. Mariano Moreno y *La parábola de Natham*. En *La Prensa*. Buenos Aires, 17 de julio.
- Rojas, Ricardo. 1918. [Inventario de la biblioteca de don Agustín de Leiza]. En su *La Literatura Argentina: ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata: II. Los coloniales*. Buenos Aires: Coni. p. 24-25. (véase además: Rojas, Ricardo. 1948. *Historia de la Literatura Argentina: Los coloniales*. Buenos Aires: Losada. p. 40-42).
- Roldán, Darío. 2003. La cuestión de la representación en el origen de la política moderna: una perspectiva comparada (1770-1830). En Sabato, Hilda y Alberto Lettieri, comps. *La vida política en la Argentina del siglo XIX: armas, votos y voces*. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 25-43.
- Romero, José Luis. 1976. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno. 396 p. (Sociología y Política).
- Romero, José Luis y Luis Alberto Romero, dirs. 2000. Buenos Aires: historia de cuatro siglos: Tomo 1: Desde la Conquista hasta la Ciudad Patricia. 2a. ed. ampl. y actual. Buenos Aires: Altamira. 429 p. + Cronología.
- Romero Sosa, Carlos Gregorio. 1949. Una desconocida biblioteca en la Salta del período hispánico. En *Estudios*. Vol. 82, no. 441, 440-443.
- Romero Sosa, Carlos Gregorio. 1961. La biblioteca de un congresista de 1816: notas acerca de los libros del Gral. D. José Ignacio Gorriti. En *Historia*. Año 6, no. 22, 116-124.
- Rosa Olmos, Ramón. 1955. Las bibliotecas catamarqueñas en los siglos XVII, XVIII y XIX. En *Arbol*. No. 1, 11-22.
- Rosarivo, Raúl M. 1964. *Historia general del libro impreso desde el origen del alfabeto hasta nuestros días*. Buenos Aires: Ed. Aureas. 293 p.
- Rosso, L. J. 1928. "Se organiza la formación del Fichero Bibliográfico Nacional". En *La Literatura Argentina*. Año 1, no. 2, 28.
- Rottjer, Aníbal O. 1960. ¿Quién fundó la Biblioteca Nacional? En *Esquiú*. Nov.
- Sabato, Hilda y Alberto Lettieri, comps. 2003. *La vida política en la Argentina del siglo XIX: armas, votos y voces*. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 335 p. (Obras de Historia).

- Sabor, Josefa E. 1968a. Libraries in Argentina. En Kent, Allen y Harold Lancour, eds. Encyclopedia of Library and Information Science. New York: Dekker. Vol. 1, p. 520-529.
- Sabor, Josefa E. 1968b. Métodos de enseñanza de la Bibliotecología. Con un estudio preliminar de Ricardo Nassif. París: UNESCO. 146 p.
- Sabor, Josefa E. 1978. Manual de fuentes de información. Prefacio de Roberto Juarroz. 3a. ed. corr. y aum. Buenos Aires: Marymar. 380 p. (Bibliotecología y Documentación).
- Sabor Riera, María Ángeles. 1974. La Biblioteca Pública de Buenos Aires. En su Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Secretaría de Coordinación Popular y Extensión Universitaria, Dirección de Bibliotecas. Vol. 1, p. 26-50.
- Sabor Riera, María Ángeles. 1974-1975. Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Secretaría de Coordinación Popular y Extensión Universitaria, Dirección de Bibliotecas. 2 v.
- Salas, Horacio: 1997. De libros y bibliotecas. En Biblioteca Nacional. Buenos Aires: M. Zago. p. 27-87.
- Sanguinetti, Manuel Juan. 1951. Chorroarín: el prócer olvidado. Buenos Aires: Stella. 54 p.
- Sardi, Valeria. 2006. Historia de la enseñanza de la Lengua y la Literatura: continuidades y rupturas. Buenos Aires: Libros del Zorzal. 128 p.
- Sarlo, Beatriz. 2000 [1985]. El imperio de los sentimientos. Buenos Aires: Norma. 232 p.
- Sarmiento, Nicanor. 1930. Historia del libro y de las bibliotecas argentinas. Buenos Aires: Impr. L. Veggia. 158 p.
- Schvartzman, Julio, dir. 2003. La lucha de los lenguajes. Buenos Aires: Emecé. 643 p. (Historia Crítica de la Literatura Argentina / Noé Jitrik; 2).
- Selva, Manuel. 1939. Manual de Bibliotecnia. Prólogo de Ernesto Nelson. Buenos Aires: Julio Suárez. 719 p.
- Selva, Manuel. 1944. Tratado de Bibliotecnia. Prólogo de Ernesto Nelson. Buenos Aires: Julio Suárez. 2 vol.
- Sharpe, Jim. 1993. Historia desde abajo. En Burke, Peter, ed. Formas de hacer Historia. Madrid: Alianza. p. 38-58. (Alianza Universidad; 765).

- Shera, Jesse H. 1965. Foundations of the Public Library: the Origins of Public Library Movement in New England, 1629-1855. Chicago: The Shoe String Press. 308 p.
- Shera, Jesse H. 1990. Los fundamentos de la educación bibliotecológica. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. 520 p. (Monografías; 9).
- Sierra, Vicente D. 1939. El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: estudio crítico del libro del mismo título del Dr. Ricardo Levene. Buenos Aires: [El autor]. 48 p.
- Sierra, Vicente D. 1962. El informe del doctor Juan Luis de Aguirre. En su Historia de la Argentina: los primeros gobiernos patrios (1810-1813). Buenos Aires: Ediciones Garriga Argentinas.
- Simmel, Georg. 2002. Sobre la filosofía de la cultura. En su: Sobre la aventura: ensayos filosóficos. Epílogo de Jürgen Habermas. Barcelona: Península. p. 317-422. (Ediciones de bolsillo; 48/2).
- Simsova, Sylva. 1982. A Primer of Comparative Librarianship. London: Clive Bingley. 95 p.
- Smith, Josephine Metcalfe. 1968. A Chronology of Librarianship. Metuchen, N.J.: Scarecrow. 263 p.
- Socolow, Susan Midgen. 1987. The Bureaucrats of Buenos Aires, 1769-1810: amor al real servicio. Durham; London: Duke University Press. 356 p.
- Socolow, Susan Midgen. 1991. Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio. Buenos Aires: Ediciones de la Flor. 243 p. (Aquí mismo y hace tiempo).
- Sosa, Guillermo S. 1972. Manual de incunables (Historia de la imprenta hasta el siglo XVIII). Buenos Aires: Historia del Libro. 418 p.
- Stoddard, Roger E. 1985. Marks in books. Cambridge, Mass.: Harvard University, Houghton Library. 44 p.
- Suárez, Reinaldo José. 1990. La problemática bibliotecaria argentina. Buenos Aires: Yuspa. 37 p.
- Tau Anzoátegui, Víctor y Eduardo Martiré. 1975. Manual de historia de las instituciones argentinas. 3a. ed. Buenos Aires: Macchi. 808 p.
- Ternavasio, Marcela. 2004. Construir poder y dividir poderes: Buenos Aires durante la 'feliz experiencia' rivadaviana. En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*. No. 26, 7-45.

- Ternavasio, Marcela. 2007. *Gobernar la Revolución: poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno. 295 p. (Historia y Cultura; 26).
- Terreros y Pando, Esteban. 1787. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina e italiana*. Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra.
- Thompson, James. 1977. *A History of the Principles of Librarianship*. London: C. Bingley. 236 p.
- Tjarks, Germán O. 1962. *El Consulado de Buenos Aires y sus proyecciones en la historia del Río de la Plata*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. 2 v.
- Tonelli, Armando P. 1939. *Reglamentos de la Biblioteca Nacional: algunos antecedentes*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. 77 p.
- Torné, Emilio. 2001. La mirada del tipógrafo: el libro entendido como una máquina de lectura. En *Litterae: cuadernos sobre Cultura Escrita*. No. 1, 145-177.
- Torre Revello, José. 1940. El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Históricas. 269, CCXXXVIII, 19 p.; il. + apéndice documental. (Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas ; 74).
- Torre Revello, José. 1943. Biblioteca Nacional de la República Argentina. En *Revista de la Asociación Cultural de Bibliotécnicos*. Año 2, no. 5, 9-24. [Originalmente este trabajo se publicó en 1938, en la *Revista de Historia de América*, México. Año 1, no. 2, 69-92].
- Torre Revello, José. 1956a. La biblioteca de Hipólito Vieytes. En *Historia*. Año 2, no. 6, 72-89.
- Torre Revello, José. 1956b. La biblioteca que poseía en Potosí Don Pedro de Altolaquirre (1799). En *Historia*. Año 1, no. 4, 153-162.
- Torre Revello, José. 1957. La biblioteca del deán Valentín de Escobar y Becerra. En *Historia*. Año. 3, no. 10, 36-55.
- Torre Revello, José. 1958. Una biblioteca catamarqueña de 1779. En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Vol. 29, 506-515.
- Torre Revello, José. 1965. Bibliotecas en el Buenos Aires antiguo desde 1729 hasta la inauguración de la Biblioteca Pública en 1812. En *Revista de Historia de América*. No. 59, 1-148.
- Torre Revello, José. 1970. *La sociedad colonial: páginas sobre la sociedad colonial de Buenos Aires entre los siglos XVI y XIX*. Buenos Aires: Pannedille. 186 p. (Estudios históricos y sociales; 7).

- [Trelles, Manuel Ricardo]. 1879. La Biblioteca de Buenos Aires. En *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. Tomo. 1, 458-510.
- Trenti Rocamora, José Luis. 1997a. Aportes para la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y para una lista de sus publicaciones. En *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*. No. 4, 51-90.
- Trenti Rocamora, José Luis 1997b. El negro de la Biblioteca. En *Nuestras Letras: publicación independiente sobre la Biblioteca Nacional*". No. 1, 1. [También en: Trenti Rocamora, José Luis. 2000. *Qué hacer con mi libro*. 5a. ed. Buenos Aires: Dunken. p. 69-73].
- Trenti Rocamora, José Luis. 1998a. La moneda cuando la Revolución de Mayo. En *Los días de Mayo*, coord. Alberto David Leiva. San Isidro: Academia de Ciencias y Artes de San Isidro. Vol. 2. p. 145-153.
- Trenti Rocamora, José Luis. 1998b. Primeros libros comprados por la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. En: *Revista argentina de Bibliotecología*. Vol. 1, 57-64.
- Trostiné, Rodolfo. 1953. *Bacle: ensayo*. Buenos Aires: Asociación de Libreros Anticuarios de Argentina. 1953. 168 p.
- Túmburus, Juan. 1913. Apuntes de Bibliotecografía: notas histórico-bibliográficas sobre clasificación. En *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*. Tomo 3, 604-757.
- Túmburus, Juan. 1915. *El bibliotecario práctico*. Buenos Aires: La Semana Médica. 90 p.
- Udaondo, Enrique. 1945. *Diccionario biográfico colonial argentino*. Buenos Aires: Institución Mitre, Huarpes. 981 p.
- Ugarteche, Félix de. 1929. *La imprenta argentina: sus orígenes y desarrollo*. Buenos Aires: R. Canals. 909 p.
- Urquhart, Donald. 1981. *The Principles of Librarianship*. Leeds: Wood Garth. 98 p.
- Urquiza Almandoz, Oscar F. 1972. *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica desde 1810 hasta 1820*. Buenos Aires: Eudeba. 580 p. [Especialmente el capítulo "Libros y bibliotecas": p. 171-234].
- Valera, Blas. 1945. *Las costumbres antiguas del Perú y La historia de los Incas (siglo XVI)*. Introducción, notas y comentarios de Francisco A. Loayza. Lima. xxiii, 147 p.
- Vandendorpe, Christian. 2003. *Del papiro al hipertexto: ensayo sobre las mutaciones del texto y la lectura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 224 p. (Obras de Lengua y Estudios Literarios).

- Vera de Flachs, María Cristina. 2000. El libro como representación: graffitis y caricaturas en los textos de la biblioteca jesuítica de la Universidad de Córdoba. En Aspell, Marcela y Carlos A. Page, comps. La biblioteca jesuítica de la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. p. 85-100.
- Verón, Eliseo. 1999. Esto no es un libro. Barcelona: Gedisa. 159 p. (El mamífero parlante).
- Vilardi, Julián A. 1939. La Manzana de las Luces y el Colegio Nacional de Buenos Aires. Buenos Aires: Academia Literaria del Plata. 84 p.
- Warning, Rainer, ed. 1989. Estética de la recepción. Madrid: Visor. 314 p.
- Wertheimer, Andrew B. y Donald G. Davis, Jr., eds. 2000. Library History Research in America: Essays Commemorating the Fiftieth Anniversary of the Library History Round Table. Washington, D.C.: Library of Congress, The Center for the Book. 279 p.
- Wiegand, Wayne A. 2000. American Library History Literature, 1947-1997: Theoretical Perspectives? En *Libraries & Culture*. Vol. 35, 4-34.
- Wilson, T. D. 2003 [2000]. Tendencias recientes en los estudios de usuarios: investigación acción y métodos cualitativos. En *Información, cultura y sociedad*. No. 8, 9-38.
- Zanetti, Susana. 2002. La dorada garra de la lectura: lectoras y lectores de la novela en América Rosario: Beatriz Viterbo Editora. 448 p.
- Zuretti, Juan Carlos. 1950. El General San Martín y la cultura: ensayo conmemorativo. Buenos Aires: Instituto de Didáctica, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 184 p.
- Zuretti, Juan Carlos. 1960. Fundación de la Biblioteca Pública y acción de presbítero Chorroarín. En *Archivum*. Tomo 4, no. 1, 87-105.
- Zuretti, Juan Carlos. 1972. Nueva historia eclesiástica argentina. Buenos Aires: Itinerarium. 528 p.

Alejandro E. Parada

IX

LÁMINAS

Catálogo de los Libros de Este Pueblo de S.^{ta} Fran.^{ca} Xavier

Comment. ^a alegórica, de moralia Autore P. ^o Vidaco de Baer	2. tom.	Bolonia año 1437
Mariana hist. ^a de España	2. tom.	En Madrid año 1574
Hist. ^a del Chaco su Autor el P. ^o Pedro Lozano	1. tom.	Cordova. año 1733
Itinerario historial su Autor el P. ^o Alonso de Andrade	2. tom.	Madrid. año 1657.
Vegeta Sermones Varios	5. tom.	Barcelona. año 1734
Siete Estrellas su Autor el P. ^o An. ^o Mathoni		Cordova año 1732.
Differen. ^a entre lo temp. ^o y eterno. su Aut. ^o el P. ^o Eusebio Nieremberg	1. tom.	Valencia. año 1545
Horologiorum descriptio Autore Christoforo Vonger xerui.	1. tom.	Roma. anno 1529
P. ^o Alonso Rodriguez sobre los ejercicios de esta casa y su falta de fogos. 1. tom.		
P. ^o Nazera Serm. ^{os} Varios	1. tom.	Madrid. año 1645.
Vida del Venerable P. ^o An. ^o Ruiz de Montoya		Zaragoza. año 1662
Elogio Soci. Jesu. Autore Christoforo Gomez	1. tom.	Antuerpia. anno 1477
P. Lozano hist. ^a del Paraguay	2. tom.	Madrid año 1755
P. Sanchez de Masson	2. tom.	Antuerpia. anno 1626
P. Thomas Congano Theol.	1. tom.	Liedij. anno 1664.
Entrada Guerras de floras su Aut. ^o el P. ^o Melchor de Navar	3. tom.	Colonia. año 1674.
P. Alarquez In Epist. ^a B. Pauli ad Philigenes	2. tom.	Cegova. anno 1630.
Caspari Por. ^o Hist. ^a	3. tom.	Madrid. año 1734.
P. Moya Saure Theol. Moral	2. tom.	Navarra. anno 1674.
P. Oxeley Theol. Moral.	2. tom.	Antuerpia. año 1660.
Medic. ^a de la vida de Xp ^o . su Aut. ^o el P. ^o Lozano	2. tom.	Madrid. año 1748.
P. Eusebio Nieremberg Via. ^a Hist. ^a vida de Venerabl. ^e 1. tom. Noimata y p ^o za por falta de medio fogos.	1. tom.	
Aprecio de la divina gracia su Aut. ^o el P. ^o Nieremberg	2. tom.	Madrid. año 1637.
G. Hurzo Sicut. Theol.	2. tom.	Zalamarca. año 1680
P. Torres excell. de S. ^o Joseph	1. tom.	En Sevilla. año 1740.
Hist. ^a de la Casa de Loreto su Aut. ^o el P. ^o Orasio Forcelino		Madrid. año 1671.
P. Luis de Guzman hist. ^a de M ^o yon	2. tom.	Alcala. año 1610.
Vida del P. ^o Pedro Chaver su Aut. ^o el P. ^o Joseph Fernandez		Zaragoza. año 1666.
Busenbau Summa Theol. Moral	2. tom.	Madrid. año 1657.
Piva de Neyra flos Sanctorum	5. tom.	Madrid. año 1715.
Vida de S. Luis Gonzaga su Aut. ^o el P. ^o Joseph Casari		Madrid. año 1726.
P. Belarmino doct. ^o Xp ^o	1. tom.	Sevilla. año 1689.
Vida de S. Fran. ^{co} Regis su Aut. ^o el P. ^o Guillermo Duvivier		Madrid. año 1717.

1. Catálogo manuscrito de una biblioteca jesuítica.



3. Antiguo edificio de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Ayer 16 se celebró la apertura de la biblioteca pública con un eloquente discurso que pronunció el Dr. D. José Joaquín Ruiz; á el que asistieron el superior gobierno y todos los jefes. La biblioteca se franquea al público desde las 8 á las 12 y media del día hasta fin de abril en que se variará.


Por V. P.

4. Aviso publicado en *El Censor* del 17 de marzo de 1812, donde se anuncia la apertura de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Reglamento Provisional para el regimen economico
de la Biblioteca publica de la Capital de las Pro-
vincias Unidas del Rio de la Plata.

Articulo 1.º sobre la Biblioteca

A Biblioteca se franqueara al publico todos
los dias de la ^{por la mañana} ~~noche~~ ~~abruptuando~~ los dias festivos y semi-
festivos, y los de alguna solemnidad funcion por
qualquier suceso extraordinario.



En los Meses de Noviembre, Diciembre,
Enero, Febrero, e Abril a las siete hasta las
doce y por la tarde desde las quatro y media
hasta las seis y media. en Marzo, Abril, Mayo,
y Octubre desde las ocho hasta las doce y media
y por la tarde desde las tres y media hasta las
seis y media y en Junio, Julio, y Agosto,
desde las ocho y media hasta la una y por la
tarde desde las tres hasta las cinco.

X No saldra fuera de la Biblioteca libro
alguno por ningun pretexto ni motivo. Y qual
orden se guardare respecto a qualquiera impreso
o manuscrito q. se hallare colocado en ella, aun
quando lo solicite alguna persona de la mayor
representacion y elevado caracter, imponiendole

debanan de la parte de aquien 111

El Administrador de la Imprenta de
Buenos Aires prestará á la biblioteca un ejemplar de cada
una de las gacetas, revistas, etc. e impresiones
de libros, y de todo quanto se imprima, cui-
dando el bibliotecario de dar cuenta á esta
Superioridad, si se advierte alguna falta
de cumplimiento de esta orden Superior.

El Administrador de la ciudad
avisará á la dirección de la biblioteca todas
las veces que se retiraren libros de venta
á venta, expresando el dueño á qué con-
sisten deponiendo al arbitrio del dho. Biblio-
otecario el precio á retirar los, y separar los
que considere útiles, y faltos en la biblio-
teca, satisfaciendo su justo valor á los
interesados.

Y para que este reglamento llegue
á noticia de todos se formará una copia
autorizada por el secretario de Gob. no al
primer director de la biblioteca, y se fijará
en su puerta principal quedando una au-
thenticada en la secretaría de Gobierno.

Es copia

El Secretario

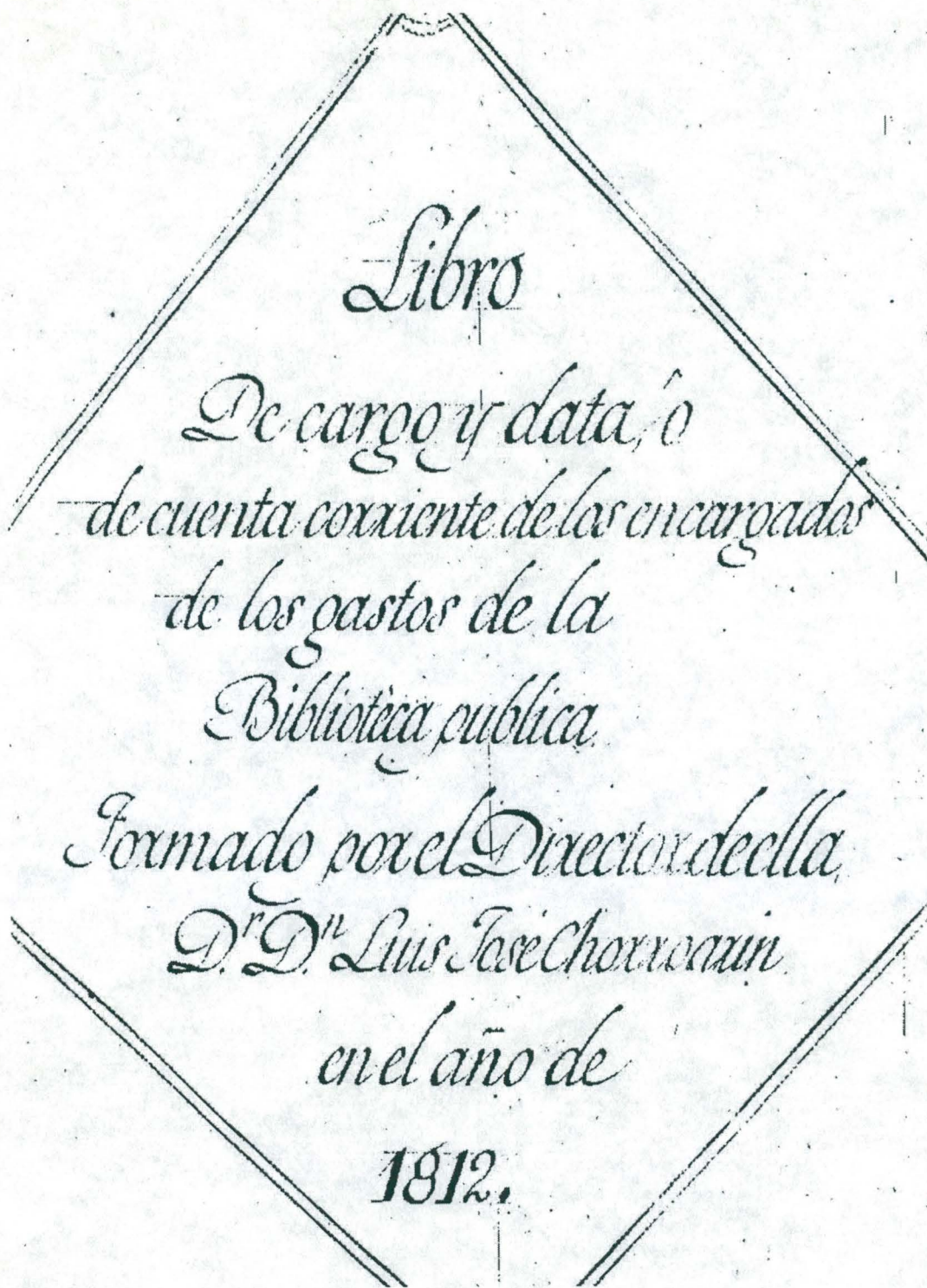
Reglamento: y por eso es tambien que en los dos
primeros apuntes que formé al pronto, y re-
mití al Sr. Secret, no señalé honor por la
tarde, sino solamente las que establen el
reglamento para la mañana.

Yo expuse al V. C. quitando del
reglamento las horas de la tarde dese mi-
-camente las de la mañana, y no grabar
a los Bibliotecarios y Dependientes. De
otra suerte Excmo. Sr. D. D. decaí al V. C.
que aunque es grande, y decidida mi vo-
-luntad, no puedo continuar encargado
de la Biblioteca, por que me faltan fuer-
-zas para ello; y ya que no pueda conseguir
el descanso que se debe a todo el que se
-ve a la Pluma, y q. mi destino es vacar
-la hasta donde se comen mis fuerzas, pe-
-ro no debo hacer un esfuerzo inutil,
y que solo sirve q. dar conmigo en tierra,
y disminuirme de todo.
Dios que a V. E. m. a. S. p. el 7 de
Abril de 1812.

Excmo. Sr.

Luis José Chorroarín

7. Autógrafo de Luis José Chorroarín.



8. Portada del libro de *Cargo y Data*.

Año 1810.

Cuenta corriente del D. D. Saturnino Segurola con

CARGO.

Por ciento treinta y quatro onzas de oro recibidas de D. Juan Man. Luca, que hacen p. cora.	2918 4
Por 5 p. 4 x. por venta de una obra de Estrog. de Sigorio.	118 4
Por 17 p. 2 x. por venta de libros viejos vendidos a. castuñov.	17 2
Por 9 p. por venta de una obra de D. Luis de Granada.	9 1
Por tres onzas de oro de D. Josef Toribio Martinaz p. la com- portura del edic. de Plcan q. dono; y son p. cora.	51 6
Por veinte y cinco p. oro y tres quatr. x. q. se sienten p. igualar la suma del d. de oro, y son alcance liquido a favor del D. Segurola, que lo cede a la Biblioteca.	239 1
	28 1 2
	<hr/>
	2424 1 2

9. Asientos del libro de Cargo y Data, redactados por Saturnino Segurola (1810) - A.

Año 1810.

la Biblioteca publica en el año de arriba.

Data.

Por una libranza de cien p. de D. Juan Ant. Hernandez a favor de Juan Viz. Garcia, pagada a este a cuenta del trabajo de los estantes.	100
Por otra id. a favor de D. Julian Gaistarez importe de maderas.	436
Por una cuenta de libros comprados a D. Montana elizaco.	170
Por 9 onz. de oro a Juan Vicente Garcia a cuenta de su trabajo de los estantes.	155
Por una libranza a favor de Gaistarez en pago de maderas.	307
Por un tomo en folio de manea m. Coleccion de estampas.	103
Por 30 docenas de tiradores p. cajones de los estantes.	139
Por compra de 27 tablas del Brasil.	87
Por 15 p. pagados a un escribiente, y 4 x. mca.	16
Por 906 p. de x. entregados a D. Juan Carrizo p. varios compras y gastos.	906

2424

10. Asientos del libro de Cargo y Data, redactados por Saturnino Seguro (1810) - B.

Año 1812.

Cuenta corriente del D.^o D. Luis Jph. Chorroarín
Cargo.

Por mil quinientos p. \$ q. de orden del Gobierno me entregó el Depo- sitario D. José María p. entregara a D. Manuel de Aguirre y Tavara, p. compra de libros en Londres.	1548
Por mil p. \$ q. p. el mismo destino donó el Colegio de S. ^o Carlos.	1030
Por mil p. \$ q. al mismo efecto donó el ilmo S. ^o Obispo.	1030
Por mil p. \$ q. p. el mismo destino me entregó el Depositario D. Jo- sef Sierra de orden del Gobierno en moneda corri- te.	1000
Por cincuenta p. \$ donativo de D. Nicolás Strogonia.	50
Por doce p. \$ donativo del presbítero D. Mateo Blanco.	120
Por mil cincuenta y ocho p. \$ dos y med. x. que han impreso las ven- tas de libros en todo este año.	1058
Por quincecientos p. \$ donativo hecho por el D. ^o Segurola de su sueldo entozo de Subdecano.	1500
Por novecientos cincuenta p. \$ donativo hecho por mí del sueldo de Director.	950

6377 1/2

Buenos Ayres
L. Luis Joseph

11. Asientos del libro de Cargo y Data, redactados por Luis José Chorroarín (1812).

Año 1813

Cuenta corriente de D. Dámaso Antonio Larrañaga
ha hasta 31 de Diciembre del mismo año.

Cargo.

Por ciento tres pesos quatro reales liquido cobran- te del Señor Director D. D. Luis José Chacabarro ..	103. 4
Por ciento cincuenta y quatro que recibí en 7ho de revuelto por Sr. Sebastian Lerica conq. cobran- te de los que le encargó para comprar uno. Libro en el Taneyao p. esta Biblioteca publica.	154.
Por quattrosientos noventa y un pesos, dos reales y ventisiete.	491. 2
Por ciento sesenta y seis pesos del sueldo corres- pondiente al segundo Bibliotecario en 5 meses y 2 d.	166. 2½
Suma	915. ..

Nota 1ª

La 3ª partida de 491 p. 2 r. de ventas es de
481 p. 2 r. segun consta de lo anotado en el libro de
ventas al folio 28; y por lo tanto deben abimarse los
diez p. q. se cargó de mas.

Primer Ayres
Damaso

Nota 2ª

La última partida de 166 p. 2 r. x. del sueldo de segundo Bibliotecario cor-
respondiente a cinco meses, debe ser de 200 p. correspondiente a me-
s de año, cuya cantidad recibí; y por tanto es deudas de 33 p. 2 r. x.
que se carga de menor.

12. Asientos del libro de Cargo y Data, redactados por Dámaso Antonio Larrañaga (1813).

Año de 1836.

Zapiola con la Bibliotheca Publica en el Año arriba citado.

Data		Pesos.
10	Por cincuenta pesos de mi sueldo correspondientes al mes proximo pasado de Diciembre de 1835.	50
	Por veinte y cinco pesos de id. id. al Dependiente Uliso - Esta partida y sus iguales constan del docum. ^{to} N.º 23.	25
	Por once reales pagados al mismo Uliso de los gastos hechos en la Bibliotheca en dicho Diciembre - docum. ^{to} N.º 8.º	1.3
11	Por cincuenta pesos de mi sueldo del pasado mes de Enero	50
	Por veinte y cinco de id. id. al Dependiente Uliso	25
12	Por cincuenta pesos de mi sueldo del pasado Febrero	50
	Por veinte y cinco de id. id. al Dependiente Uliso	25
	Por dos pesos que dicho Uliso da de gastos en los meses de Enero y Febrero, y constan del docum. ^{to} N.º 2.º	2
	Por doce rs. pagados al Sr. Carpintero Juan Vicente Garcia por la carpinteria de una Vidriera - docum. ^{to} N.º 3.º	1.4
13	Por cincuenta pesos de mi sueldo del anterior Marzo	50
	Por veinte y cinco id. de id. id. al Dependiente Uliso	25
	Por diez rs. al mismo Uliso por los gastos de el mes pasado de Marzo, y constan del docum. ^{to} N.º 4.º	1.2
	Por seis pesos con seis rs. pagados al Enquadernador D. Juan Nepomuceno Alvarez de la enquadernacion y tapas de los papeles publicos de esta Capital en tres tomas; dos en folio, y uno en quanto - docum. ^{to} N.º 5.º	6.6
	Por nueve pesos pagados a D. Melchor Olivera de las dos obras que constan de su recibo N.º 6.º	9
	Por dos pesos pagados a D. Juan Carrero de dos llaves que mando hacer para la casa; y las deyo al mudarse de ella	2
	Por veinte rs. pagados a D. Manuel Ulloa de la obra titulada Conquista de Granada, en tres tom. 2.º me. p.º N.º 7.º	2.4
	Por cien pesos dados a D. Juan Carrero a cuenta de su sueldo por orden de el Excmo. Sr. Director del Estado - N.º 8.	100
	Por quatro pesos con quatro rs. pagados al Ofatacao Prudencio Fil de quatro cristales que puso, dos grandes, y dos chicos	4.4
	Por quarenta y nueve pesos pagados a D. Diego Ant.º Parra por las obras que constan de su recibo N.º 9.	49
14	Por cincuenta pesos de mi sueldo del pasado Abril	50
	Por veinte y cinco id. de id. id. al Dependiente Uliso	25
	Por diez pesos tres rs. a dho. Uliso de gastos que constan de su recibo N.º 10.	10.3
	Por cincuenta pesos de mi sueldo del mes pasado de Mayo	50
	Suma	635.2

13. Asientos del libro de Cargo y Data, redactados por Domingo Zapiola (1816).

BIBLIOTECA PUBLICA.

En la nueva casa destinada por el gobierno para conservar los libros de la biblioteca, que amenazaba ruina, y mudados desde el ingreso del actual director del establecimiento, se halla la pieza principal dispuesta para los estudiosos, con todas las comodidades posibles, y libros de ciencias, literatura, y de uso general, que forman un completo Atheneo, en cuanto su capacidad lo ha permitido. Tambien se tienen papeles públicos así del país como de á fuera, conforme á una orden superior reciente. Se han pasado á esta casa 7699 volúmenes, que corresponden á tres de las salas del establecimiento.

Así estos como todas las obras que contiene la Biblioteca, y siguen en parte de su casa antigua, están de modo que pueden franquearse con prontitud á los que necesiten consultarlos.

La casa nueva es la primera de altos de las del Estado, viniendo de la Ranchería á la Imprenta de Expósitos, y se distingue por la escalera doble que tiene. Está abierta para el público desde el jueves 21 del presente Marzo desde las 9 de la mañana hasta las 2 de la tarde.

14. Nota sobre la Biblioteca Pública (*El Argos de Buenos Aires*, no. 19, sábado 28 de marzo de 1822).

Año de 1824.

Pagos

Ingresos que ha tenido la Biblioteca.

Enero.	Por la asignacion de la Biblioteca pagada por la Tesoreria general el 3 de Febrero	/ 124.
Febrero.	Por la asignacion de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Tesoreria general en 5 de marzo	/ 124.
Marzo.	Por la asignacion de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Tesoreria general en 2 de Abril	/ 124.
Abril.	Por la asignacion de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Tesoreria general en 1.º de Mayo	/ 124.
Mayo.	Por la asignacion de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Tesoreria general en 3 de Junio	/ 124.
Junio.	Por la asignacion de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Tesoreria general en 2 de Julio	/ 124.
Julio.	Por la asignacion de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Tesoreria general en 2 de Agosto	/ 124.
Agosto.	Por la asignacion de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Tesoreria general en 1.º de Septiembre	/ 124.
Septiembre.	Por la asignacion de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Tesoreria general en 2 de Octubre	/ 124.
Octubre.	Por la asignacion de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Tesoreria general en 3 de Noviembre	/ 124.

1240.

15. Ingresos de la Biblioteca en el año 1824.

Venta hecha al Sr. Director de la Biblioteca S. S.
 Sr. Manuel Moreno

Libros	Volumen	Precio
1.º Obra de Michxand & Nodding en	4.º	13.º
1.º " de Landre & Semiotique en	1.º	" 2.º A
1.º " de Nodding & perisica el ayre en	1.º	" 2.º A
1.º " de Nodding	3.º	" 7.º A
1.º " de Clinica	1.º	" 2.º A
1.º " de Manic	1.º	" 2.º A
1.º " de Nodding	4.º	16.º "
1.º " de Nodding	1.º	" 3.º "
1.º " de Nodding	2.º	" 1.º A
1.º " de Nodding	1.º	4.º "
1.º " de Nodding	9.º	18.º "
1.º " de Nodding	1.º	2.º
Volumenes 29		Valor 78

19 de Feb. 8/82

Mariano Lozano

Recibo la cantidad y expresa esta cuenta val
 de setenta y ocho pesos. 19 de Feb. 8/82

Mariano Lozano


16. Libros vendidos a la Biblioteca por Mariano Lozano.

He recibido del Sr. Director de la Biblioteca D.ⁿ
Manual Moreno, la cantidad de veinte un pesos.
correspondiente a mi sueldo del mes de Mayo
como dependiente de la Biblioteca Buenos Ayres
Junio 3 de 1826


Juan Miguel Costa



17. Liquidación del sueldo de Juan Miguel Costa.



Hemos recibido de la Biblioteca Pública
la cantidad de —seis pesos— por la subscripción á la GACETA
MERCANTIL, correspondiente á los meses de Octubre, Noviembre
y Diciembre.—Buenos Aires, Diciembre 31, de 1826
Por Estevan Hallet y Ca.



18. Recibo de suscripción a *La Gaceta Mercantil* (1826).



19. Manuel Moreno, 1782-1857.



EL GRITO DEL SUD.

BUENOS-AYRES

DEL MARTES 8 DE SETIEMBRE DE 1812.

*Rara temporum felicitate, ubi sentire
quæ velis, et quæ sentias,
dicere licet.*

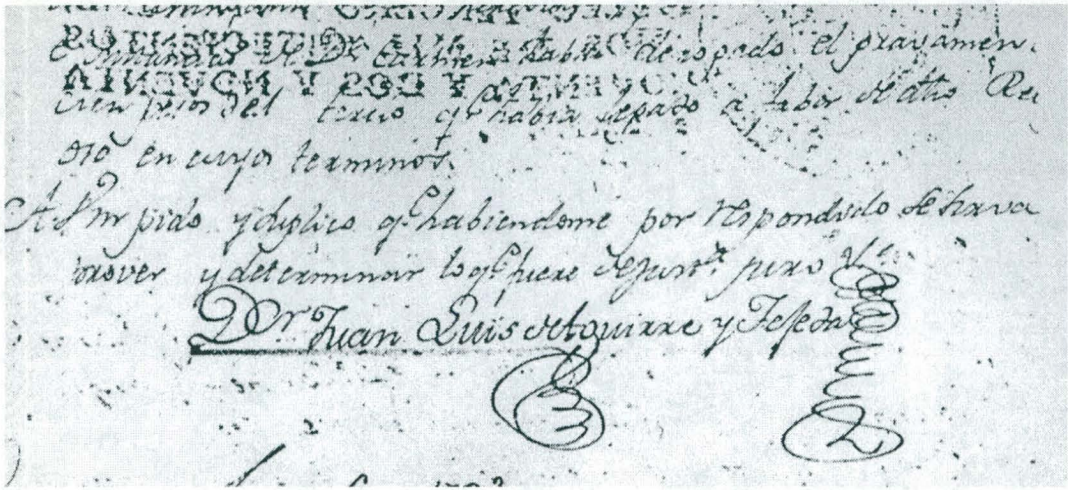
Tacit. Lib. I. Hist.



*Continuacion de la idea económica para el fomento
de la biblioteca.*

Si el mas seguro medio de fomentar nuestra biblioteca, y consultar su permanencia, estriba en proporcionar un abundante surtimiento de papel, é imprentas por medio de artifices y fabricas establecidas en estas provincias, y en preservar del módo posible el papel y los libros de su pronta corrupcion y vejéz deberian ser estos objetos del mayor interés el especularlos, el dirigirlos, y llevarlos á su perfecta verificación; yo por ahora me contentaré con indicarlos superficialmente para que se reconozca que no es imposible, ni muy difícil de execucion reservada á genios emprendedores y benéficos, que no rehusan el mayor trabajo quando se encamina al bien comun. Nadie ignora que los marmoles, peñascos, y troncos de arboles fueron las materias en que la antigüedad escribió sus libros, y por donde transmitieron á la posteri-

20. Pensamiento y discurso bibliotecario, el artículo de Aguirre y Tejeda.



21. Autógrafo del Dr. Juan Luis de Aguirre y Tejeda, iniciador de la literatura bibliotecológica en la Argentina (1812).

Alejandro E. Parada